



Xx. 29/9

PB 1467

CB 10803805

Títu. 579231

LA LUZ APAGADA

OBRAS
DE
PRUDENCIO CANITROT

Cuentos de abades y de aldea (segunda edición).

Rías de ensueño. Viajes.

El camino de Santiago. (*Los Contemporáneos*).

El señorito rural. (*El Cuento Semanal*).

Ruinas (novela).

Suevia. Cuentos.



Francisco Canalejas

PRUDENCIO CANITROT

LA LUZ APAGADA

CUENTOS - CRÓNICAS

PROSAS ILUMINADAS

PROLOGO DE MANUEL LINARES RIVAS.

ARTICULOS NECROLOGICOS DE ALVA-
REZ (B.).—ANTÓN DEL OLMET (L.).—BARCIA
CABALLERO (J.).—CASANOVA (SOFÍA).—CALDE-
RÓN (EMMA).—CASTRO (C. DE).—CANI-
TROT (I.).—FIGUEROA (MARQUÉS DE).—FRAN-
CÉS (J.).—GIL ASENSIO (F.).—GARCÍA MAR-
TÍ (V.).—INSÚA (A.).—LUCIO (CELSO).—
MURGUÍA (M.).—MARTÍNEZ OLMEDILLA (A.).—
PALOMERO (A.).—PENZOL (P.).—RUEDA (S.).—
TETTAMANCY.—VALCARCE (JAVIER).—VICENTI
(ALFREDO).



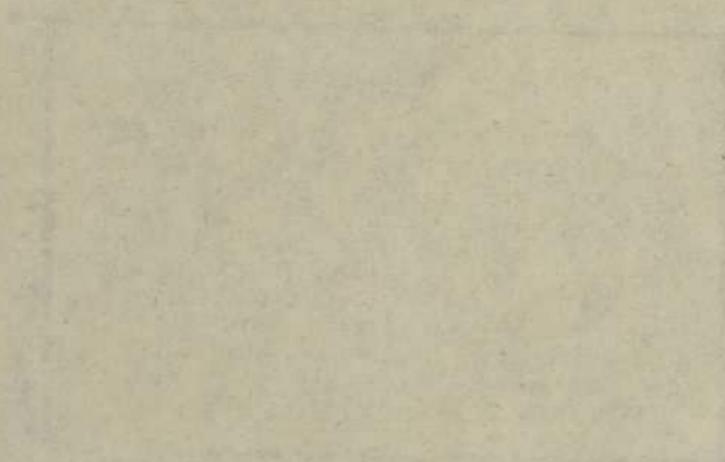
MADRID

Imprenta de Antonio Marzo.—San Hermenegildo. 37 d.*

Teléfono número 1.977.

1914.

LA BIBLIOTECA



Hemos querido reunir en estas páginas efusivas y cordiales, el cariño y la admiración que nos inspiraba el amigo muerto. De cordialidad y de efusión fueron siempre sus obras. Vibraba con ellas la luz interior y sonaba la voz dulce, cadenciosa de la tierra que le vió nacer y no ha sido su sepultura.

El recuerdo de aquella luz, hoy apagada, y de aquella voz que enmudeció para siempre es lo que ofrecemos como un ex voto, como una ofrenda.

Prólogo.

Hace tiempo, Canitrot, con quien me unía amistad personal y literaria, vino á verme, anunciándome su propósito de escribir una obra en que recopilaría las leyendas gallegas.

—Voy á hacer una obra de tierra y de alma gallega : usted le pondrá el prólogo. ¿Quiere...?

—¡ Sí, hombre !

Partió. Dicho lo que deseaba decir, no había para qué decir nada más...

Pasaron unos cuantos meses ; metióse la muerte entre la vida y los proyectos... y quedó la obra sin escribir.

Después, la piedad fraternal quiso rendir el último tributo al hermano y al poeta desaparecido, coleccionando en un último volumen los fragmentos de su labor inédita.

Y acudieron á mí para que yo escribiera el prólogo de este epitafio literario.

Y al preguntarme : ¿ quiere...? , contesté : ¡ sí, hombre... ! ; como si otra vez y nuevamente respondiera á la misma invitación del mismo Prudencio Canitrot.

No será ya el canto á la vida, al febril trabajo y á la fecunda inspiración del artista, sino

al eterno reposo y á la eterna noche. No cantaré á la fantasía, que lo devoraba inquieto y soñador; cantaré á los gusanos, que lo devoran inerte, apresurando la futura resurrección de los átomos para la existencia de un nuevo ser.

En el estúpido reparto que la Fatalidad distribuye por los mundos, le correspondió el lote de las saetas envenenadas, y allá se fué para los reinos de la Nada una inteligencia útil y productora con el sarcasmo de su plena juventud, y dejando más sitio para muchos decrepitos y para muchos malvados... No caben protestas ni rebeliones contra la inexorable ley del Destino, atropellador y ciego, feroz é injusto; pero el espíritu se indignará siempre ante el inútil sacrificio de los predilectos.

En este libro no soy ya más que el portavoz de una piedad y el son de una memoria. ¡Que mis palabras no entorpezcan, difusas y prolijas, el hallazgo de la santa poesía que impregnaba todos los escritos del malogrado Canitrot!

Cesen, pues, las palabras mías, y leed las tuyas como postrer regalo de un alma que soñaba con el Bien, con el Arte y con la Belleza; los tres grandes amigos de la mísera Humanidad...

MANUEL LINARES RIVAS.

Madrid, 6 - 1 - 14.

El poema del penedo.

Ante las bravas noches del invierno se erguía, en lo más alto de la montaña, magnífico, arrogante, lleno de altivez, desafiando á la sombra y al misterio, y en las serenas del estío, cuando la luna se alzaba burlona, destacaba austero, agrio y mudo como la evocación de un ayer fatídico ó como un salmo gigante é inmortal. Por el día recortábase su forma salvaje y primitiva junto al azul, igual que un viejo patriarca que interrogase al amplio horizonte, á las montañas, al valle, á los prados jugosos y verdes por donde se desliza, pausado, un río y el primaveral y eterno romance de la vida.

¡ Oh, penedo, altivo penedo!... Tú has sabido gozar de la emoción de lo grandioso y de lo milenario. Contemplaste impertérrito un feraz, un extenso, un jugoso trozo de mi amada tierra, la nunca bien amada y nunca bien cantada Suevia, donde aún perdura la leyenda áurea, como la impalpable bruma en la crestería

de sus montañas. Fuiste testigo del valor de las viejas razas y del anhelo de sus hidalgos. Contemplaste la tierra inculta antes de ser esclava de un dueño y señor y antes de que las toscas cuchillas del arado romano las rasgasen, y luego te has recreado ante la lozanía de cien cosechas triunfantes sobre la primera capa de las glebas... Ante ti cruzaron los días como reflejos de luz, los años como raudas llamaradas, los siglos como un inmenso gusano que, moviendo sus anillos con parsimonia, recorre el tronco de un arbusto viejo. A tu lado pasaron los juglares primitivos rimando sus tristezas en versos fáciles, y los peregrinos golpeando sus bordones.

¡ Oh, penedo, altivo penedo !... Fuiste la esfinge maga y austera del valle, del monte, del río, de cuanto hasta perderse desde tu altura se dominaba en el horizonte. Impasible, ceñudo, brutal, te erigiste ante aquel trozo de tierra noble, sagrada y suave que un día, llena de silfos coronados de roble, buscaron el amor á la sombra de las umbrías. Por tu cima pulida y redonda, musgosa y dura, cruzó el oro sempiterno del astro-Rey y la plata pálida de la princesa Luna, y se deslizó la lluvia, y crepitó el viento ; y desde ella, las águilas, luego de descender de la altura embriagadas de luz, elevación y éter, espieron su presa. Ante tu grandeza se amansaron los toros bravíos, que,

como aquellos de Lupa, los gentiles soltaron contra los cenobitas.

¡Oh, penedo!... Tu ungida cima fué gloriosa como la esplendencia del Ara.

Fuiste hijo de un fenómeno geológico ó fué la mano de Dios Todopoderoso la que te asentó sobre el monte, que ambas cosas obra de El son. Eras, pues, grande, inmortal, milenarior, tan antiguo como la luz ó tanto como un volcán ó terremoto. Y como eras de los tiempos que se pierden en una noche sin fin, tiempos apológicos en que todo poseía el sentido del habla—hablaban los árboles, los animales, las aguas del mar y de los ríos, las piedras—, tú, penedo, hablaste también como habló todo lo que aún hoy posee alma, que es cuanto vemos, y que enmudeció en otra noche sin alba; y tuviste rencores y tuviste odios, y un amigo, que más tarde dejó de serlo para convertirse en lo que es ley de humanidad: en enemigo tuyo. Y fué este enemigo tuyo un pino, un grácil pino que viste nacer y crecer á tu lado sin casi reparar en su insignificancia, hasta que un día te molestó con la sombra de sus ramas, y una noche con el quejido de sus púas al agitarse movidas por el viento.

Una vieja fada, que aunque vive en estos tiempos no sé por qué presumo que otra vez

antaño debió de existir y hasta debió ser escarabajo ó milano, raposo ó «lobicán», si creemos á la inversa en la transmigración de las almas, ya que de hecho damos por cierto que todo cuanto existía hablaba como los humanos, fué quien me contó de tu perfidia y de tu trágico final cuanto de una guisa que bien quisiera fuese arcaica, sabia y peregrina, paso á relatar. Y te invoco y te ensalzo antes á ti, penedo altivo que lo fuiste, porque bien se me alcanza que tus fragmentos dispersos, roqueños, manchados de liquen, me oirán, mientras las hormigas labran su nido bajo de ellos.

Sabor tiene, en verdad, tu historia á conseja, tejida para amedrentar y urdida entre los botatales de un arco guerrero. Sabor á mística relación que hace dirigir la mirada al cielo, donde más allá del Cisne, de Hércules, de Casiopea, del aéreo río que se llama «camino de Santiago», de las estrellas todas, está el infinito, el alma del ensueño, el abismo entre las almas y las almas.

Era un penedo, un duro, grande y erguido peñasco. A su alrededor crecían tojos y cardos, y en descenso, monte abajo, por ambos lados se extendía la copa de los árboles que, vistos desde la altura, más bien parecían matorrales pegados á su raíz. Al final de la umbría se ex-

pansionaba un valle y en él una aldea, feudo de un hidalgo cutre que allí vivía, teniendo para su cobijo un almenado palacio, fantasma del pasado y granero de recuerdos, leyendas y consejas para el porvenir.

Casi rozando la base del penedo pasaba un camino de herradura, estrada romana que era tránsito de gentes de bien variada estofa: peregrinos, juglares, arrieros, ladrones y mendigos. Muchos de ellos hacían un alto en sus jornadas á la sombra del erguido peñascal, y desde allí lo mismo subía al cielo la oración del pío portador de esclavina, bordón y rosario, que bajaba, hasta sepultarse en la oquedad del valle, la blasfemia del salteador de caminos; lo mismo la cantiga del juglar herido de amores, que el cálculo del chalán ó arriero desilusionado de sus compras, ó la queja del pordiosero.

El penedo á todos oía y su sombra á todos cobijaba, y luego que tornaban á andar, hablaba consigo propio, haciendo el comento de cada cual.

«Pobres juglares—decía—, que la mirada ó sonrisa de cualesquier castellana os entristece, sin calcular que no sois dignos de á tales señoras ninguna cosa pedir, sino hacer lo que por ellas fuereis mandados. ¿Y cómo atreveros á tanto si vuestros rabeles y vuestras vestimentas y hasta vuestras Cantigas y Quere-llas son pobres y vuestros semblantes no de-

nuncian señorío? Aun hincados los hinojos, ni ahora que sois donceles, ni luego que seais ancianos, alcanzaréis ningún don de princesa ni señora, como quien recibe orden de caballería. Alejaos presto, que el cielo os guíe, que la ilusión os alimente y no tornar por estas tierras esclavas, como lo son los pecheros, de un señor sin mujer, sin hijos y sin corazón.»

Para los peregrinos tenía estas palabras, que, como todas las suyas, nadie oía en su redor :

«Ya has descansado y te vas camino de Compostela, gastando la contera de tu báculo que roza los pedregales y trillando la senda que cien, antes que tú, en tiempos de fe como éste, hollaron con sus sandalias. Mas á aquéllos los impulsaba una ofrenda piadosa para llegar hasta el sepulcro ; á vosotros os empuja la mendicidad, disfrazada y recubierta con el burdo sayal y la esclavina de cuero recamada de conchas de venera. Vais de romería y de ella andáis todo el año, de puerta en portalón, de pueblo en villa y de villa en aldea, y decís que llegáis de Jerusalén ó de Roma, siendo tal engaño, como engaño es el poder de vuestras bendiciones y la mirada humilde de vuestros ojos, y falsas las palabras de vuestros labios para con las doncellas con quien topáis al borde de los caminos solitarios, donde entonces vuestra san-

gre y vuestro ser todo arde en el fuego pecador del deseo insano.»

«¡ Ah, condenado ladrón—gritaba al gallofero truhán que á pierna suelta dormía á su sombra—, tranquilo echaste un sueño arrimado á mí! Ni la Hidra de Lerna ni la Serpiente Pitón te atemorizan. Tus uñas son largas y tu corazón duro como lo es el mío, que es de piedra. Sigue robando y huyendo presto á campo traviesa. Los graneros de los ricos están demasiado repletos. ¡Que entre el sol por sus rendijas y que tus manos de urraca remuevan las arcas y las faltriqueras de los ricos miserables!»

«Todos sois iguales, arriero—decía á éstos—, todos sois tardos y pesados como las mulas que conducís en reata, y vuestro andar es lento como el son de los cencerros que arrulla vuestro sueño. Dormís á la vez que camináis, parando en los mesones sólo para que reposen las caballerías, y á sus lomos cargáis oro ó carbón, jamones curados ó cajas de difunto para algún enfermo desahuciado. El contacto de vuestras bestias os hace bestias, y el de los tesoros que á veces van á vuestra custodia, os hace avaros. No os falta más que una collera y ayudaros, para andar, de ambas manos, traspasando antes al cuello el ronزال que prendéis del brazo.»

«Me compadezco de ti, mendigo—decía á éstos—, á quien la suerte volvió la espalda, co-

mo las puertas suelen cerrarse á tu paso cuando tu salmodia da comienzo con una alabanza á Dios. He visto que tu rostro hambriento conserva un sello de dignidad; por eso, porque eres digno, pides, que si no lo fueras, robarías. Tu zurrón exhausto, negro, con migajas duras y negras, es el bolsón donde vas echando las quejas y maldiciones reprimidas que brotan de tus labios secos. Por eso lo llevas siempre contigo, y aunque vacío, va repleto... El cativo mendrugo de maíz que has comido mientras has estado sentado á mi vera, lo conozco. Es lo único que os da, y no siempre, el señor de esta comarca, á la vez que ordena os echen los perros para que no volváis á pedir á sus puertas. Como á los juglares, diré que no vuelvas por estas tierras esclavas de tal señor, sin corazón, sin hijos y sin mujer, tres cosas que acaso posees tú que nada posees, y por ello, de hecho, eres más rico que él... ¡Que una nube de abundancia llueva sobre tu camino una miriada de espigas de oro!»

Así, de esta manera medio arcaica y medio sabia, zumbona y bárbara, hablaba á solas el penedo. Su eco perdíase sin que nadie le contestara. Mas un día—el mismo que brotó ufanamente la décima rama de su tronco—un día osó hablar el pino, el grácil pino, que, lentamente, en silencio, había ido creciendo á su lado. Y habló como una criatura, atropelladamente,

con alegría, y su voz atiplada tenía la inflexión del bacilo de un recental, allí donde la voz del penedo se había oído desde hacía cientos de años, bronca y recia como la badalada de una campana histórica.

Este tuvo desde aquel día con quién dialogar. Los coloquios de ambos eran dignos, por lo maravillosos y bucólicos, de aparecer en un poema de Hesiodo ó de Orfeo, ó en un apólogo de Esopo.

El penedo, grave, sentencioso, altanero, hacía siempre prevalecer su opinión. El pino, humilde, sencillo, temeroso, escuchaba sin osar contradecirle. El penedo, como un viejo amargado lleno de virilidad, tenía acentos é improperios de apóstol tirano, sintiéndose á ratos, desde su altura, un semi-Dios; no en vano rodara por su cima el sol de muchas centurias y hasta le había cubierto la lluvia del diluvio universal, y la luna, cuando camina tan alta como el sol á mediodía, le anunciara, con su sonrisa bobalicona, pestes y guerras de las que no se tienen conocimiento ni constan en la historia de los pueblos...

Un orgullo inmenso por las cosas terrenas y divinas inspiraba las palabras del penedo. Para él todo era frágil, movedizo, podre... El era fuerte, duro, inmortal, creyéndose una parte necesaria de la tierra, un miembro de ella, algo así como si de su base partieran, hasta las

más hondas raíces terrestres, nervios y venas, como si su desaparición provocase una hecatombe, una nueva Atlántida.

—Tú—le decía con desdén al pino—has de vivir muy pocos años y en tu tronco escuálido cada una de tus ramas irá marcando tus años, como acontece en la cornamenta de los ciervos. En los meses del otoño vendrán siempre á arrancar tus piñas, y un día ¡ah, un día! te aserrarán por junto á la raíz, yacerás como un cadáver, tendido en el suelo, y luego con un hacha te convertirán en pedazos y tu madera ordinaria servirá para avivar el fuego.

—Acaso aciertes—replicaba el pino—, mas me quedan muchos años de vida. Nosotros llegamos á centenarios y siempre somos esbeltos y erguidos, no como tú, que eres feo y achatado, no posees líneas ni apenas das sombra. Yo canto en los días de tormenta y soy cantado por los poetas, que á mi rumor llaman quejidos. Mi aroma es sano; mi resina inflamable, es medicinal; mi madera es dócil para trabajar. Lo mismo puedo servir para que conmigo se talle el retablo de un altar, que un banco, que una artesa.

—No te hagas ilusiones. Tú estás condenado al sacrificio del fuego ó á que tus tablas sirvan para cercar un inmundo corral.

—Y tú, que tanto hablas, no creas que tienes vida eterna. Cierto es que yo estoy conde-

nado á morir alevosamente, sintiendo el frío de los dientes de una sierra ó los golpes de un hacha. Todo es efímero en este mundo, penedo altivo. Y quién sabe si algún día yo, convertido en santo, te contemplaré desde mi altar hecho una estatua yacente, sin nariz, mohoso, frío, guardando las cenizas de un potentado que tenga el capricho de hacerse enterrar en el rincón de una iglesia.

—No hay quien pueda conmigo. Mi grandeza inspira respeto. Soy como un dolmen; pertenezco á la historia.

—No vale ser pedante, y conste que debes agradecerme el destino que te doy.

—Me molestan tus palabras, pino necio.

—Más te molestarían si dijera que tus fragmentos pudieran servir de guardacantón, de grava ó tallados como silos, de refuerzo de parras ó pies de hórreo.

—Ten entendido, joven pino, que soy más fuerte y más duro que lo más duro y más fuerte que tu incultura puede suponer. No hay fuerza humana que pueda conmigo. Nací con la luz, y el día que ésta se extinga para siempre, reinaré tal cual soy en la sombra de la eterna noche sin alborada de la fin del mundo. Vuelvo á decirte que soy inmortal...

De esta manera dialogaban casi siempre el penedo y el pino. Este, á medida que le fueron naciendo ramas, con lo cual dicho queda que

iba creciendo en edad y en estatura, discurría mejor y más odiaba á su pétreo vecino. A veces se pasaban los meses sin cambiar una sola palabra, y en los días de viento, las ramas, cada vez más altas y corpulentas del pino, gemían con sordo y trágico rumor, como un mar broante entre arrecifes. El penedo, en tanto, parecía dormir como un Titán ó Polifemo.

Los mendigos y juglares, peregrinos, arrieros y ladrones seguían cruzando por la estrada romana que pasaba junto al penedo, y deteniéndose á su lado ; y al alejarse, como siempre, comentaba con displicencia ó con elogio el oficio ó condición de cada cual. El pino, desde lo alto de su copa, los veía perderse á lo lejos, inventando, para producir envidia al penedo, cualesquier lance, tropiezo ó encuentro que en su ruta tenían antes de alejarse del contorno. Otras veces decía que un águila real le contaba hazañas de maravilla acaecidas en tierras lejanísimas ó entre nubes invisibles que corrían cerca de las estrellas.

—A ti—le decía el pino—sólo te cuentan sus cuitas los cuervos que anidan entre tus resquicios, los repugnantes cuervos que comen carne humana y dejan mondos los huesos de un caballo ó de un cristiano.

Una tarde—era por la primavera, y todo eran fragancias y pomas y yerbas nuevas—, un día, subió hasta lo alto del monte el señor aquel, dueño de las tierras, las vidas y las haciendas de la comarca, á quien tanto odiaba el penedo, y que tenía para su cobijo, en el fondo del valle, un almenado palacio, fantasma del pasado y granero de recuerdos, leyendas y consejas para el porvenir. Iba acompañado de su mayordomo, tan avaro, tirano y ladrón como él. La tarde convidaba á reposar contemplando á la vez el panorama, y he aquí que, apoyándose en las aristas y quebraduras que el penedo ofrecía por un lado, subieron á su cima, donde se sentaron mirando al valle.

Todo cuanto desde allí se dominaba era feudo del hidalgo. Hasta el humo que ascendía recto al cielo, como cipreses de ensueño, era suyo, porque con sus leñas se encendían los hogares de la aldea. Amo y criado no hablaban más que de tierras, de foros, de luctuosas...

El penedo sentía con repugnancia el peso de aquellos dos hombres que osaban sentar sus posaderas sobre su musgosa y sabia redondez. Odiaba al hidalgo, creíase más fuerte que él, superior á él, más noble, más experimentado; llevaba muchos años acechándole, oyendo maldecirle y maldiciéndole á la vez... y he aquí que rápido, como si una chispa eléctrica ó una conmoción geológica le agitase, hizo mover

toda su mole en vivaz oscilación, y el hidalgo rodó desde la cumbre hasta la estrada, donde fué á batir su cráneo, estrellándose...

Mientras el mayordomo, herido y maltrecho, fué corriendo á avisar al palacio, el penedo pregonó ante el pino su gran poder, su enorme superioridad, su fuerza incontrastable. Este mo- tejó su acción con acento débil y temeroso. Su erguido tronco parecía oscilar de miedo, y en tanto, el hidalgo se desangraba al borde del camino, y sus ojos, desmesuradamente abiertos, parecían mirar al cielo, teñido por la púrpura del sol arrebolado.

Al día siguiente, muy de mañana, los colonos del señor fueron, como en peregrinación, á ver el sitio donde su amo feneciera de manera tan trágica é incomprensible. Todos miraban con asombro para el bravo penedo, duro é im- pasible como un monstruo de falsedad. Una emoción angustiosa les oprimía y sus almas esclavas hicieron que sus labios ingenuos y sensi- bles modularan palabras falaces, dando á ellas el temblor de la sinceridad.

Por la tarde unos jornaleros, seguidos del mayordomo, subieron allí, armados de hachas y sierras, que dejaron al pie del pino.

—¿Lo ves?—le dijo el penedo—, ya te tocó morir. Pronto volverán á talarte, y de tu ma-

dera harán la caja con que se ha de enterrar al tirano que yo maté. Triste destino vas á tener. No tardarás en pudrirte ; mas no te aflijas, que es costumbre en esta comarca hacer el ataúd de una madera recién cortada, y creencia de estas gentes que así mejor se conserva el cuerpo del difunto, y, además, por tradición, ha de construirse con la madera del árbol más cercano al sitio donde se lance el último suspiro. No te aflijas, repito, que á fe que no reparé en ello, pues no te haría una víctima de mi acción... Pero qué más da, si has nacido para morir. Yo, en cambio, tendré que aguantar sobre mi cima el peso de una cruz, que también es costumbre por estas tierras colocar donde alguien muere de manera violenta ; y en verdad que mejor pedestal no puede tener este signo. ¡ Con tal de que no la labren con mi propia piedra !...

El pino callaba. Sus ramas oscilaban á pesar de la tranquilidad serena de la tarde, como si un viento agorero las agitase.

Volvieron de nuevo los jornaleros portando largas barras de hierro. El mayordomo daba órdenes, que eran obedecidas presto, y mientras unos, implacables, fieros, sudorosos, comenzaron con afiladas hachas á cortar la base del pino, otros, con largas barrenas y mosque-tes, aprestáronse á horadar por distintos lados el penedo...

El pino cayó á tierra con estrépito, y sus raíces, desgajadas, levantaron un trozo de tierra. El tronco mutilado semejaba una enorme herida, tierna, sangrante. En poco tiempo aserraron su parte más gruesa, y en hombros lo llevaron monte abajo para con él construir el ataúd del hidalgo.

Al atardecer turbó la paz de la comarca el estrépito continuo de varias explosiones, cuyos ecos bogaban como ondas de monte en monte. El penedo, el duro y altivo penedo, había volado en fragmentos por el poder de la dinamita y el del hombre mortal, y á las explosiones sucedió un vago silencio, turbado de cuando en vez por el toque de una campana que anunciaba la muerte de un cristiano.

La turquesa del caballero.

(ROMANCE EN PROSA)

Helo, helo por do viene
el Infante vengador,
caballero á la jineta
en caballo corredor.
Su manto revuelto al brazo,
denudada la color,
en la su mano derecha
un venablo cortador.

—Y fué—os lo voy á contar tal como lo oí de labios de un viejo pastor suevo—mismamente al verla una tarde, cuando el caballero quedó prendado de la hermosura de la hija del conde, señor muy principal que tuvo gran poder en estas tierras y dominio en otras que se extienden allá por las dos Castillas. El caballero de que os hablo volvía de la guerra y tornaba lleno de gloria y repleto de afán por que le estrujasen los brazos de sus padres, unos nobles, que al arrimo de su casa infanzona y al calor del fuego del hogar, esperaban llenos de ánsia ver llegado el día del feliz regreso del su hijo.

Digo que el caballero quedó prendado de la belleza de Conchita, y en verdad que no era

para menos, pues era hermosa como los pimpollos de Abril, blanca como las blancas azucenas, azules sus ojos como dalias de la misma color, misteriosa y pura su boca, toda un misterio de milagros de amor y nido de besos, rubios y enconchados sus caballos, y su cuerpo, perfecto, pulido y gracioso: una divina obra de Dios Nuestro Señor.

Como si un ásipd le hubiese picado en el corazón, llevó el caballero su mano al pecho, refrenó el paso de su caballo, y con la vista fija en la Condesita, que á la sazón paseaba por el jardín, á la sombra de sus verdes y olorosos arrayanas, sintió que se inflamaba su pecho de un puro amor no sentido jamás, y cuando la vió perderse entre los rosales en flor, encaminándose al palacio por cuyos jardines paseaba, llamó á sus puertas, pidiendo ser recibido por el castellano. Al verlo los criados y al notar sus nobles modales, presto fueron á decírselo al señor, que más presto, con afabilidad y con cariño, recibió al caballero, ofreciéndole su casa y su persona y un lugar en su mesa y un lecho donde reposar.

Aceptada hospitalidad tan cumplida por el caballero—no ruin porque á requerirla y aceptarla movíale el afán de mirar y admirar de cerca á la hermosa Condesita que divisara paseando por el jardín—como cumple á quien ostenta abolen-go, el castellano, luego de enterarse de que su

huésped tornaba victorioso de la guerra, hizo llamar á su hija y se la presentó.

Temblorosos, casi balbucientes, se saludaron, tal como si una inteligencia secreta les uniese.

La Condesita, ruborosa, dejó estrechar su mano menuda entre la mano fuerte del caballero. Los ojos de éste, con una mirada profunda y brillante, hicieron entornar, medrosos, los de ella. El milano, sin mostrar sus garras, había vencido al polluelo...

De noche, en una grande estancia del palacio, el conde y la Condesita, sentados cerca de la chimenea donde chisporrotean gruesos troncos de encina, escuchan el relato que de sus aventuras guerreras hace el caballero.

Dos galgos están tumbados á los pies de ellos, sobre el tapiz, con su picuda cabeza de afilado hocico, en dirección á las llamas. Se oye el ulular del viento, que fuera, en los jardines, agita los arbustos y llama al miedo.

El caballero, de pie, apuesto y gallardo, va dejando caer sobre el blando corazón de la Condesita, como si fuesen gotas de emoción, palabras y palabras con las que expresa los azares corridos en la guerra.

Su ademán es noble, amplio y reposado. Habla como un héroe que no teme á la muerte,

y es su acento tan sincero, que padre é hija, cautivos de la verdad cierta de cuanto va relatando, escuchan llenos de encanto, á veces emocionados, otras con terror, las más con admiración, al caballero que de manera galana y sobria, cuenta cuanto hizo en defensa de su Rey.

A veces sus ojos se encuentran con los de la Condesita, y su voz cálida entonces, parece llenar la estancia. Si hay una pausa en el relato, el viejo la aprovecha para exclamar: «Sois un héroe», y su hija, para suspirar...

—Torno de la guerra—termina el caballero—victorioso, y á la vez triste... Otorgáronseme mercedes y rindiéronseme honores. Puedo contemplar mis heridas honrosas y puedo abrazar á mis padres, que me esperan en el viejo y noble solar que les alberga. Mas no puedo sonreír ante una mujer, ni gustar de sus miradas amorosas... ni de sus caricias gratas... No he tenido tiempo de amar y de ser amado. Llevo en mi dedo la turquesa azul que todo guerrero, al partir á la guerra, deja á su amada para que en la palidez ó en la obscuridad de la piedra, vea la intensidad ó frialdad del cariño de su amador.

Mi turquesa espera ser adorno gentil y promesa de amor en los dedos finos de una mujer...»

Y extiende su mano, en uno de cuyos dedos,

sobre el oro rubio de un aro repujado, luce una espléndida turquesa.

La Condesita tampoco adornó sus dedos con la piedra simbólica de los amadores del tiempo medioeval. Su corazón libre, prodigó todas sus ternuras á su viejo padre, ya que su madre, muerta antes de verla criada, no podía disfrutar en la otra vida de sus cariños...

Han pasado varios meses desde el día aquél en que el apuesto caballero que tornaba de la guerra, fué albergado en el palacio. No ha vuelto á saberse de él. La Condesita se acuerda del relato de sus bravas hazañas y tiembla ; se acuerda de sus miradas, y tiembla también. Tiembla porque en su pecho anidó el amor desde aquel día ; en su pecho hay un nido que no va á ocupar el pájaro para quien fué hecho.

¿Por qué no tornó el caballero como de ello hizo promesa? ¿Llevará todavía luciendo en su dedo la espléndida turquesa que les mostró la noche memorable en que al final de su relato quejóse de no ser amado? ¿Luciría la turquesa en el dedo de otra mujer...?

La Condesita, triste, pálida, mira sin cesar desde el alminar del palacio para la lejanía. Sus ojos buscan inquietos, en el azul lejano de la montaña, una gallarda figura de hombre que no aparece. Su padre, que adivina el por

qué de su melancolía, prodígale palabras de consuelo y dícele que el caballero ha vuelto á la guerra, y que tornará más victorioso que antes y que otra vez volverá á relatar sus aventuras en la amplia estancia del palacio, junto al fuego de la chimenea, donde dormitan los galgos... Y entonces no se marchará.

La Condesita sueña día y noche, dormida y despierta, con el que, al pasar, dejó su corazón herido de amor. Como si mismamente fuese su prometida, guarda su recuerdo tal como si prometiese no olvidarle de por vida. Pero su padre, pasado algún tiempo, decide de casarla y búscale marido que casa con ella, al que ella no quiere, pero acata y respeta.

Y pasan días y días y más días, y uno en que la Condesita mira como siempre desde el alminar para la lejanía azul, divisa cabalgando sobre un dócil corcel á un jinete, que empuña en la diestra una lanza, y que viste una armadura, que brilla y rebrilla herida por la luz. Poco á poco vanse acercando corcel y jinete. Vienen por la calzada que sombrean densos y verdes pinares. El debe ser un hombre alto y recio, su continente es grave y solemne; no mueve la cabeza ni los brazos; el lento andar del caballo apenas mueve su busto. El almete lo lleva le-

vantado, pero ¡oh, cielo estrellado!, trae los ojos vendados...

La Condesita reconoce tras la venda, á pesar de la armadura, dentro de misterio tanto y tan extraña presencia y actitud tan seria, al Caballero que esperó en vano, que como el primer día que lo ha visto, cruza ante ella dejando ahora el brillo de su armadura y antes el brillo de sus hazañas. Cruza, tapados los ojos, como una visión, y la Condesita le llama, pero es en vano, y entonces cae desvanecida y nadie la socorre, y el caballero en tal punto espolea al caballo, que se pierde desbocado derribando al jinete...

En los dedos agarrotados del caballero luce una turquesa de intenso y obscuro azul, y agarrada á su diestra, fuertemente, la lanza, que

Siete veces fué templada
en la sangre de un dragón,
y otras tantas perfilada
en las alas de un halcón.

La limosna.

En busca de reposo, de un falso reposo que ni precisaba ni á él se hubiera avenido, aunque á todos decía que á procurarlo iba, Gonzalo Belvís marchábase en llegando el verano á su tierra, en uno de cuyos rincones poseía una casa y una huerta.

La casa era tan chica como la huerta que le rodeaba. Y si cierto es que carecía de extensión, no envidiaba en verdad el encanto de las más amplias y bellas, pues que estaba situada en lo mejor del contorno, al mismo borde de la carretera y de cuyas ventanas se dominaba la azulada franja de la ría hasta su abrazo con el mar, un trozo de pueblo, un cacho de monte, pinares extensos, robledos frondosos.

Sí que allí podía lograrse, á poco empeño que en ello se pusiere, el reposo que tanto deseamos en los instantes de desaliento, cuando el cansancio de la urbe ó la fatiga de no ver nuestros sueños realizados, nos invade.

Y es que entonces, nuestro ficticio cansancio

busca en las páginas de un libro amigo, bañado en misticismo y en dolor, un consuelo, y cuanto en sus páginas leemos quisiéramos vivirlo, y cuando lo vivimos, ansiamos de nuevo la turbulencia que es vida para los que aún tenemos el alma moza y el pecho fuerte. No vale que en el recogido y favorito rincón de nuestra estancia echemos de ver la vida de la aldea. Cuando á ella nos acercamos, más nos atrae lo que nos impele á huir de la ciudad. Nuestra alma dolorida suele buscar un remedio á su mal donde la llaga más se encona, donde más sangra, donde las bizmas confortantes son dardos que la hacen más extensa y más sensible...

«Este barro mortal que envuelve el espíritu— ¿quién lo entenderá, señor?»

Esto y algo más, con razón ó sin ella, decía Belvís. Sus penas eran producidas acaso por un exceso de sentimentalismo ó de romanticismo, ó porque su alma snóbica encontraba en el más ligero recuerdo la evocación de un dolor que había cruzado por su mente y que volvía á prenderse á ella. La Nirvana solía invadirle, y en lucha con todo su complicado ser, optaba por reír sin motivo, por entristecerse cuando debiera estar alegre, por desesperarse cuando debía vivir tranquilo, por aparecer indiferente y apático cuando debiera estar preocupado.

Era un caso raro, interesante en verdad, el

caso psicológico de Gonzalo Belvís. Así, que cuanto le acontecía, si no podemos decir que careciese de precedentes, podemos asegurar que lo rodeaba el halo misterioso de lo no vulgar.

Marchaba, pues, á su refugio aldeano—patrimonio de sus padres ya fallecidos—cuando hartó, según él, de vivir, necesitaba de descanso una temporada. Y al llegar á su casa, blanca, menuda, limpia, todo le daba la sensación de que entraba en la celda del ensueño abierta al campo por ventanales adornados con las hojas de sus parras y los mirtos de su huerta. Mas los mirtos, la huerta, la parra, el campo, su casa toda, guardaban el recuerdo de otros años, pues que habían sido testigos de sus meditaciones cuando se le mostraba el dolor que llevaba consigo ; siempre un dolor nuevo ó un desengaño reciente ; una carga enojosa ; un peso en el alma.

Y como á veces se engañaba á sí mismo, lográndolo á fuerza de sentir lo contrario de cuanto debiera, en aquellos momentos mismos en que debiera sentirse de tal ó cual manera obedeciendo á su estado de ánimo, he aquí que mitigaba sus alucinaciones morbosas buscando á su vida una amenidad cualesquiera.

Y aquí le tenemos deshojando cruelmente unas flores espléndidas cuando más bellas debieran lucir en los búcaros de su casa ; caminando á pie cuando más cansado se hallaba ; can-

tando cuando estaba triste; tendido en su cama, con un libro entre las manos, cuando no tenía malditas ganas de leer, y debiera pasear y estirar las piernas; haciendo el amor á una moza de la aldea, zafia y garrida, cuando más detestaba las mujeres y la promesa de odiarlas á todas, se había hecho momentos antes.

Y á fe que terminaba por no encontrar reposo allí donde á por él fuera. Fuerte y robusto de cuerpo, su sangre joven le latía con fuerza en las venas y le golpeaba las sienes, y como un autómeta, como un sér abúlico, cuanto le dictaba el juicio, lo copiaba al revés su organismo.

Llegó á perseguir como un fauno, por los campos bañados de sol y por las orillas del mar, á las mozas, con una expresión tan singular en su rostro que huían de él atemorizadas. Llegó á tener en su casa coloquios consigo mismo, en alta voz, y coloquios íntimos, en voz muy queda, con mozas fáciles que se rendían á su gallardía, á sus regalos y á sus palabras, nunca oídas por ellas. Llegó, en suma, á ser objeto de burlas, ya que le consideraban sin seso y juicio, y hasta una moza, muy guapa por cierto, llegó á enamorarse de él...

Y luego de esto, el otoño que asomaba hacía le tornar á la ciudad, según creía, rejuvenecido, sano, descansado, después de una vida apacible y sedentaria...

Pero el caso es que volvía igual ó peor, como

si la aldea no obrase en él la virtud curativa que para todos tiene. Pronto se olvidaba de aquellos meses pasados en bárbaro, en su casita aldeana, rodeada de su huerta, tan breve como una sábana y tan florida y sombrosa como un jardín monacal.

Un año, como siempre por el mes de Agosto, Belvís fué á su aldea. Como siempre, también llevaba su carga de dolores y amarguras. Antes de llegar á su casa, oyó que le llamaban; hizo parar el carruaje que le conducía y vió que se le acercaba el cura que iba á pie por la carretera, resguardándose con un inmenso paraguas del sol que caía á plomo. Después del obligado saludo y del apretón de manos, el cura aceptó un asiento en el «cesto». No habían rodado siete varas, cuando el cura, con sonrisa picaresca, dijo á Belvís:

—Conque á ver la familia, ¿eh?

Y le daba palmaditas en las piernas y seguía sonriendo como un pícaro acólito.

—Buena ficha está usted, don Gonzalo. ¡Caramba!

¡Belvís, asombrado, sin saber á qué atribuir aquellas sonrisas, aquellas palmaditas, aquellas palabras llenas de una intención cuyo alcance no adivinaba, mirábale interrogándole.

—Vaya, vaya, no se venga con bromas. Todo el mundo lo sabe... ¡Es más guapo que un

sol...! Todo es usted. A fe que no lo puede negar...

—Pero explíquese, señor cura. No entiendo.

—Bah, bah... el chico, hombre... El chico... La Rosinda... Hace tres meses que parió...

Belvís no supo qué contestar.

Quiso sonreír y no pudo, y cuando se disponía á decir algo, paró el carruaje frente á su casa; se apeó el abad, le estrechó la mano, y se despidió hasta luego. La mujer que le cuidaba la casa, salió á su encuentro, recogió las maletas, y con palabras cariñosas le dió la bienvenida mostrándole todo fresco, limpio y ventilado.

—Señorito—dijo al poco rato—, deje que me ría. Ja, ja, ja... ¿Pero no sabe lo mejor? La Rosinda tuvo un crío... Mismo es «escupido» por usted, así Dios me salve.

Belvís, un poco sonriente y un poco nervioso, no supo decir más que estas palabras:

—¿Está usted segura?

—Usted sabrá—repuso la casera—. Digo, ella; ella y usted... Lo que es parecer, bien se le parece.

La tarde, suavísima, clara, transparente, era una de esas tardes deliciosas en que todo se muestra bello bajo la pompa de un sol bueno y dorado. La ría, como un inmenso é irregular zafiro, espejaba las montañas y las velas latinas que navegaban hacía el mar. A Belvís, mientras se recreaba ante tanta belleza, le asaltaron

deseos de no instalarse en su casa, huyendo así de los comentarios que ante su presencia y á su paso iban á originarse. El contacto con aquella muchacha echaríanselo en cara, acaso con sonrisas y burlas. ¿Dónde estaba la tranquilidad en cuya busca iba? ¿Era aquello un fracaso de sus ensueños, era el ideal, el espíritu lo que huía de él para mostrársele la ruda y prosaica concupiscencia de la carne en unos instantes de deseo?

—Pues, señorito—añadió la casera, luego de una breve pausa—, ella como si tal cosa bautizó y cría al rapaz mismamente como una madre contenta de ser esposa. Sólo que como es pobre, la pobre quiere cuidarle bien y que nada le falte. Aún la semana pasada djome que si deseaba que usted viniera, es porque confía en que le dará alguna limosna para atender mejor al crío... Si le ve, señorito, va á pedirle algo ; lo menos cuarenta reales...

Belvís quedóse admirado. Pasmábale semejante humildad, altruísmo tal. Y de pronto sintió un profundo deseo de instalarse en la casa de sus mayores viviendo rústicamente como ellos vivieron, desechando sus dudas y sus pueriles temores.

Yo no sé qué habrá ocurrido luego. Lo que sí sé es que Gonzalo Belvís no ha vuelto y si-

que viviendo en su aldea, á pesar de que el otoño y después el invierno llegaron con sus lluvias y sus fríos... Acaso espere la primavera y á que la fecundidad de los árboles le muestren sus pomos nuevas y más tarde sus frutos en sazón.

El ladrón.

Los cantus extendían sus hojas duras y carnosas por sobre el muro que rodeaba la huerta, y la hiedra festoneaba las paredes de la casa, poniendo un marco verde á los derruidos ventanales. Las parras, viejas y negruzcas, se retorcíán alrededor de los postes de piedra que les servían de apoyo, y el palomar sin palomas, las paneras sin maíz, el corral sin gallinas, el jardín—lleno de ortigas y jaramagos—sin flores, las ventanas con escasos cristales, los tejados sin tejas, daban sensación de desolada tristeza. Un carro con la lanza levantada en alto y un arado con su cuchilla oxidada y la esteva rota se pudrían bajo un cobertizo.

Era á ultimos de Septiembre y por la aldea no se oían más que cantos de vendimia y blando rumor de maizales. El otoño, con sus arreboles y sus doradas entonaciones, comenzaba húmedo y lluvioso.

Como una hoja seca desprendida del vivir cortesano y bullicioso—sin que sea de mi incumbencia decir de qué clase de árbol era

la rama de donde se desgajó—hizo su aparición en la aldea, sin á nadie avisar y sin de nadie ser visto, D. Alberte de Figueiró, una tarde de llovizna, fragante y tranquila como las tardes del estío de San Martín. D. Alberte era el dueño de la casa abandonada, donde los cantus y la hiedra presidían un abandono de varios años. D. Alberte tornaba después de una larga ausencia y pudo observar, luego de abrir á empujones una puerta adosada al muro, que todo conservaba esa indefinible apariencia que adquieren los objetos materiales en medio de los que se ha sufrido, amado y gozado. D. Alberte era un hombre ya entrado en años, de robusta apariencia y anguloso rostro. Su mirada, apagada y melancólica, acusaba al que, desengañado, enfermo ó dominado por una idea irrealizable, ve todo con indiferencia y escepticismo.

D. Alberte volvía á su delicioso retiro, donde la felicidad le había brindado sus óptimas mercedes hasta que, colmado y saturado de ellas, sintió la picazón del tedio; y al verse solo dentro de su huerto desistió de avisar al pronto á sus caseros. Quería gozar sin testigos de la soledad de sus bodas; y dispuesto á ir recogiendo al azar cuantos recuerdos se le evocaron al paso, con cautela y hasta con temor fué derribando puertas y subiendo escaleras, entrando así en su casa talmente como un ladrón que fuese á robarla.

El polvo, la polilla y las carcomas habían ido pudriéndolo todo. Un fuerte olor á cosa rancia acusaba vejez. El entarimado, bajo las pisadas de D. Alberte, gemía con inacabable crujido que se extendía á todos los pisos y pareciendo repercutir en el techo y en las paredes. Luego de cruzar varias salas por donde mil hilos invisibles tejidos por las arañas se ligaban á su rostro, llegó á una más extensa que tenía dos altas ventanas que daban al balcón de piedra sobre el cual destacaba, mohoso, el escudo de sus ascendientes. Era aquella la sala principal, donde sus antepasados habían ido colocando los más precisados muebles y objetos, que siempre una casa de alcurnia, conserva con cariño para que hablen de su origen y abolengo.

D. Alberte se dirigió á un extremo, donde había un bargueño, que no el tiempo, sino manos rapaces habían destruído arrancándole las incrustaciones de hueso y de marfil, las cornisillas de bronce y las aplicaciones de concha. Al ver de tal manera tratado el viejo mueble, donde acaso algún tiempo había guardado en la recobez de sus cajones algún manojito de cartas, algún rizo de unos cabellos amados ó algún retrato de mujer, D. Alberte se sintió contrariado, y lentamente fué abriendo sus cajones. Y en uno encontró unas amarillentas madejas de lino, en otro unos gorriones muertos y en otro dos mazorcas de maíz : una de granos amarillos, y

otra de granos bermejos. Siguió registrando los restantes y, por último, tocando á un resorte, metió la mano en un hueco secreto, revolvió, buscó y únicamente extrajo sus dedos manchados en polvo.

¿Qué extraña mano había guardado allí el lino, los gorriones y las mazorcas? Aquello parecía el comienzo de una historia rústica ó el epílogo de un romance. Al mismo D. Alberte parecía maravillarle aquel hallazgo, cuyo objeto no comprendía y no era otro que el de ahuyentar á los demonios y á los ladrones de la casa. No insistió en escudriñar por los demás secretos del mueble, pues temía encontrar únicamente polvo, nada más que polvo.

Con el semblante contrariado, el amo de todo aquello tendió la vista por las paredes, de donde colgaban viejos cuadros y largas telarañas. En un ángulo de la sala había un Cristo sombrío, de rostro enjuto, de nariz larga y de labios serenamente plegados, con una aureola dorada y una diadema semejante á la de los emperadores bizantinos. La imagen del Redentor parecía mirarle fijamente, como á un intruso que fuera á turbar la paz de la estancia, dormida al arrullo de las carcomas que roen las maderas.

Y sin atreverse á tocar nada, se dirigió á una ventana y, apoyando la frente contra un vidrio que la lluvia había lavado, se puso á mirar

para su seara y para su huerta que, llena de cárcovas, esmorecía bajo el cielo gris de la tarde otoñal.

Allí permaneció durante bastante tiempo, sin moverse, pálido, con la mirada perdida en el paisaje. La aldea aparecía en un fondo ceniciento, y aquí y allá verdeaba entre las rápidas alternativas de la lluvia, violenta ó pausada, según el capricho del viento. La lluvia avanzaba por las montañas lejanas, que se iban ocultando á la vista. En la huerta, el ruido de las gotas al caer sobre las hojas secas, era un ruido amable, grato al oído, y la tierra mojada despedía una fragancia deleitosa y sana.

D. Alberte, al mirar tras los cristales, no tenía un solo pensamiento determinado. Un confuso tropel de ellos le dominaba; mas un solo sentimiento ocupaba por entero á su alma, sintiendo como nunca el deseo de quedarse á vivir allí, de encontrar allí reposo, de dormir allí su sueño postrero. Aquella era su casa, su único patrimonio; allí había nacido y allí debía morir...

Así iba á comunicárselo á sus caseros y á sus colonos. Quería hacer una vida rústica y apacible lejos de las ficciones y de las perfidias del mundo. Mandaría arreglar la casa, retejarla y librarla de hiedras y de goteras, cultivar la huerta, podar las parras y picar el escudo, sobre todo picar el escudo, que pregonaba con

sus cuatro cuarteles la nobleza de sus antecesores.

Contento con esta idea, abrió de par en par las ventanas y se asomó al amplio balcón de piedra. La tarde declinaba y la lluvia había ido cesando.

En la aldea, en tanto, ocurría algo singular. Se estaba tramando una batida, se iba á hacer un escarmiento, se iba á coger á una gavilla de ladrones que había penetrado en la casa de los Figueiró y estaba saquándola toda. Unos vecinos habían visto á uno de los ladrones andar por la huerta, forzar las puertas, tras los cristales de la ventana, asomado al balcón...

Más de una docena de labriegos, armados de hoces, azadones y palos, disponíanse á cogerlos. El casero de los Figueiró los capitaneaba; era preciso dar el golpe antes de que llegase la noche, y atar codo con codo á todos aquellos «moinantes». Así que, sin perder tiempo, decididos, cautelosos, sin levantar ruido, deslizándose, para no ser vistos, como reptiles, llegaron al pie del muro, rodeándolo, y á un aviso convenido saltaron á la huerta, y fueron acercándose poco á poco á la casa, donde entraron unos cuantos, mientras otros quedaban fuera para que nadie escapase.

D. Alberte, tranquilo, bajaba entonces las escaleras, alumbrándose con un fósforo. Al verlo los labriegos retrocedieron y le esperaron

escondidos para darle el alto y un estacazo. Pero D. Alberte, al oír ruido, se detuvo y preguntó con voz robusta :

—¿Quién anda ahí?

Un labriego, saliendo de su escondite, gritó :

—¡¡ Date, ladrón!!

D. Alberte, al oír tal, soltó una carcajada, y la carcajada fué como el conjuro que movió á los labriegos á abalanzarse sobre él como perros rabiosos, dispuestos á exterminarlo.

—¡ Ah, ladrón... ladrón... ladrón...!—gritaban llenos de fiereza.

Sus gritos no dejaban oír las palabras de don Alberte, que desde lo alto de un peldaño les decía quién era. Cuando se dió cuenta de su situación, quiso huir hacia la sala para que á la luz pudieran reconocerle. Pero era tarde. Uno le había trincado fuertemente, otro le daba golpes con un azadón, otro con una hoz, y, derribado sobre la escalera, en la penumbra propicia del obscurecer, se cansaron de «mallar» en él, hasta que lo dejaron por muerto, mientras los demás buscaban por todas las habitaciones de la casa á los demás ladrones de la cuadrilla...

Y sólo encontraron en la sala, al pie del bargeño, las madejas de lino, los gorriones muertos y las mazorcas de maíz que el guardián de la casa de Figueiró había guardado allí para ahuyentar á los demonios y á los ladrones.

El bon vino del prior.

I

En la estación de Portoval, luego de reponer sus fuerzas con una sobria comida, Antonio Ruibal—un presbítero joven y barbilampiño—volvió al tren para continuar á Santiago de Compostela. Venía cansado, viajaba desde las rudas tierras orensanas con rumbo al corazón de Suevia, y momentos antes, al transbordar, encontrándose con un departamento vacío, pensara en el dulce y tranquilo sueño que hasta la ciudad del Apóstol echaría tendido á lo largo del asiento.

Más, ¡oh desilusión!, frente por frente al sitio que escogiera con regalada codicia, se movió un bulto inmenso, una informe masa, que no era otra cosa que un compañero de viaje, un orondo y robusto fraile, que, á la luz mortecina del mechero del vagón, consumía unas olorosas viandas que iba extrayendo en silencio de un cesto que sostenía sobre el regazo.

Antonio Ruibal se sentó malhumorado ante

él. Las mandíbulas del fraile no cesaban de triturar con todo el ardor de un perfecto «gourmet» gabacho trozos y más trozos de carne, que, de cuando en vez, rociaba con vino. Al terminar de beber, hacía chasquear la lengua, y cuando pareció que el banquete iba á finalizar, he aquí que del fondo del cesto un nuevo manjar, envuelto cuidadosamente en papeles, era engullido con igual fruición y rociado con idéntico líquido.

El tren se puso en marcha y las viandas seguían pasando de las manos al estómago del fraile, que debía ir hinchándose como un odre bajo el holgado hábito. El tren se detuvo en dos estaciones, y poco antes de llegar á la tercera cesó de comer, extrajo de un saco una nueva botella, y dirigiéndose á Antonio Ruibal, le dijo :

—¿Usted gusta?

—No, gracias, padre ; muchas gracias.

—Beba un poco—insistió, alargando la botella—, es vino doncel, del convento de Padrón ; pruébelo y verá qué rico es.

No hubo más remedio que aceptar. Ruibal apenas mojó los labios.

—¡Eh! ¿Qué le parece?... Es el vino más rico que se coge por estas tierras. Ni el vino de Amante ni el mejor de Leiro le superan. Es tan suave... Tan claro... Beba, beba más...

Y bebió, echando un largo trago, y los elo-

gios del sacerdote rimaron con los del fraile. Indudablemente, era un vino excelente, prodigioso, suave, alegre...

El fraile, encantado, lleno de optimismo, rociaba las alabanzas al vino con tragos de él, y cuando la botella fuese vaciando, mirándola al transparente, dijo con desconsuelo este vulgar y añejo estribillo :

«Gaudeamus igitur
juvens dum sumus...»

Así, bajo el eternamente mozo don del vino comenzó la conversa entrambos viajeros.

El fraile era prior de un convento de Padrón. El sacerdote era un mozo culto, de acomodada familia, que no tenía más obligaciones que decir misa á diario y hacer versos cuando le soplaba la musa. El prior tornaba á su convento de vuelta de una visita á otros de la misma Orden. El clérigo iba á Santiago á respirar por unos días el ambiente de arte y de fe que emana de la ciudad del Apóstol.

El prior, que era un hombre altamente simpático, dicharachero y robusto, explicó á Antonio Ruibal la clase de vida que se hacía en el convento. Las reglas allí no eran muy estrechas que digamos, y ó bien porque los preceptos de la Orden no lo exigían, ó porque él, mundano y poco místico, no lo había impreso ese sello de austeridad que en otras Comunidades lo pre-

side todo. Allí se comía bien, se bebía bien, se rezaba, se daba al cuerpo todo aquello que no está reñido con las pasiones que emponzoñan, y al alma cuanto ha menester en sus momentos de piadoso recogimiento. En suma, era su convento un apacible retiro, adonde no se llegaba descalzo, con ferreruelo de pobreza y esclavina de abstinencias. Era un retiro digno de ser escogido por un desertor de las tribus de la felicidad y del placer.

Su situación era bellísima ; una de las más bellas que vieron los hombres. Desde él se dominaba el mar á lo lejos, la ría de Arosa, el río Ulla, la vega serena y tranquila de Padrón. La huerta que circundaba al convento era ópima en dar frutos y en dar flores. El río que barría sus muros, lo era en dar frescura y rumor de égloga, y en las tardes de estío, los frailes bajaban á sus orillas á coger truchas, y por las noches, á la propicia luz de la luna, pescaban anguilas...

Antonio Ruibal le escuchaba lleno de entusiasmo. Su alma de poeta hacía presente en tal retiro emociones de un suave encanto. Así que, aprovechando una pausa del prior, le dijo que de buena gana iría á su residencia á hacer ejercicios espirituales. Al prior le pareció de perlas el propósito del sacerdote, y cuando llegaron á Padrón no sólo eran amigos, sino que se prometieron largos recitados de versos á la

sombra de los naranjos, á la orilla del río, bajo los claustros... El prior le esperaba sin falta alguna. Antonio Ruibal fijó la fecha de su llegada de retorno de Compostela. Y se despidieron como dos viejos camaradas.

II

El día fijado descendió del tren, en Padrón, Antonio Ruibal. Un rapaz descalzo, vestido al uso de la aldea, le condujo el equipaje y le guió hasta el convento. Caminaba uno tras otro, bajo el sol de la mañana, por un sendero circundado de malezas, donde blanqueaba el excremento de los pájaros.

Y llegaron ante el portal y penetraron en él. Las pisadas de Antonio Ruibal resonaron sonoramente tras el roce producido por los pies desnudos del rapaz. Un portero les salió al encuentro, se hizo cargo de las maletas, y sacerdote y portero subieron por una escalera hasta una estancia amplia, adornada con cuadros, en uno de cuyos rincones, al lado de un expresivo, un viejo reloj inglés hacía oscilar un áureo péndulo, ilustrado con una escena pastoril.

El portero desapareció para que anunciaran el visitante al señor prior. Antonio Ruibal sentíase contento viéndose instalado, gustando ya

de antemano la delicia de aquel retiro. Cerca del reloj había una ventana. Un transparente ramado tamizaba la luz. Lo recorrió y, abriendo las vidrieras, encontróse ante un panorama de maravilla.

Cierto era cuanto le había dicho el prior. El río se deslizaba besando la huerta abacial, hasta perderse en la vega. Los barcos subían río arriba, con sus velas desinfladas, y más que navegando sobre el agua, parecían ir por sobre la tierra, como si la fuesen arando. En la huerta cantaban los pájaros anunciando la madurez de los frutos. En medio de la vega, los cipreses del cementerio de Adina elevaban sus copas olorosas al cielo, y éste estaba sembrado de diáfanas nubes, que formaban majestuosos grupos. Todo se mostraba bello y tenía la rica tonalidad que el sol da á cuanto dora con su luz.

Antonio Ruibal, admirado ante aquel paisaje, no reparó que llevaba esperando cerca de una hora. Por fin, se le acercó un fraile, sonriente, con modales de una cortesía extremada, y le preguntó si deseaba ver al prior... Pero el caso era que el prior estaba ocupado, muy ocupado. El fraile le invitó á que le acompañase, y juntos recorrieron varias estancias; fueron al coro, bajaron á los claustros. Todo se lo enseñaba como si pretendiese distraerle. Antonio Ruibal, impaciente, nervioso, preguntó de nuevo por el prior, indicó su deseo de verle, de que se le avi-

sase si preciso era, de que le dijeran que era él, el compañero de viaje, el que venía á hacer ejercicios espirituales... Antonio Ruibal, el sacerdote orensano...

El fraile, un poco desconcertado, procuraba cambiar de conversación. Aquello acabó por intrigar á Ruibal. En la iglesia oraban unos frailes. Su acompañante se acercó á uno de ellos, y después de un breve cambio de palabras, éste fué hacia él y dijo :

—¿Conque usted quiere ver al señor prior?

—Sí, deseo verle ; ya me han anunciado.

—¡ Ah ! Pero... el señor prior está ocupáido... ¿ Ha visto usted la huerta ? Padre Jacinto, enséñele usted la huerta al señor.

Antonio Ruibal seguía cada vez más desconcertado. La huerta no le interesaba mayormente y sí la curiosidad de que era objeto por parte de todos los frailes y legos con que se encontraba. Pudo notar que por las ventanas del convento diversas cabezas asomaban con cautela y curiosidad.

Volvieron al interior. Antonio Ruibal, á punto de sentirse malhumorado, volvió á indicar su deseo de ver al prior, y fué entonces cuando de nuevo se le acercó el fraile que le había hablado en la iglesia, diciéndole en tono compungido :

—El señor prior no puede recibirle. Lo siente mucho.

—Pero...—dijo Ruibal lleno de asombro—si yo vengo á hacer ejercicios. Ya he hablado con él. Díganle que soy...

—Sí, sí ; pero aquí no hay costumbre de admitir á nadie para ejercicios. El no puede salir en este momento...

Antonio Ruibal no acertó á decir palabra. Todo era tan extraño, tan imprevisto, tan absurdo, que no supo decir más que esto :

—Pues me voy...

Burlado, dió media vuelta intentando dirigirse al piso superior, á la estancia aquella donde le habían hecho esperar una hora. Los dos frailes, que le seguían, dijéronle que no era preciso.

—Es que tengo allí mis maletas.

—No ; sus maletas están ya en la portería.

Tanta finura terminó por hundirle en un revuelto río de confusiones.

III

Al ausentarse del convento, Antonio Ruibal dirigió una mirada irónica hacia las ventanas, herméticamente cerradas ; terció su manteo con picardía sobre los hombros, como un seminarista truhán, y se acordó del momento en que conoció al prior, de aquel vinillo doncel, alegre y retozón, tan suave, tan claro, que de fijo po-

seña la virtud, como un vino clásico, de avivar
y calentar la sangre, y á sus labios, que llegaran
al convento dispuestos á recitar versos propios ;
con la sonrisa asomaron estrofas maliciosas del
Arcipreste y de Gonzalo de Berceo.

Monstruo marino.

Hasta dejaron varios días de ir á la mar los marineros de Campelo admirados y aterrados ante el monstruo que yacía en un recodo del playal.

Perdido de los grandes mares y alejado de las turbulencias del Océano, había entrado en las serenas y dulces aguas de la ría, y había entrado para morir, acaso siguiendo algún bando de delfines, ignorante de que bajo la estrecha y apacible lámina azul que limita dos costas, la arena es blanca y hasta ella llegan los rayos del sol, y donde las quillas de los barcos pasan rozando los peñascos, menos en los canales profundos, que lo mismo conocen los viejos marineros que las corrientes traicioneras y antiguas.

Era un bello monstruo, armado de terribles bocas, de ojos saltones, de apariencia feroz, antediluviana. Los más ancianos marinos, aun aquellos que habían recorrido todos los mares del mundo, no habían visto cosa igual. Unas inmensas aletas, como grandes abanicos, na-

cíante á ambos lados del lomo. Su cabeza deforme, estriada, roja, ovalada como un inmenso huevo, recordaba los ejemplares fantásticos que lucen en los Acuariums simulados. Su pecho era blanco, carnoso, grasiento, y su cola, su inmensa cola, hacía pensar en cuál sería el efecto de una de sus sacudidas, y cuál la montaña de agua, y cuál el río de espuma que con ella se produciría.

De todos los contornos de Campelo bajaban las gentes á verlo, como quien baja á una romería. Las mujeres, temerosas, no se acercaban á él, y subidas en las peñas lo miraban, haciéndose cruces. Unos aseguraban que era el engendro de una ballena y de un tiburón; otros, que era pez de un mar por descubrir, y los más lo tenían por augur de un año de calamidades y miserias.

Lo cierto es que nadie le acertaba con el nombre y dieron en llamarle el monstruo, y dieron en rodearle todo el día en actitud de asombro y curiosidad, como si esperasen de un momento á otro que, como una sirena, cantara la amargura de su triste fin. Las viejas aseguraban que estaba adormecido, que aún tenía vida y decían que por las grandes heridas que tenía en el pecho, producidas por los arpones, manaba sangre caliente.

El «Falucho», un marinero entrometido y hablador, explicaba cien veces al día la ma-

nera como le habían visto y cogido, á tres millas de la playa.

Le vieron flotar desde la barca que él patronaba, á poca distancia, rondando un gran ramo de laurel, que, prendido á un enorme corcho, señalaba el sitio donde habían de soltar las «rapetas». Tan pronto le vieron, comenzaron á gritar, y casi al mismo tiempo oyeron una especie de mugido, mugido mismamente de monstruo, algo cavernoso y terrible, que les heló la sangre. Entonces, volviéndose de medio lado sobre la superficie donde flotaba, enseñó su brillante pecho; sus aletas se movieron lentamente y su boca se abrió, soltando por ella un gran chorro de agua. El «Falucho» animó á sus compañeros á cogerle, y bogando con cautela llegaron á cerca de él. Su actitud era la de un pez en los últimos momentos de su vida: deja que la corriente le lleve, y no se daba cuenta de que una barca se le acercaba, á la que con un coletazo haría zozobrar. El «Falucho», temerario, decidido, sin oír los consejos de sus compañeros, que se contentaban con sólo verle de cerca, tiró un arpón con tal fuerza y tino, que fué á clavarse en aquel lomo blanco, que relucía fuera del agua. Otro nuevo arponazo hirió al monstruo y un «rizón» grueso, hábilmente lanzado, se prendió á él, y con tan preciosa carga, con pesca tan maravillosa, hicieron rumbo á Campelo...

Y nada más contaba el «Falucho», porque nada más, en verdad, aconteciera. Pero he aquí que la ignorancia de las gentes, que es el manantial de donde fluyen las quimeras, urdió tantas cosas como pulgadas tenía el monstruo de largo.

La Divina Providencia—decían algunos—, de acuerdo con el glorioso San Telmo, enviaba el monstruo á la recóndita playa para anunciar un año de abundante pesca y de fieros embates del mar. La pesca bien venida sería, Dios mediante, y el empuje de las olas él las había de guiar hacia los arrecifes solitarios, ó á morir en los playales extensos donde no existe el peligro de que las preciosas vidas de los humanos se malogren. Pero lo grave, lo que ponía espanto en los ojos y fruncía el entrecejo, era lo que las viejas más viejas pregonaban como cosa fatal, con seguridad de sibilas y acento de agoreras fadas.

El monstruo, al decir de ellas, anunciaba el fin del mundo; así, del mundo, de todo el mundo... Una ola inmensa, que debía estarse formando ya, caminaba sobre la superficie de las aguas hacia las costas, para derribar é inundar todo con su empuje feroz. Nada quedaría en pie. Lo que fuera mar sería la tierra, y lo que es la tierra sería la mar. Entonces se acabarían las miserias humanas y se truncarían de un solo golpe las ponzoñas que todo lo envene-

nan. Mas antes de que la ola llegase á cumplir el divino mandato, el mar arrojaría á la tierra todos los ocultos tesoros, los milenarios tesoros que guarda, avaricioso, en el fondo, y esto, digno de ser despreciado en tal ocasión, sería causa de que las pasiones ruines y los miserables egoísmos que palpitan ocultos en nuestro ser, como los tesoros en el fondo de los mares, se rebelasen, y unos contra otros lucharían como fieras para conquistar la mejor parte en el botín, y como resultado de esta lucha, la muerte, la destrucción, evitaría á la ola cumplir su destructora y fuerte hazaña.

¡Grandioso y sabio presagio, digno de ser cantado en poemas! ¡Benditas bocas de falsas sibilas que lo pregonásteis! ¡Felices cuantos lo habéis creído, porque ello es grandioso como el carro áureo, triunfal, restallante, que arrastró con estrépito de batalla á los olímpicos dioses hacia el ocaso!

.....

El monstruo estaba allí, tendido sobre la blanca playa, con su cabeza deforme, roja y estriada, con su lomo blancuzco y grasiento, con su larga cola. Las heridas aún manaban sangre. Las huellas del tridente mostrábanse negras y profundas. Por las noches fosforecía con intensa claridad. El era el heraldo mudo de cuanto se avecinaba; su brillo atraía á la ola, la llamaba á las playas; era el faro que la guiaba.

que la sugestionaba, como las sirenas sugestionan á los navegantes.

Tal temor llegó á causar, que una noche los vecinos de Campelo dispusiéronse á destruirle. Era preciso, para que así el monstruo, engendro de una ballena y de un tiburón, no anunciase con su actitud corifea la tragedia que se acercaba. La noche era clara. Por delante de la impúdica faz de la luna corría una nube negra; por el playal iban y venían viejos y mozos, chicos y grandes, ancianas y rapazas, en grotesca batahola, dominados bajo la impresión del miedo. Las viejas gritaban, y había en sus palabras maldiciones y conjuros, y en tanto la marea subía, y unas ondas débiles, llenas de luz, producida por la fosforescencia del monstruo, iban á morir junto á él.

Por fin, lo ataron con gruesas cuerdas y esperaron llenos de impaciencia á que el agua lo cubriese. Entonces tiraron de él desde una barca; desde tierra se oía el ajeteo de los marineros que remaban, mientras otros, sin soltar las cuerdas, proferían gritos casi salvajes.

Fácilmente se deslizó bajo el agua y su fosforescencia, lejos de apagarse, hizose mayor. Un enorme griterío inundó la playa. La mar plena, tranquila, muda, aparecía quieta, como si el espectáculo suspendiese su eterno movimiento. Todos maldecían al monstruo y prego-

naban la dicha é invocaban á Dios para que hiciese que la ola no caminase hacia tierra...

Y contentos, satisfechos, sin temor alguno, tornaron á sus hogares. Habían confundido al monstruo, y el mar comenzó á descender lentamente, para luego ascender, lo mismo que ocurrió toda la vida y ha de ocurrir hasta la Eternidad, hasta siempre jamás. Amén.

San Teodorito.

Yo le he conocido. Era alto, espigado ; la color de su tez, amarilla ; la piel, apergaminada ; la nariz, puntiaguda, fina y transparente. Su boca tenía un *rictus* de amargura extraño, mezcla de resignación y de odio, de templanza y fiereza.

Como era cura, vestía siempre de sotana, y como era pobre, la usaba verde, rota, remendada, y como era delgado lo mismo que un pino, ceñíasele al armazón de huesos, apenas cubiertos de carne, que formaban su dignísima humanidad.

Llamábase D. Teodoro, y por los yermos y tristes aledaños que circundaban su parroquia, nombrábanle D. Teodorito, como si con tal diminutivo se vertiese en sus oídos un halago y una lisonja, aunque no tanto necesitaba de ellas como de más sueldo.

Porque preciso es decir, aunque el rubor nos invada, que D. Teodorito—que era, como dije, cura hecho y derecho como cualquier otro—

por no sé qué fracaso de sus aspiraciones ó bondad de su alma sencillísima, cobraba de sueldo en la mísera parroquia que regentaba la cantidad justa y cabal de cuarenta y siete duros: ridícula y absurda suma, cuyo total hubiera desechado un cualquiera, y él aceptaba y cobraba con la resignación de un cristiano cargado de sobriedad y de virtud.

Así, pues, con tan mezquino sueldo vivía don Teodorito rigiendo la parroquia y encauzando el alma de sus feligreses, y á la vez su estómago hacia la abstinencia y el ayuno. No tenía bienes de fortuna, no tenía parientes, ni tenía la casa abacial huerto donde plantar coles, ni patio donde criar gallinas. Por no tener, ni tenía ama.

Todo se lo hacía él. Lo mismo arreglaba el altar, que barría el presbiterio y el coro; lo mismo guisaba unas patatas, que freía un trozo de longaniza. Iba al monte en busca de comida, no de caza, como pudiera en otro caso decirse, pues que la caza no era su embeleso, sino una necesidad; y bajaba á las orillas del mar en busca de mariscos y de peces, para luego hacer milagros en la cazuela, donde tan diversas cosas adobaba con pimienta y laurel.

D. Teodorito vivía alejado de todo trato. Sus feligreses eran tan pobres como ignorantes y tratábanle de igual á igual, de sobra conocedores de su precaria situación y temperamento.

resignado. Así, que su único trato era con los santos y con las letanías, con su escopeta y con su caña, con los útiles de su cocina y con el fondo de sus cazuelas.

¡ Santo Padre, y qué bondad y templanza la suya ! Si hay Santos en los altares, dignos de nuestras plegarias, uno debiera de ser D. Teodorito : *San Teodorito, abogado del ayuno, cazador y pescador.*

Así vivió el pobre muchos años. Sus labios jamás se movieron para modular una queja ; sus ojos tornáronse dulces ante las afrentas ; sus puños débiles tenían misericordia para no rematar una pieza, pues muchas dejó en libertad, heridas y todo, por no ser sus manos pías las que dieran muerte á lo que á él daría alimento. Era, pues, un Santo, en quien el pecado no brotara nunca, como no brota el fruto en tierra baldía y yerma. Una pálida rosa de ilusión parecía erguirse en su alma transparente y primitiva : rosa que golpeaba dulcemente en su espíritu, como el aire suave de un jardín monacal bate las blancas tocas de una monja virgen. Ni conocía la envidia ni albergaba recelos. Dios acaso le había puesto á prueba en aquella parroquia donde todo faltaba. Cumplía todos los votos con tal gusto, y con tanta templanza vivía de esta guisa, que un día varios curas comarcanos acordáronse de él, é hicieron su elogio en ocasión de estar reunidos, con mo-

tivo de una fiesta, alrededor de una mesa espléndidamente servida.

El arcipreste, condolido, como los demás, de la suerte de D. Teodorito, propuso un medio para que sacase más sueldo al año, y consistía en que todos los presentes se comprometieran desde aquel día á llamarle para que asistiese á entierros y funerales.

Así acordado, se lo notificaron á D. Teodorito dos compañeros que tenían que pasar por cerca de su parroquia, de regreso á las suyas respectivas. D. Teodorito, tan emocionado como agradecido, prometió acudir presto tantas veces como fuere necesario. ¡Ya era hora de que llegara su liberación y que el olvido en que le tuvieran cesara!

Y ocurrió que D. Teodorito, pasados que fueron unos días, esperaba tan impaciente los avisos como quien espera la dicha, no tanto por tener un ingreso más, sino por cumplir fielmente su palabra. A cada momento creía oír llamar en la puerta de su casa, ó voces requiriéndole para que se alistase pronto y se pusiera en camino.

Mas pasaban las semanas, y ni un aviso, ó, lo que es lo mismo, ni un entierro, ni un cabo de año... Y dábase á disculpar á sus compañeros, que acaso se olvidaran de sus generosos ofrecimientos; y hasta calculaba á veces si le juzgarían mal por no acudir sin llamarle, y dió

en subir á lo más alto del monte, donde, como quien otea el más allá, pasaba horas y horas con la mano tras de la oreja, atento al sonido de las campanas de las vecinas iglesias... Y oía doblar á muerto, y luego de seguir por el hilo misterioso é invisible de las ondas del sonido hasta donde pensaba procedía, tornaba á su casa, y requiriendo el paraguas, verdadero paraguas parroquial y filosófico, por lo inmenso de su tamaño y lo colorado de su tela, anda que anda, fbase hacia el lugar donde creía necesaria su presencia.

Pero tan poca suerte tenía, que, ó se equivocaba de lugar, ó lo que creía era anuncio de un entierro, era simple y piadosa recordación á un muerto que finara días ha.

Reíanse de su poca suerte, que consideraban inocencia; prometían que le mandarían aviso con tiempo, y el pobre D. Teodorito volvía á oír otra vez las campanas, sin saber dónde...

Con esto abandonó la caza y la pesca; pasó, pues, más hambres, gastó más suelas, anduvo inútilmente por montes y malos caminos, se le acabó de romper el paraguas, y el sol y la lluvia cayeron implacables sobre su cabeza, hasta que un día... murió.

Murió como un gorrión, débilmente, mansamente, y las campanas de su iglesia tocaron por él, y cada badalada parecía un golpe contra el oprobio que padeciera en vida, contra los

cuarenta y siete duros que percibiera al año... Nadie se acuerda de D. Teodorito, ni en un altar se le venera, ni en un calendario está impreso su nombre, ni en crónica alguna se le cita. Es tan admirable, tan grande, tan maravillosa su figura, la circunda tal halo de resignación, que yo le rindo mi más profundo culto y me honro por haberle conocido. Al fin, conocí á un Santo.

El fugitivo.

Con el rostro macilento, el pecho lleno de una lúgubre fatiga, los brazos caídos y el codo hundido, mientras cabalgaba por sobre el barro blancuzco del camino de Gosende, iba pensando Ramón en que su retorno al hogar paterno no era ciertamente muy glorioso.

Volvía desesperanzado, triste y enfermo, acordándose á cada instante que, aún no hacía cuatro años, lleno de fe, de alegría y salud, saliera de su casa una mañana muy clara, abundante en aromas, en pámpanos y en cantares, montado igualmente en un recio caballejo, que salvó por idénticos caminos—al tiempo herbosos y florecidos—la distancia que media entre Gosende y la estación.

Entonces, la gala de los sueños, sus amigos y sus parientes le acompañaban; estotra mañana, fría, lluviosa y de ventisca, le acompañaba solamente un rapaz, que iba delante, oliendo á pan de maíz, tirando del ronzal y desenterrando á cada pisada los zuecos del fango del camino.

A Ramón veníanle, de pronto, por momentos,

deseos de dar vuelta, y sentía un intenso cansancio, una tremenda pena, así como una interna convulsión. En cuatro años, allá, en la corte, no había hecho más que gastar y divertirse imbécilmente. No estudiara en ninguna clase de libros y perdiera la salud en toda clase de excesos. Había engañado á sus padres, ancianos y honrados labradores, que tenían puestos en él sus ojos y sus almas cándidas, y abierta siempre la bolsa de los ahorros... Bien mirado, sin porvenir, sin carrera, sin gloria alguna que ostentar, con treinta años encima, iba á ser en su casa un intruso, un extraño, una criatura sin fuerzas, llena de un vacuo cansancio, un estorbo...

Por eso vacilaba entre proseguir su camino ó volver hacia atrás.

La tramontana azotábale el rostro y la lluvia fría y menuda calábale los huesos. Una fiebre alta subíale en oleadas, haciendo palpar sus sienes.

Así caminando, llegaron al monte, desde donde, al borde de los pinos bravos, el camino se hace fragoso y duro, y poco después, entre nubes y humo, se divisó Gosende. Ramón mandó parar, echó pie á tierra y se puso á sacudir los pies en el suelo para desentumecer las piernas. El espolique, sin decir palabra, mojado y aterido de frío, miraba curioso para Ramón. Este, lleno de fatiga, le preguntó :

—Oye, rapaz, ¿tú conoces á mi padre?

—No, señor.

—¿Y no conoces al señor Ramón Malvar?

—Al señor Malvar, sí, señor.

—Pues, luego...

—¿Y entonces usted es el hijo que está estudiando?... ¡Qué delgado viene! ¿Está enfermo?... Mismo no lo conocía, á fe.

Ramón, irresoluto, dolorido, sin aire en los pulmones con que respirar, con una melancolía infinita, tendió la vista en redor, sobre el paisaje mojado y á lo largo de la calzada, en cuyas lindes los amarillentos gromos de los tojos brillaban como lucecitas pálidas.

El espolique agregó :

—Y luego, ¿no seguimos? Mire cómo llueve... Ande, que cuanto más pronto lleguemos, mejor. Ya estamos «preto». Allí está su casa. ¿No la ve?

Ramón, arrimado al tronco de un pino, cuyas ramas cobijábanle de la lluvia, llevaba repetidas veces sus manos á las sienas palpitan-tes y á la frente sudorosa. Una gran fatiga le consumía, no sabiendo qué determinación tomar. El espolique, en tanto, inducíale á que montase de nuevo para proseguir...

Bajo la lluvia incesante, el caballo, inmóvil, melancólico, despedía de las ancas y por las narices un vapor visible y denso. Gosende, la dulce aldea nativa de Ramón, mostrábase aho-

ra, destacando en el plateado claro de un descampado, con sus casas, su iglesia, sus huertas y aledaños.

Ramón sentía que le faltaban las fuerzas, que le dominaba una estúpida inercia, que un aniquilamiento absoluto le dejaba exhausto. Una palidez de muerte cubría su rostro.

Al verle de tal guisa, comprendiendo el espolique que aquello no debía de ser muy bueno, intentó hacerlo montar en el caballo casi á viva fuerza. Pero entonces Ramón, enérgico, se opuso, diciendo que prefería dar vuelta antes que ir á su casa.

Al oír esto el rapaz, echó á correr hacia Gosende con ánimo de dar aviso al señor Malvar, para que fuesen á recoger á su hijo, que estaba en el monte, muy malísimo, con el sello de la muerte impreso en el rostro. Y así, de esta misma manera, se lo dijo al padre de Ramón, que, ciego una vez más tratándose de su hijo, no creyó al espolique. «Cómo es posible que mi hijo llegue sin avisar, con tiempo tan crudo. Mi hijo, que allí, en la corte, es persona de gran distinción, no puede regresar á la aldea tan en silencio... y enfermo, dices, cuando es tan robusto, á Dios gracias... ¡Bah, bah!... Rapaz, ¿tú loqueas, ó qué?...»

El rapaz, por más que juraba y perjuraba y daba pelos y señales, no era creído. Sin embargo, el Sr. Malvar mandó á un criado á ver...

y criado y espolique llegaron al sitio donde momentos antes Ramón quedara solo. Pero Ramón no estaba allí, y el caballo tampoco. ¿Era por ventura todo aquello cosa del trasgo?

El criado terminó por reirse del rapaz y le dijo en son de mofa :

—Tú ves visiones, rayo... El hijo de mi amo está tan lejos de aquí, que ni aun galopando cuatro semanas llegarías adonde él.

Y se marchó tranquilo, convencido de que nada era verdad, mandando al diablo al rapaz, que, lleno de desesperación, llorando de rabia, con una mano detrás de la oreja, miraba para todas partes, buscando al hijo del Sr. Malvar, que mientras fueron á avisar á su padre, hiciera volver grupas al caballo, y montado en él, con el rostro pálido, con los brazos caídos y el cogote hundido, camino abajo, iba desandando lo andado, como un fugitivo, hacia la estación ó hacia cualquier sitio, hasta que, por fin, el espolique lo divisó á lo lejos, tras los pinos que circundan el monte y ocultan un trozo del camino, y entonces echó á correr, desesperado, gritándole, silbándole, llamándole para que parase, y diciéndole que le llamaba su padre.

Aventura...

I

En verdad que no era para tanto lo que en Portoval dió que decir el inesperado regreso de Pepita Ulloa.

Habíase casado hacía un año, por medio de poder, con un «americano» que quedara prendado de ella al hacer un viaje á su tierra nativa, y se casó de esta manera inconcebible y absurda, yendo al siguiente día en busca de su media naranja, con la toca de desposada y con toda la documentación, hacia tierras argentinas. Entonces las envenenadas lenguas de la localidad censuraron cuanto les vino en gana aquel enlace transatlántico. El era un hombre cargado de dinero, eso sí, pero también cargado de años. Ella era joven y bonita, con una mediana posición, hija única. ¡Semejante disparate!

Pero al fin todo se olvidó. Nadie mentaba ya á Pepita Ulloa, hasta que, inesperadamente, regresó de América, sola, completamente sola,

tan linda como había marchado, un poco más gruesa y bastante más cursi.

Mil cuentos se inventaron, de los que no quedaba muy bien parada que digamos. ¡Oh, la maledicencia, qué pronto forjó una historia, por la que desfilaba el marido perdonando una vida de galanteos, de escándalo y de vergüenzas! A su paso florecían las más crueles burlas, las cuchufletas más crueles, y ella, ajena á tanta maldad, inocente y tranquila, lucía sus galas y sus alhajas, creyendo que cada sonrisa era una bienvenida.

Su primer novio—que se había quedado compuesto, desilusionado y sin ella—, el simpático Ramón Vidal, no se libró de las preguntas y de las chanzas de sus amigos. Algunos llegaron á asegurar que Pepita Ulloa le había traído de regalo un loro, un magnífico loro del Paraguay, hablador, gracioso, con un pico que era una maravilla y un escándalo, de bien y mal que parlaba.

Ramón refase de aquellas gracias, y cuando le acosaban mucho, decía muy en serio, atu-sándose el bigote :

—¡Caramba con esa mujer! No me deja vivir en paz. Me está persiguiendo. No puede olvidarme por lo visto...

Una tarde que paseaba á la sombra de las acacias de la Plaza Mayor, luciendo un terno nuevo y una corbata roja, á listas, pasó á su

lado Pepita, acompañada de su papá. Al verla, adoptó una falsa actitud despectiva; Pepita, en cambio, se puso colorada. Aquella turbación era prueba de que todavía el recuerdo de los malhadados amores, tronchados cruelmente, aromaba su alma. Y dióse nuestro hombre á pensar que indudablemente habían nacido para amarse, á través de las adversidades de la suerte, del tiempo, de la ausencia y de la distancia. Sus miradas aún se buscaban.

«¿Qué es esto—pensaba—más que una llama apagada entre el rescoldo de una falsa indiferencia?» No había más que soplar y la llama brillaría en el fondo de dos pechos.

Mas era necesaria gran cautela, y más tratándose de una señora casada... Pero, por otro lado, si era cierto lo que de ella se decía... Y si al castizo D. Juan había de imitar... Nada, nada. Aquella mujer le perseguía. ¿Estaba en el caso de temer menos que antes?... El camino orillado, la senda hollada, que él, ¡infeliz!, había creído había de desflorar, mostrábasele propicia...

Volvió á ver más veces á Pepita y pudo notar que aquella turbación del primer día convirtióse en miradas y en sonrisas suavísimas. El aire despectivo de Ramón se trocó en humilde apostura. Su temperamento romántico y su corazón enamorado amaba dos cosas en Pepita :

á la mujer que recordaba pura y á la esposa del «americano».

Y no lo pudo evitar. Lo fatal, lo que «está escrito», no puede tergiversarse. Ramón, lleno de pasión, le escribió una carta, diciéndole que le era imposible olvidarla, ni de día ni de noche; que deseaba ser su amigo, ya que sus esperanzas de ser algo más habían muerto; que quería hablar con ella un momento, nada más que un momento; que le indicase el sitio y la hora, ya bien en una iglesia, en una carretera poco frecuentada ó en la casa de una amiga.

Pepita, valiéndose de una sirvienta, contestó diciendo que sí... que en una carretera... en la de la Seca ...Allí acudiría sin falta al oscurecer.

II

Las campanas del convento de Santa Clara tocaron á oración. La tarde iba muriendo lentamente. En el primer trozo de la carretera de la Seca, bajo la bóveda espesa de unos álamos paseaba Ramón Vidal. A medida que los latidos de su corazón eran más fuertes, mayor era la obscuridad. El sitio no podía ser más á propósito para la cita. Ni un alma transitaba por la carretera. Ramón miraba impaciente para el final de la espesa bóveda, donde un farol municipal—el último que alumbraba hasta aquella

barriada—daba luz á una caseta de Consumos, á los primeros álamos y á un trozo del camino por donde Pepita cruzaría pronto á su encuentro.

Pasó media hora. Su impaciencia iba en aumento. Ramón, arrimado al tronco de un árbol, no apartaba los ojos del trozo iluminado de carretera por donde había de aparecer la gentil figura de su antigua novia. Por momentos dudaba de que Pepita cumpliese su palabra; acaso le había faltado valor, acaso algún contratiempo.

Un mochuelo silbaba escondido en la arboleda. La represa de un molino gemía suavemente.

De pronto destacó un bulto en la obscuridad. El corazón le dió un salto; pero ¡oh, desengaño cruel! Era el consumero, que, sacudiendo su modorra, estiraba las piernas por frente á su caseta, blandiendo un chuzo.

Vuelta á esperar impaciente, arrimado al árbol, y á latir pertinaz el corazón. Sufría horrorosamente, y desanimábale la idea de que la señora de sus pensamientos no acudiese á la cita. Sin embargo, en el fondo, á nuestro hombre, parecíale encantador todo aquello... Esperar á una señora casada en tal lugar y á tal hora, indudablemente dábale ejecutoria de conquistador terrible, que propios y extraños pregonarían. ¡Si lo supieran los que en aquellos momentos paseban tranquilos bajo los soporta-

les de la Plaza Mayor!... ¡ Si lo supieran más de cuatro envidiosos de Portoval!...

Su orgullo crecía; su impaciencia, á la vez, era mayor; su hueca vanidad esponjábese. ¡ Qué ser admirable! ¡ Qué demonio de Ramón Vidal! Llegó á tener pena de que su aventura quedase ignorada. Y he aquí que en su cerebro, más hueco que su vanidad, relampagueó una idea prodigiosa, diabólica, que acarició sonriente, dispuesto á llevarla á la práctica.

III

Por fin, junto á los primeros álamos, apareció una figura de mujer. Era Pepita. Ramón fué á su encuentro, y ambos, llenos de emoción, trémulos, se saludaron en la obscuridad.

—Pepita—balbució Ramón después de un silencio angustioso—. ¡ Cuánto sufro por tu causa! ¡ Mira que pensar que eres de otro!... Dime, ¿ me quieres aún?

—Un poquito—contestó ella en voz baja—; pero es mi deber no quererte nada, y el tuyo, no acordarte más de mí... Si he acudido á esta cita, sólo fué para decírtelo muy claro. Entre tú y yo no puede existir más que la simpatía que dos personas puedan profesarse, pero amistad, ninguna... Olvídate de todo, Ramón... yo he muerto para ti...

—Pero—dijo Ramón tembloroso—, ¿es posible que ya no me quieras más que un poquito, cuando yo te quiero tanto, tanto? Mira, podemos querernos sin que nadie se entere...

—No, no, por Dios, Ramón. Todo Portoval lo sabría, y mis padres, y mi marido...

—¡¡ Tu marido!! ¡ No me nombres á tu marido!... ¡ Mira que casarte con el «americano» aquel!...—gimió con desconsuelo profundo y trágico—. ¡ Abandonarme á mí!...

—Y qué le vamos á hacer...

—Insisto, Pepita, en que debemos querernos. ¿Qué importa que seas casada? ¡ Mejor!...

Al decir esto, Ramón rodeó con su brazo la cintura de Pepita.

—Respétame, Ramón—gritaba ésta—. Mira que es un peligro que nos veamos. Prométeme que me olvidarás.

—¡¡¡ No, no y no!!!—bramó él, apretándola más el talle, á la vez que juntando su boca á la de ella, le dió un beso largo y sonoro.

Pepita se dejó besar, suspirando. Luego se repuso y, rechazándole con fuerza, dijo:

—Todo se acabó entre nosotros; no pretendas verme más; no me comprometas.

—¿Lo dices en serio?—preguntó Ramón ingenuamente.

—Y tan en serio. Fíjate que soy una señora casada y comprende que peligra mi honra.

—¡¡¡ Ingrata!!!—dijo Ramón desesperado,

tembloroso, al tiempo que introducía una mano en su bolsillo, en actitud fiera, y daba dos pasos atrás.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó Pepita al notar el brillo de un objeto en la diestra de su antiguo novio.

—¡ A quitarme la vida ; sin ti, me es indiferente !

Sonó una detonación espantosa, seguida de un grito agudo ; Ramón, tambaleándose, se perdió en la obscuridad. Pepita, muerta de espanto, echó á correr hacia la caseta de Consumos, pidiendo auxilio.

Una bala había tronchado cruelmente las ramas de un álamo. Ramón Vidal, jadeante, sonriente, huía satisfecho de su hazaña grotesca, de su pirueta zonza, por un sendero que rodea el molino, pensando en la gran sensación que iba á causar en Portoval la noticia de que Pepita Ulloa había querido matarle ; y una pistola antigua, triste y sin balas, yacía abandonada entre unas matas de silvas que, enmarañadas, crecían al borde de un erguido cañaveral.

Mano de santo.

—¡ Levanta esa frente, mírame sin miedo y dime la verdad !... ¿ La has matado tú ? Dímelo. Quiero darte gracias si es que con tus manos has acelerado su muerte. No tengas temor. Sé franco.

—Yo no la he matado ; libreme Dios de semejante acción. Yo quise curarla, puse los medios para curarla ; la palpé todo el cuerpo dolorido con estas mis manos curadoras que arrancaron de la muerte á tantísimas criaturas, y cuando la iba á tomar la pulsación en la sien derecha, noté que no le latía y vi que su pupila estaba sin vida, y que de sus labios le caían unos hilos de baba... Señor, buena no lo estaba cuando en mis manos murió. Adolecida como árbol sin savia, faltábale eso : la savia, la sangre. No tenía sangre, y la poquísima que le rondaba por las venas estaba podre y envenenada... La pobriña murió como mueren los pájaros en un día de frío de la invernía.

Estas palabras del curandero, dichas con voz débil y temerosa, con la cabeza baja, mirándo-

me de soslayo, llegaban á mi alma fatigada, que aún no se negaba á sufrir más, renovándola y haciéndola más sensible.

—Cuenta, cuenta ; no tengas miedo. No quiero más que saber cómo ha muerto... Dímelo, que tú lo sabes, que á ti te la han traído con vida y de tus manos salió sin ella.

—No por mi causa ni por mi torpeza, señor. Al cielo pongo por testigo.

El curandero, tan viejo como la encina que mis bisabuelos plantaron al casarse, me miraba lleno de temor y no acertaba á contestar á mis preguntas sin que sus labios balbuciesen. Era alto y recio, con la piel estirada sobre los huesos ; era un hijo del campo que parecía llevar en sí toda la sinceridad terrestre. Dios, al decir de las gentes, le había dotado de un poder sobrenatural. Había nacido con la rueda de Santa Catalina impresa en el cielo de la boca. Era un elegido de El. El le había hecho curandero, y su sangre lo mismo podía servir para con ella hacer medicinas milagrosas, que sus buenas palabras ser bálsamo para las llagas del alma. Sus curas eran, pues, infalibles. Sesenta años llevaba ejerciendo su santo arte. Los aldeanos se entregaban en sus manos como se entrega el águila al espacio, fiada de sus alas. El lo curaba todo. Dios disponía otra cosa cuando un enfermo se le moría... Dios había hecho que en sus manos, casi sin suspirar, muriese mi her-

mana, aquella buena hermana mía, tan pura, tan santa, tan desgraciada y mártir.

—Cuéntame todo. Quiero saber cómo han sido los últimos instantes de su martirio. Quiero, gota á gota, tragar el contenido de un vaso invisible que tengo pegado á mis labios lleno de áloe... Ven aquí, siéntate á mi lado. Comienza.

El curandero, manso, admirado, atónito, se acercó á mí como un cándido buey harto de buen pasto. Yo le había ido á buscar, á interrogar, después de que en mi casa, al volver de mi emigración, me contaron el triste fin de mi hermana... El martirio de su muerte sólo él lo sabía. Con lágrimas en el alma y con los ojos secos, corrí á su casa, dispuesto á abrazarle por haber puesto fin al horrendo y largo penar de mi hermana; y yo no sé qué expresión tendría mi fisonomía, que el curandero no me miraba fijamente; temblaban todos sus miembros, y su tez tenía un color terroso, amarillo, muerto. Estábamos á la puerta de su casa, adonde yo le hice bajar, imperativo. Sobre nuestras cabezas, la suya blanca, lo más blanco que lucía en torno, y la mía con los cabellos foscos y enredados, se extendía el parral que entolda la entrada en los meses del estío. Estábamos en el mes de Noviembre y era en mi aldea nativa, una tarde clara y soleada del veranillo de San Martín.

—Verá usted, señor. Cuando me la trajeron mismo parecía un alma en pena. Daba congoja de verla. Los ojos los tenía hundidos ; la color no era color, que era blancura de marfil ; los labios se le notaban cuando los abría para suspirar, y una congoja llena de avidez y de afán hinchaba su pecho de doncella. Al verla de tal guisa, ahogué en el mío, anciano, la fuerza toda de los latidos de mi corazón, que se encogió luego de pena, cuando la comencé á reconocer. Estaba adolecida de muerte. Todo el cuerpo lo tenía dolorido. Yo ya sabía lo que tenía ; me lo había dicho el cirujano de Sigrás y lo había oído comentar en el parador de Carral, y como sé que el cáncer es uno de los siete martirios que Dios Nuestro Señor mandó esparcir por la tierra, me dije : «Alberte : lo que es tú no curas á esta enferma...» ¿Cómo iba á curarla, señor, si su madre, su pobre madre, tan buena y piadosa, la había llevado á ver los médicos de Santiago, y á San Andrés de Teixido, y á tomar las olas de la Lanzada, sin conseguir ni tanto así de mejoría? Por el buen decir, mandé que le quitasen alguna ropa para reconocerla bien, y comencé mi tarea poniendo mis cinco sentidos en el oído para escuchar sus latidos. Luego puse todos mis sentidos en los ojos para ver más allá del semblante y adivinar á través de su pecho el tumor maligno que le corroía y apodrecía, y vuelta con los sentidos

á llevarlos á mis manos, á la yema de mis dedos, para palparla y ver de aplicar en el sitio del cáncer alguna medicina, alguna yerba santa, algún hierro candente. Pero tanto rodar de mis sentidos del oído á la vista, de la vista á las manos, de las manos á la vista, que en una de estas vueltas todos ellos, en haz, detuviéronseme en el corazón y comencé á temblar... Daba pena de verla, señor ; tan moza, tan guapísima, que lo era ; tan blanca, morir como una Virgen, sin quejarse. ¡ Ah, si me la hubieran traído á mí antes ! ¡ Lo que es morir, no se moriría ! ¡ Todo el orégano macho de la umbría dejó que quemen en la cuenca de mis ojos si antes de un mes no la hubiese curado !...

Yo le escuchaba invadido por entrecortada é indefinible angustia. Oía al curandero sin tener noción del sitio y del tiempo. Un miedo ciego é instintivo parecía dominarme, sacudiéndome. Yo cerraba mis puños fuertemente ; yo sentía sollozos en mi alma ; yo sentía perder la razón.

— ¡ Sí, señor ; con estas mis manos la hubiera curado si me la traen aquí antes de llevarla á tantísimo sitio como la llevaron. ¿ Y qué hubiera hecho ?— se preguntó á sí mismo ocultando el rostro entre las manos—. ¡ Ah !— exclamó después de un instante de meditación— ; hubiera quemado el tumor con una llave candente que abriera siete puertas distintas... lue-

go le daría una untura con pomada hecha de sesos de mirlo y lenguas de cuervo y de lagarto «arnao» y...—al decir esto extendía su mano derecha por el espacio y acariciaba su garganta como quien da una fricción—¡mano de santo, señor ; mano de santo !...

Yo no sé qué experimenté entonces que toda mi sangre afluyó á la aorta, dejándome pálido , lleno de una feroz aversión que anuló todo sentimiento en mi alma ; indomable, ciego, sin poderme contener, mi mano derecha se prendió á la garganta del curandero, mis dedos se clavaron en su carne, y apreté, apreté, apreté mucho, mucho tiempo, y luego huí á través de los campos arados, lleno de un invencible terror.

El retrato.

Tan flaca y esmirriada de cuerpo como grande de corazón y magnánima de sentimientos, Trini conservaba en su alma un fragante recuerdo, que perfumaba sus horas de tedio y de desaliento. Era una mujer propicia á toda emoción sentimental; amaba las flores, los trapos, las cintas; gustaba de las confituras más dulces, por las que tenía verdadero delirio; la comida del café le sabía á gloria, y más si era amenizada por el prelude de una zarzuela; encantábale ir bien calzada, y lucir su pie diminuto. En suma, era pulida, ingenua y cuidadosa, un poco sensible y bastante romántica; pero romántica á la manera de la que ya no confía en ver llegar por su puerta al apuesto galán de los sueños de la juventud. Capaz sería de querer y hacerse querer si en su camino hallara un hombre con un beso siempre fraterno y pronto á unirse á otro suyo, y que sus caricias tuvieran siempre un halago de mimo y ternura, que mimo y ternura precisaba y en ambas cosas soñaba.

Por eso consolábale el recuerdo de su primer novio, malogrado tempranamente, y aunque había tenido otros varios sin aquel don del primero, que era poseedor de un gran cariño, con que la ofrendara á manos llenas, siempre acudía á su memoria la imagen de él, y, para verle, no tenía más que echar mano á un guardapelo que pendía de su cuello, en donde aparecía su retrato tal cual había sido, con una fisonomía alegre y juvenil, que imposible parecía á Trini la tierra hubiera destruído.

Mas, acostumbrada á esta idea, justo era adorarlo en el retrato y en el recuerdo. Este caminaba á ser perecedero ; pero el retrato era demasiado chico, encerrado en el óvalo de cristal que se apoyaba en su pecho.

Y he aquí que un día apareció bajo su puerta un cuaderno de entregas de una novela insulsa y romántica. Otros muchos había devuelto sin siquiera hojear ; pero ésta ostentaba un título sugerente, algo así como de amores y tragedias, desengaños y torturas, y leyó el primer pliego, y al final, como le había agradado, buscó más lectura, y sus ojos, un poco llorosos, dieron en la anteportada con un anuncio en el que se prometía á todo suscriptor un retrato del tamaño natural, una ampliación perfecta, si abonaban religiosamente todas las cuotas hasta terminar la novela. Trini firmó un volante y pagó el primer cuaderno, y, ya suscriptora, no

tenía más deseo que alcanzar el regalo, para lo cual entregaría previamente un original.

¡ Cuántos sinsabores, cuántos apuros, qué de impacencias y zozobras sentía por ver terminada la novela, que apenas leía, y en la cual, como epílogo, se le mostraría el retrato de su novio, grande, erguido y guapo, como el protagonista que cruzaba por las páginas, apuesto y gentil como un Don Juan.

Los cuadernos iban llegando á su puerta, uno tras otro, semana á semana. Más de una vez, por no poderlos pagar, eran recogidos, viendo en esto Trini, con enorme desconsuelo, cada vez más lejano el ansiado día en que el retrato luciese en su modesto cuartito.

Cuando á fuerza de privaciones, conseguía reunir unas pesetas, ella misma iba á la Administración á pagar los cuadernos atrasados. Su pregunta entonces era siempre la misma. Que cuándo le entregarían el retrato, que si saldría bien, igual al que ella había dado, que si el marco iba á ser dorado ó de color nogal...

Trini, al recoger los cuadernos, sentía á la vez emoción y desconsuelo; parecía vislumbrar la efigie de su novio entre tanta letra, ó antojábasele que todo era un engaño, una promesa, una fantasía.

Y así pasó un año, dos, cerca de tres.

Un día topó en su camino con un hombre que la requirió de amores, con ese amor plácido y

frío del que comienza á tener la cabeza nevada y el corazón tibio ; un amor casero, de invierno, amor que busca el regalo en la compañía, y no en la pasión y en la carne fresca y turgente. Sus primeras palabras fueron serias promesas de boda. Quería unirse á Trini para procurarse, más que una mujer, cuidados, ya que, cansado de rodar de un lado para otro, precisaba de una vida tranquila, y á la que se creía con derecho, basándose en sus ahorros y en su docilidad de carácter.

Trini pidió un plazo para contestar. El transigió de buen grado, y, aunque no era una plaza fuerte que hubiera que rendir por el dinero, puso á su disposición cuanto pudiese precisarse, á lo que ella contestó que por el momento no tenía más necesidad apremiante que satisfacer el importe de las entregas atrasadas, las últimas de la novela, que, así que recogiera, daríanle derecho á reclamar el ansiado retrato. El pretendiente, con toda generosidad, con orgullo casi, le entregó el dinero preciso.

No es para descrito el placer que Trini experimentó. Emocionada, nerviosa, ebria de gozo, fué al siguiente día á la Administración, y tanto era su júbilo y azoramiento, que, dando un mal paso, rodó por la escalera.

Al volver llegó triste y desalentada, con un intenso dolor en una pierna y con los últimos cuadernos estrujados entre sus manos menu-

das y nerviosas. La cosa no era para menos, pues el retrato aún no estaba terminado, y preciso era que esperase un par de semanas. Al comunicárselo á su pretendiente casi lloraba de rabia. El, como si aquello fuera capricho de niña, la consolaba con ternura y prometió ir él á reclamarlo con energía.

Pasaron unos días y no se habló más del retrato. Trini, al fin, consintió en que se casarían pasados dos ó tres meses. Su nuevo novio, cada vez más cariñoso, colmábale de halagos y de atenciones, y una noche que ella volvió á hablar del dichoso retrato, fué atajada por él, diciéndole que ya lo había visto terminado, aguardando sólo el marco y el cristal.

—No tengas impaciencia—le decía—. El retrato lo tendrán antes de cuatro días. Mira, es necesario que hagas espacio para él en la pared, aquí á este lado.

Y señalaba un trozo materialmente cubierto de postales, cromos, retratos, estantes con chucherías sin valor, alguna que otra imagen. Trini asentía, á la vez que dedicaba un recuerdo á su primer novio.

—Sí, aquí estará muy bien, le dará la luz de frente y lo veré desde mi alcoba...

Su novio entonces parecía extremar sus cariños, como si con ellos pretendiese hacer correr más ligera aquella nube de recuerdos sentimentales que cruzaban por la mente de Trini.

No podía precisarse si su alma sufría ante la evocación del muerto, si los celos le atormentaban ó si la inagotable ternura de Trini, mantenida á través del tiempo, le halagaba, haciéndole pensar que su futura compañera era dueña de una bondad y felicidad, de la que él gozaría dichoso y tranquilo.

Trini sentíase halagada, pues él colaboraba en sus mismos deseos y sentimientos, como si el muerto hubiera sido un sér que ambos quisieran y por el cual se unían para llorarlo. ¡ En verdad que era admirable la condescendencia de su nuevo novio !

En esto acercábase el día de la conmemoración de los fieles difuntos. Era, pues, el pleno otoño, prólogo del invierno ; las noches ya eran largas, el frío había hecho su aparición, y cuantas personas piadosas tienen un sér querido que no tornó del viaje á la otra vida, aprestábanse á rendirle el homenaje anual que señala el calendario. Trini pensaba en su ausente y ya no esperado novio y en la manera de rendirle un tributo digno del puro cariño que por él sentía. Y no encontró mejor ocasión que valerse de su prometido, al cual expuso su deseo de enviar allá al pueblo donde reposaba el eterno sueño una corona.

Y la corona fué adquirida presto, y era grande, hermosa, de pensamientos y siemprevivas, con un gran lazo y una expresiva dedicatoria.

Excusado es decir que fué enviada con tiempo sobrado para que oportunamente luciese en la tumba. De todo se encargó él, siempre cariñoso, lleno de amabilidad, radiante de gozo. Trini, enternecida, derramó más lágrimas sobre las flores de trapo y sobre las cintas de raso. Y acaso para mitigar su pena, compró buñuelos y huesos de santo, que, al fin golosinas de las que tanto gustaba, eran delicioso manjar para su estómago.

No sabía cómo agradecer la inagotable bondad, el desprendimiento generoso, el altruísmo de su novio. ¡Todo por el muerto, por el primero que había vertido en sus oídos palabras de amor y en su corazón el rocío del cariño! Sólo faltaba una cosa para que su felicidad fuese completa. El retrato, el deseado retrato, la ampliación con marco y todo que iba á lucir en la pared, que, libre de cromos, postales y chucherías, aguardaba á llenarse con la efigie amada.

Y como todo llega, llegó también el día en que un recado de la Administración anunció que podía irse á recoger.

Trini corrió á buscarlo, haciéndose cargo de él sin querer desdoblar el papel que lo envolvía. Llena de emoción, salió á la calle, y tanta impaciencia se adueñó de ella por verlo, que decidió coger un simón que la condujese pronto á su casa. Colocó el retrato delante de ella, comenzó el coche á rodar sobre el adoquinado, y sus ma-

nos débiles agarraban nerviosas, por sobre el papel, el marco, como si temiese fuera á estrellarse con retrato y cristal á impulso de un raudo vaivén. Parecía llevar consigo un preciado tesoro, un objeto que iba á hacerla feliz, y temerosa, como si romper la envoltura y descubrir la efigie fuera profanación, allí, en el reducido límite del simón, no se atrevió á destaparle. Sin embargo, inconscientemente, sus dedos desgarraron un trozo de papel y á la luz fugaz de los escaparates que iluminaban el interior, vió en un instante el contorno de la frente. Volvió á taparlo. Sus ojos se bañaron de lágrimas. Su corazón palpitaba con fuerza, sus manos, temblorosas, exangües, eran como dos alas, que, juntándose sobre el marco, formaban un copete alegórico y sonrosado.

Cesó de rodar el coche. Trini, temblorosa y cargando con el retrato, subió á su cuarto. En él le esperaba su prometido, que al verla llegar la colmó de besos, de tiernos besos, sin calor y huérfanos de pasión. Sentándose llena de fatiga, le contó las emociones experimentadas en el breve viaje á través de las calles, alegres, bulliciosas, repletas de transeuntes, de la corte.

Su novio la oía en silencio, con la vista fija en el retrato, todavía sin descubrir.

Trini, por fin, dispúsose á verlo. Desgarró el papel que lo envolvía, y su sorpresa, su asombro, su admiración, no tuvo límites. Aquél no

era el retrato de su primer novio, del novio muerto. Era el del último, del que estaba presente ante ella, del que pagara las últimas entregas y la corona de pensamientos y siempre-vivas...

Trini, dejándose caer en una butaca, no pronunció palabra. Su novio, acercándose á ella, le dijo, acariciándola :

—Las coronas son para los muertos. Pena es que su recuerdo se rinda de tal manera ; pero más pena es para los vivos el retrato de los muertos que pudieron ocupar un lugar en el corazón del ser que se ama... Ese, ese que está ahí, soy yo...

Nazaría.

A lomos de un rocín, asalariado, peludo y viejo, andaba cabalgando de pueblo en pueblo Silvestre el anticuario, tan de sobra conocido en la corte como en muchos poblachos de ambas Castillas, no tan yermas para descubrir antiguallas, como grandes y yermas son para extraer de su suelo variados frutos que no da su gleba cansada y llana.

Un mes llevaba casi de andanzas por los alrededores de un rico pueblo. Su parla de perfecto chamarilero había desplegado sus más habilidosos conceptos y vertido sus más variadas gamas para convencer á los poseedores de objetos artísticos, antiguos y raros, que por la astucia y rapacidad de otros que le antecederan, abundaban poco. Un mes, digo, llevaba dedicado al negocio, y ya sentía ansias de tornar á su centro con cuantas jarras, imágenes, encajes, morteros, platos y sedas se procurara á corto precio, para luego endosar á los amantes de la infusa ciencia de los pucheros.

Silvestre era un hombre aún joven, afable y

alegre, de voz dulce y movimientos prestos. Había en su semblante algo de típico, de característico, una mezcla de judío y de santo varón. Su barba era puntiaguda y rizada, y sus cabellos largos. En tratándose de un negocio, no tenía amigos. Era egoísta y sonreía siempre con sonrisa enigmática y perversa.

Residía temporalmente en un pueblo antiguo, capital del contorno, que en tiempos pasados lo fuera del reino, y alojábase en un mesón frecuentado por gentes de muy variada especie, que para todos había alojamiento, y para todos buena comida, buen vino y blanda cama, tres cosas con las que el mesón ganara la fama que poseía.

Silvestre marchábase con el alba á recorrer las villas cercanas, volviendo siempre anochecido á hacer su abundante colación, y en busca del blando reposo en una inmensa cama de retablo, que de muy buena voluntad se llevaría consigo si el mesonero no se negara á venderla por todos los dineros del mundo, porque ella fuera el tálamo de sus bodas, y lo era de todos los novios ricos de veinte leguas á la redonda, que en ella iban á consagrar sus amores.

El anticuario, pues, á falta de otros regodeos, se daba el placer de comer bien, dormir mejor y charlar largo y tendido con el mesonero, una especie de jabalí manso, ladino y taimado como

un mercader, que jugaba al «mus» con igual habilidad y cinismo que ponía faisanes por pollos y gatos por liebre en la cuenta de los fidalgos ó feriantes adinerados que en su mesón paraban. Juntos solían pasar la velada, hasta altas horas de la noche, al regalo de la lumbre, en la amplia cocina. Entonces, mesonero y anticuario, sin testigos de vista ni de oído, hablaban de todo : de negocios sucios, de tesoros ocultos, de buhoneros desvalijados al borde de un camino, de las sementeras, de los tiempos buenos y de los tiempos malos, de los servicios del rey, y hasta hablaban de mozas, de placeres, del amor...

Silvestre en estos instantes olvidábase de sus antiguallas, cuyo contacto parecía haberle recubierto de una pátina de vejez.

Sentíase tan mozo como el que más ; é iluminábanse sus ojos, y sus labios finos, sin color, aparecían inquietos, pálidos, como si toda la bilis de su hígado le subiera á la boca, y á estos labios asomaba entonces una pregunta, que quedaba sin contestar por el mesonero. A lo sumo decía éste :

—Aquí no es posible. Las solteras son doncellas hasta que van al altar ; las casadas, fieles hasta que van á la tumba... Consuélese, señor Silvestre ; tenga paciencia...

Y qué remedio le quedaba. Mas he aquí que todo su ardor reprimido brotaba en chispazos

por sus ojos ante una moza, ante cualquier mujer. Su apetito no satisfecho era así como un cilicio que le atenazaba, nublándole las ideas y la vista. ¡ Santo Dios! ¿ Acaso lo avivaba los perfumes del campo, los aires serranos, la buena y picante comida, los largos viajes á caballo?...

Una tarde volvía hacia el pueblo, desilusionado por no merrear un mal plato de Talavera en un pueblo donde creía iba á toparse con un montón de cacharros de farmacia conventual. Tornaba, pues, triste, y dióse á pensar en las inefables horas que le aguardaban al llegar á la corte. Un bochorno pegajoso, precursor de las tronadas, le invadió, llenándole de pereza y de laxitud. Unas gotas pesadas y grandes humedecieron la tierra. La tormenta desencadenábase allá lejos, sobre la falda de la sierra. Los cascos de su rocín enterrábanse en la olorosa tierra que humeaba de gozo, agradecida al frescor de la lluvia.

De pronto, en un ribazo, divisó un bulto. Maquinalmente espoleó su caballo y no tardó en distinguir á una mujer, que inclinaba hacia el suelo, segaba un campo famélico de hortalizas, donde lucían escasos politonos. Con el pretexto de que había perdido el camino, se acercó á ella, entablándose entre ambos un diálogo insulso. Sin abandonar su faena, contestaba al caballero la mujer.

Esta era fea, de la color de la tierra ; carecía de dientes y de turgencias. Sus vestidos pobres eran guñapos que se ceñían á sus pobres carnes, roñosas y trabajadas.

Silvestre descendió del rocín, lió un cigarro, y tocándole en un brazo con cariño, le preguntó por su nombre.

—¡ Anda, y no me conoce ! Me llamo Nazaria. Aquí todo el mundo sabe mi nombre. Soy viuda. Me extraña que el señor no me conozca. Soy Nazaria...

—Pues bien, Nazaria—dijo Silvestre tembloroso, con los ojos arrebatados—, como yo no soy de estas tierras no la conozco á usted, ni he oído nombrarla. Pero es igual...

Y acercándose más á ella la rodeó la cintura con su brazo fuerte. Nazaria protestó. El anticuario no hizo caso de los gritos de la mujer, que terminaron en quejidos débiles...

La llanura yerma y llana mostrábase solitaria. Un bando de alondras revoloteaba sobre unos colveros. Una blanca nube, larga como un airón, asomaba sobre un olivar lejano. El caballo relinchó, y un grajo, volando sobre aquellos dos cuerpos que forcejeaban, trazó un círculo negro hasta perderse en un barranco...

Chocar de herrajes sonaron á la puerta del mesón. Silvestre descendió del rocín. Un cria-

do llevó la caballería á la cuadra. El mesonero, asomado por la puerta, saludó al anticuario de esta guisa :

—¿Qué tal, se hizo negocio? ¿Se ha descubierto algo...?

Juntos penetraron en la casa, y al poco rato, en un rincón de la cocina, el hospedero escuchaba atento y sonriente cuanto relataba Silvestre, que sonreía también, satisfecho.

De pronto el mesonero abrió los ojos desmesuradamente y dió dos pasos hacia atrás.

—¡ ¡ Caramba !! —gritó—. ¿Está seguro? ¿Se llamaba Nazaria?... ¡ Y tan conocida... ! ¡ Como que es la viuda del verdugo... !

El anticuario palideció. Le atacaron terribles náuseas y le tuvieron que meter en la cama, donde, febril, desencajado, tembloroso, creía que le iban á degollar.

Postulante.

Si no fuera por cierta ponzoña que reconcentrada llevo dentro de mi pecho, y que no puedo vomitar por más triaca que he tomado, yo hubiera cumplido la misión que me confirió Francisco de Asís y le habrían sacado del cautiverio en que seguramente aún permanece por culpa mía. No quise servirle, me reí de él, me burlé de sus lamentaciones, y ahora que tengo atravesada en mi cuerpo la fina aguja de la desazón que yo mismo me pinché y que anda errante por mis músculos, voy á contaros cuanto aconteció.

Mi alma escéptica y descreída lo reclama. ¿Por qué no confesarlo si el secreto me tortura?

Fué un día crudo y luminoso de este invierno, y tan presente tengo el día aquel como la figura de Francisco de Asís, no el Santo, que no bajó del cielo ni descendió de los altares para que yo le viese, sino otro Francisco de Asís, clérigo, acaso digno de ser canonizado y de que en el «Año Cristiano» se haga un hueco

para él con una «Reflexión» y una «Meditación» llenas de loa.

Entretenido íbame yo, con escopeta al hombro y morral á la cintura, como quien dice de caza, por tierras de esta serena Castilla, tan llana y tan abierta al sol y tan propicia á agazapar entre los surcos de sus heredades grandes y corredoras liebres, cuando tras unos olivos divisé unos tejados y bajo los tejados un amplio caserío. Dime á caminar hacia él, y aun bien no llegara á sus inmediaciones, á pocos pasos del camino, vi inclinado hacia la tierra, trabajando en ella, á un bulto que me pareció una mujer. Ya de cerca, pude reconocerle : era un fraile de largas barbas grises, con la cabeza descubierta y afeitada, vestido con pardo hábito, y era todo su aspecto de bien ordinaria facha. Blandía un azadón, con el que removía la tierra. Pasé á su lado sin atreverme á interrogarle, y él, como si no me hubiera visto, continuó su faena con la lentitud y la parsimonia de una bestia, respirando y resoplando fuerte á cada golpe que daba en la gleba, que la escarcha de la pasada noche revistiera de dureza.

Este fraile era un trapense ; aquel caserío, su convento, y á él me dirigí, ya que las liebres y las perdices, con más vista que yo, alejábanse á mi paso sin ponerse á tiro de mi inhábil escopeta.

Y llegué al convento, que más trazas de ca-

serío tiene, igual de lejos como luego pude notar de cerca, y penetré en él por un patio donde unas parejas de mulas abrevaban al cuidado de un fraile; otro tendía ropa en unas cuerdas, y uno gordinflón y rollizo enjalbegaba una pared. Mi presencia no les causaba la menor curiosidad, y notado que hube esto, andando á mi antojo fui á dar á un paseo donde vi á otro que cruzó á mi lado, haciéndome una reverencia. Yo entonces le dije:

—Padre, padre... Dígame, ¿puede verse todo?

—Todo—me contestó—si yo se lo enseño; pero tiene que esperar un momento á que el superior y la Comunidad salgan á varear la aceituna á los olivares.

Esperé un instante y volvió el fraile más alegre, con su ancha cara cubierta por un buen color de manzana. Frotándose las manos á la vez que me miraba de soslayo, díjome:

—Esto poco tiene que ver. Nuestra Orden es tan estrecha como pobre. Nuestra miseria es tolerable como todo sacrificio que conduce á Dios. Venga, venga conmigo.

Le seguí y recorrimos las dependencias del inmenso caserón convertido en convento, antigua y rica casa de labranza cuyo dueño regaló á la Trapa, yéndose él á la vez á terminar sus días á otra residencia de la misma Orden. Dos graneros que un día repletos hablaron de abun-

dancia y de siegas, convertidos en dormitorios, decían de reposo alterado por preces matinales. Las demás estancias apenas conservaban el sello de las ricas casas de Castilla, infanzonas casas donde el arado luce como un blasón y la carreta es la galera prehistórica de los romances y el guadarnés llénalo las toscas y burdas colleras para las mulas, que, mansas, se uncen á la esteva. Sólo cuadros religiosos, pías inscripciones y cruces exornaban las paredes, todo humilde, sencillo, pobre.

Luego de subir y bajar múltiples escaleras y cruzar innumerables habitaciones, el fraile mostróme la huerta desde una ventana. Un lego de barbas rubias iba detrás de un arado que arrastraba un buey cobrizo, recordando sus siluetas la estampa de San Isidro.

Todo era quietud y sosiego en la tarde y en la huerta, y en el cielo una nube blanca dejó asomar el sol, que fué á dorar la tierra y la estampa del Santo Labrador. Un jilguero cantaba escondido en la copa de un árbol, y su gorjeo era tan melodioso, que talmente debía de ser igual á aquel de la leyenda de Don Ero de Armentaria.

El fraile, por último, me enseñó la bodega y me dió á probar un precioso vino añejo, y luego cruzamos un jardín yermo, sin verdor, que lo será con perfumes y rosas cuando llegue la primavera. A la vez que seguía á mi amable

«cicerone», adueñábase de mí la tristeza de este jardín, donde ni un capullo ni una espina brotaba, pues que las manos de los frailes no son manos de monja, y la Trapa no es Orden donde la regalada vida deje un hueco para gozar de las bellezas de la Naturaleza. En esto pensaba, cuando vi aparecer por entre unos mustios arrayanes, á la sombra de unos cipreses, la negra figura de un sacerdote.

Su silueta alargada y escuálida, un poco melancólica, adquiría entre la pobreza de aquel jardín una delicadeza indescriptible. Al vernos dió media vuelta, y con la cabeza baja, hundida casi en el pecho, se alejó por una vereda hacia un amplio paseo limitado á un lado por una pared arcillosa y desconchada.

—Dígame, padre, ¿ese sacerdote quién es?, ¿qué hace aquí?

El fraile, mirando de reojo para el sacerdote, me contestó en voz baja :

—Es un postulante.

En su acento y en la expresión de su rostro creí notar cierto desdén hacia él.

Yo le dije :

—¿Profesará?

—Seguramente, aunque no creo en su vocación; mas yo nada debo decir. No soy el llamado á eso.

El postulante paseaba lentamente, leyendo en un libro que cogía con ambas manos. Yo

le miraba lleno de curiosidad. No sé por qué, ni podré expresar nunca la sensación que me causó su presencia. Su silueta escuálida y prieta, destacando en la amarillenta pared del viejo caserón, viejo granero de Castilla un día, me suscitó un fugaz recuerdo que no preciso bien, que me metió en el espíritu no sé qué momentánea turbación.

Volví la cabeza varias veces, y cuando trasponíamos una cancilla observé que me miraba con una mirada llena de tristeza suplicante.

Desde este momento, cuanto me dijo el fraile no me interesó; procuré verme libre de él, y cuando lo conseguí fui hacia el jardín, donde el postulante seguía paseando. Al verme, vino á mi encuentro.

En su rostro pálido se retrataba el combate de la débil y perpetua agitación de su alma torturada y creyente. Era joven aún, de unos cuarenta años; sus rasgos finos, sus facciones enfermizas y su delicadeza delataban á un hombre culto é inteligente. En el fondo de sus ojos había un brillo singular.

Sin más preámbulo, me dijo en voz baja, atropelladamente :

—No me dejan hablar, estoy rendido... Yo necesito una gran merced de usted... Quiero volver á mi antigua vida, á mi parroquia... Usted puede hacer que yo vuelva, ¿verdad?..

· Pasándose una mano por la frente, como pe-

saroso de cuanto había dicho, ó como si coordinase una idea, prosiguió luego de una breve pausa, mirando al espacio :

—Al entrar en el convento pronuncié aquellas palabras de David : «Aquí será mi descanso para siempre ; esta será mi casa, puesto que yo la elegí»... Estuve enfermo en la cama, y pedí licencia al guardián para observar el ayuno de Adviento... Me curaron las oraciones y me consuelan los libros, y son ellos mi remedio, mi compañía, el escudo donde chocan los golpes de los pensamientos que me asaltan...

Y me mostraba el libro aquel en que momentos antes le viera leer, entre cuyas hojas abundaban otras de calendario y otras de flor marchitas.

—¿Y en qué puedo servirle, hermano?—le dije.

—¡ Ah, sí!...—contestó irresoluto—. En nada... en nada...

Parecía acometido por una fiebre violenta, y su aspecto era el del que piensa que no se le escuchará ó no ha de ser comprendido. Movía la cabeza, daba vueltas entre sus manos al libro, se sonreía, se ponía serio, como si el temor de que le viesen ó el temor de que le escuchasen le dominase. Movía los labios sin pronunciar palabra. Sus ojos tenían un brillo sombrío y su frente se surcaba de arrugas, ó bien se mostraba lisa y brillante.

—Tenga confianza en mí, hermano. ¿Qué servicio precisa de mi persona? Cumpliré cuanto me encomiende.

Mis ofertas cambiaron su fisonomía é hicieron cesar el temblor de sus labios, y mi expresión, acaso de piedad, ahogó el sobresalto que flotaba en su alma, que no se resignaba á vivir cercada por el áspero cilicio de la Trapa, y bajando la vista, pronunció estas palabras :

—No tengo vocación ni tengo valor para decirselo á nadie más que á usted... Dígale usted á mi confesor que venga á sacarme de aquí... Dígale que Francisco de Asís Pérez Cayo no pude más. En tanto, seguiré fingiendo, sí, fingiendo, no con Dios, sino con la Comunidad que me observa y vigila día y noche, una vocación que no poseo, una flaqueza que no es capaz de desechar mi amor á El ni mi voluntad... Cumpla por favor, por caridad, mi encargo... ¡ Adiós !...

Y se alejó de mi lado con la cabeza hundida en el pecho. Yo me quedé perplejo, zumbándome en los oídos sus palabras, dichas de forma desordenada, delirante, febril. Le vi perderse por entre los arrayanes, á la sombra de unos cipreses, y al contemplarle, veía á la vez—y Dios me perdone—á un loco y á un hombre. Luego me encogí de hombros y procuré sonreír. Abandoné el jardín y busqué la salida del convento, y ya en el campo, dime á reír y á burlarme de

mí mismo, de mi seriedad ante el postulante, y como si me sacase un gran peso de encima hice el propósito de no decir á nadie que Francisco de Asís Pérez Cayo carecía de vocación para ingresar en la Trapa...

Yo fui su confesor. Yo debí de esperar al abad del convento cuando tornase de los olivares de varear la aceituna y confiarle cuanto me dijo el postulante. No lo hice así; me burlé y me reí de cuanto por unos instantes escuché enternecido de sus labios temblorosos. Con el alma regocijada por tan nueva y extraña aventura, me alejé de allí, donde quedaba cautivo, por exceso de piedad y bondad y por falta de valor y rebeldía, Francisco de Asís Pérez Cayo, quien acaso ya vista el hábito de trapense y cave la tierra y la are con la resignación de un santo, todo por causa mía, que no acerté á ver, cuando tanto me honró al revelarme su íntimo y grave secreto, que el sol de la tarde escondía la copa de los cipreses del yermo jardín, simulando cirios votivos.

La última pirueta.

I

La fachada de aquella casona, envuelta todo el día en sombra, que en lo más apartado del pueblo se mostraba muda y recóndita, tenía el noble aspecto de un viejo é infanzón palacio. Por sus paredes de piedras viejas, llenas de adornos, descendía la huella verdosa de las lluvias.

No era casa hidalga, aunque bien lo parecía, y si al decir de las gentes nos atenemos, lo había sido de un famoso pirata que en los mares de las Indias había expuesto su vida en lid contra los corsarios.

Esta casona hallábase situada en la plaza de los Nodales de la antigua y austera ciudad de Puertomarín. No menos antigua era la plaza, bien empedrada, bien herbosa, formada por un muro alto y renegrido; haciendo ángulo con éste la fachada posterior de una casa señorial, ocupada por un colegio, en cuya gruesa pared abríase un arco y ponía en comunicación la plaza con

una calle de soportales. En el centro de la plaza un poste de piedra sostenía un farol. Tras el muro asomaba la ungida y aromática copa de un ciprés, y sobre unos tejados las torres de la iglesia parroquial de San Gregorio.

El sol batía toda la mañana en la renegrida pared del muro; luego, á media tarde, cuando el monótono cántico de los chicos de la escuela marcaba el curso de las horas, buscaba la vieja fachada de la casa aquella, que se bañaba de luz, una luz que hacía resaltar una leyenda, que grabada en una cinta que se enroscaba á dos columnas salomónicas, como semejando escudo, se mostraba sobre la ventana del balcón volado. Era éste un sol provecto, acariciador, antañón, que arrancaba á la pared tonalidades doradas, que obscurecía el soportal y que se iba luego por el alero, dejando la plaza en la más dulce y recóndita soledad.

Llamábanle la casa de los Valcuervo, y la habitaba, haciendo una vida recogida y extraña, su dueño, D. Fabricio de Valcuervo y Reino, viudo de doña Solita Paz y Marco, dama de gran distinción, por la que, como á ninguna otra señora, habían lanzado las campanas de las iglesias de Puertomarín largos y sonoros plañidos.

D. Fabricio era alto, de aspecto serio y resistente. Su nariz aguileña, su boca amplia, de labios carnosos, su mentón saliente, su bigote

y perilla blancas y sus ojos negros, de penetrante mirada, dábanle aspecto de esforzado é hidalgo señor.

De su matrimonio con doña Solita había tenido un hijo, llamado Fernando, el que, poco después de la muerte de su madre, habíase ausentado de Puertomarín.

—Es un mozo aventurero y tenaz—decía don Fabricio cuando le preguntaban por él—; tiene la sangre de sus ascendientes... Anda rodando por el mundo, y el muy malelito no se preocupa de mí...

Fernando habíase marchado de su casa á los diez y nueve años. Diez llevaba ausente y casi nadie se acordaba de él. Su padre, que confiaba en ver llegar el día de su regreso, supo una vez por un pariente lejano que había muerto de forma trágica en tierras americanas. Al principio le costó gran trabajo creer tal noticia. Bien es verdad que Fernando se había manifestado siempre en su niñez como un rapaz díscolo y pependenciero, amigo de aventuras, lleno de temeridad. Su carácter impulsivo y su espíritu travieso, eran detalles que inducían á creer en su fin, y he aquí que D. Fabricio le lloró por muerto, y que los meses lentos de un lluvioso invierno obraron la virtud y el maleficio de abrir una herida en su pecho, herida que fué cicatrizando al dar por seguro que el sino, el fatal sino que de contado nos acecha

desde que nacemos, tenía reservado á Fernan-
do tan fatal desgracia.

Y pasaron dos años y la herida cicatrizó casi por completo. D. Fabricio, solo, apartado, lejos de toda amistad, había conseguido ahuyentar su dolor en la melancólica y vieja casona en que vivía, viendo deslizar impasible las horas, dormitando, leyendo en viejos libros, acariciando talladas cajas de rapé y sintiendo el halago de aquel sol pálido que por las tardes se filtraba á través de los cristales para acariciar sus manos y el polvo de los muebles, y oyendo el cántico monótono de los chicos de la escuela.

Pero una mañana en que el ciprés parecía aromar más el ambiente y la plaza de los Nodales mostrábase alegre é iluminada como nunca, el cuerpo fuerte, el alma sana, los años bien llevados y las penas bien cicatrizadas de D. Fabricio pidiéronle esparcimiento, apreciar el dulce tesoro de la vida, desentumeciendo su cuerpo aun ágil, apuesto y pulido. Y obediente á este mandato, salió á la plaza, internóse por una callejuela de soportales, y esquivando saludos se encaminó por la carretera de Albar hasta que llegó á un robledo que se extiende al linde del camino, y á su sombra mil pensamientos fueron á alegrar su alma. De propio intento se apartó de la meditación. La vida—pensaba—vale la pena de vivirla, aunque para mí ya es un poco tarde...

Y fuese la esplendente mañana, la reacción que se opera luego de una larga crisis, ó el dormido temperamento que vive en nosotros como una larva, el caso fué que D. Fabricio sintió revivir sus años, y como si sus canas le jugueasen en la frente y en la boca, cosquilleándole con advertencias jocundas, echó de ver un bello tiempo perdido; volvió la vista atrás y, codicioso, se sintió con fuerzas bastantes para atezarla de nuevo... y, un verderón que fué á posarse en una rama del viejo roble, le incitó con su canto jovial, alegre é infantil, á remozar sus años y sus andanzas.

II

D. Fabricio tenía un ama de llaves que se llamaba Andrea, curtida desde su mocedad en los devaneos amorosos y en los ajetreos del hogar. Andrea tenía una hija, guapa moza, de veinte años, costurera, que habitaba en compañía de una amiga, con la que tenía un obrador de costura, adonde por las tardes algunos desocupados iban á pasar el rato.

Solita, que así se llamaba por haberla amadrinado la señora doña Sol, era una joven pizpireta, graciosa y franca.

Todas las semanas iba á casa de D. Fabricio á repasar las ropas y las cuentas que su madre

le ajustaba, no tan estrechas que no se resolvieran á gusto de ambas. Como se había criado en casa, D. Fabricio la quería mucho, y por eso los cuentos que Andrea de ella le relataba, en son de queja, y que en un principio indignaron su alma de virtuoso varón, terminaron por parecerle simpáticos y por producirle cierto desasosiego, como si una abeja, dejando su miel en los labios, fuese á picarle al corazón.

Un día, después de la mañana aquella en que los años bien llevados y las penas cicatrizadas pidieronle esparcimiento, llamó á Andrea, y al contrario de los que ven que se acerca la última hora y creen llegado el instante de los reparos, D. Fabricio, lleno de optimismo y, aun diré, de ilusión, le dijo que, solo en el mundo y de todo apartado, precisaba escoger quién disfrutase de sus bienes, llegada su muerte. Andrea, con los ojos desmesuradamente abiertos, vió el cielo. Y no era para menos lo que de labios de D. Fabricio escuchaba... Ella y su hija heredarían sus bienes y sus rentas, pero con una condición: la de que Solita fuese á vivir con ellos, dejando la costura y los amigos, dedicándose de lleno á repasar las ropas y á cuidar la casa de D. Fabricio, aquella casona, que, pasando algún tiempo, sería de ellas exclusivamente.

Andrea no precisó gastar muchas palabras ni mucha saliva para convencer á su hija. Gus-

tosa sacrificó su taller de costura y su vivir libre ante el porvenir que la ofrecía aquel buen viejo, que, siempre paternal y respetuoso con ella, mostrábase ahora tan magnánimo.

III

¡ Poco dió que decir en Puertomarín, y era de oír cuanto las envenenadas lenguas urdieron al conocerse la decisión de D. Fabricio! Gracias que D. Fabricio nada oyó y que Andrea y Solita procuraron que nada oyese.

Y he aquí que los más sabrosos comentarios, los más picarescos, los más sutiles é intencionados, se hicieron alrededor de D. Fabricio, de Andrea y de Solita; sobre todo, del primero y de la última.

Las beatas se persignaban al pasar frente la casa de Valcuervo, y no faltó quien por razones de moralidad hiciera intentos por apartar á Solita de aquel hogar prostituído del que habían pasado á ser dueñas madre é hija.

El viejo rosal de la ironía, que en Puertomarín da rosas fragantes, dió en aquella ocasión, entre el pecinal de las calles, su más malévoló perfume. La murmuración lo alimentó y las malas lenguas lo regaron.

Cuanto acontecía era el escándalo del pueblo, era la risión de muchos, el espanto de los

más comedidos y el regodeo de los más libidinosos.

Así las cosas, pasó algún tiempo. D. Fabricio parecía rejuvenecerse y sonreír ante las miradas burlonas que le acechaban. Solita, cada vez más hermosa, había ido desechando poco á poco su indumentaria de artesana por otra de señorita que muy bien cuadraba á su cuerpo arrogante.

Todo era felicidad en la austera casa de los Valcuervo. Una nueva vida se esparció por sus frías estancias. En el balcón volado de la fachada, en lugar de plantas parásitas, había claveles y jazmines rojos y unas manos jóvenes alzaban los visillos y abrían las ventanas para que entrase libremente la luz.

IV

Una mañana de Abril, en víspera de Pascua, un mozo apuesto, cuya edad corría por el filo de los veintinueve á los treinta años, llegó á Puertomarín. Nadie le conocía y á nadie conocía él tampoco.

Desde la estación se encaminó pueblo adelante, con indolencia, abstraído como el que gusta de una bella emoción íntima no desflorada. Y llegó á la plaza Mayor, y como el que está seguro del camino que debe seguir, la cruzó,

internándose en la calle de las Fuentes, y después de cruzar varias más, fué á desembocar en la plazuela de los Nodales. Con paso firme penetró en el portal de la casa de los Valcuervo, hizo sonar una aldaba, y una voz fina de mujer contestó desde arriba. Un cordel, que por el hueco de la escalera bajaba á prenderse al pica-orte, alzó éste, y franqueada la puerta, subió las escaleras como si talmente fuese persona de la casa.

Solita, que era quien había salido á abrir, quiso oponerse al paso de aquel hombre extraño y desconocido.

—¿No vive aquí el señor Valcuervo?

—Sí, vive... ; pero no se le puede ver. Vuelva á otra hora—dijo Solita con temor y humildad.

—Tengo que verle ahora mismo ; ¿está en cama? Pues pasaré á su alcoba—contestó el desconocido.

Y sin aguardar contestación, atravesó un pasillo, cruzó una sala, y seguido de Solita, que protestaba inútilmente, se fué derecho á la alcoba de D. Fabricio que, tumbado en la cama, fumaba tranquilamente.

D. Fabricio se incorporó atemorizado al ver á aquel hombre. El desconocido, sonriente, emocionado, alzó los brazos, sin acercarse al viejo. Hubo un breve silencio. Solita estaba muerta de miedo.

—¡¡¡ Pero, padre!!!... ¿No me conoces?...

—¡¡¡ Fernando!!! ¿Eres Fernando?

Y se abrazaron estrechamente, mientras Solita, pálida, temblorosa, como quien ve visiones, huyó de la alcoba en busca de su madre.

V

El asombro de D. Fabricio no tenía límites; no se cansaba de mirar para Fernando.

—Pero, hombre—le decía moviendo la cabeza—, yo que te creía muerto, y tan muerto, que tanto sufrí y lloré creyendo era verdad lo que me habían dicho ...; Y fué Claudio, aquel don Claudio, ¿te acuerdas?, medio pariente nuestro, quien me comunicó tu fin trágico. Yo tuve mis dudas en un principio; mas como por el pueblo corrió como cierta la noticia y vinieron á darme el pésame, poco á poco una fuerza interior obligóme á creer en tal desastre, aunque otra más secreta obligábame á dudarle... Mas, sin duda, fué haciéndose insignificante, y el engaño, que lo era por fortuna, apareció ante mí como verdad, negando al corazón la duda de los primeros días... Llegué á creer que habías muerto, Fernando... Perdóname.

D. Fabricio sollozaba; Fernando, sentado al borde de la cama, acariciaba á su padre.

—Quien debe pedir perdón soy yo, padre, que ignoré muchos años si estabas vivo ó muerto, cruzó una sala, y seguido de Solita, que lleno de ansiedad é impaciencia, pregunté por ti. Bien temía una cruel revelación y ya ves como ni es cierto lo que yo pensé, ni es verdad lo que de mí se ha dicho. Olvidémoslo todo. La realidad es que tú vives y vivo yo también, y que la distancia que nos separó ya no existe.

—Es verdad, es verdad—decía su padre con la cabeza hundida entre las almohadas—; y dime, ¿Qué fué de tu vida tantos años? ¿Por qué tu silencio tan largo? ¡Ni una carta, ni un recuerdo...! Cuéntame, cuéntame.

—Es muy largo cuanto tengo que contar. Doce años de mi vida, lo mejor de mi edad, son como doce tomos de abundante lectura, en los que hay capítulos de honor, de gozo, de triunfo, de desesperación, de irremediables desfallecimientos... Hoy, padre, estoy curado de mil penas; vengo aquí á acabar de reponerme, dispuesto á vivir tranquilo, á no abandonarte más.

D. Fabricio escuchaba, guardando silencio. Mil pensamientos se aglomeraban en su mente. Como si esperase de su hijo alguna reconvencción, aparecía temeroso é irresoluto. Su hijo estaba pareciéndole un extraño que llegaba á pedirle cuentas estrechas, á fiscalizar su vida, sus actos todos, sus ligeras determinaciones.

—Y yo, que te había creído muerto y tan

muerto...—repetía constantemente, quedándose pensativo.

Fernando, risueño y contento, seguía acariciándole, y cada vez más gozoso de vivir.

Tras los cristales de la ventana veíase el erigido ciprés que sobresale por fuera del muro de la plaza. Un viento suave movía sus ramas y un hermoso sol de primavera le daba color. Las campanas de San Gregorio tocaban á misa, llevando hasta el interior de la alcoba el lento diapason de unas notas yertas y melancólicas. Fernando, transportado á su edad primera, empezaba á hacerse cargo de que el ciprés, el son de las campanas, los muebles de la sala y los escasos de la alcoba, eran los mismos de antes. Por su imaginación cruzó el tiempo feliz de su niñez y el recuerdo de su madre le vino á la memoria.

—Aquí, en esta misma alcoba, murió mamá —dijo en voz baja y entrecortado—. ¡Qué buena era!... Parece que la estoy viendo... Debieras tener un retrato en la cabecera de tu cama...

VI

Al poco rato D. Fabricio se levantó y se vistió. Fernando, en tanto, asomado al balcón, contemplaba la plazuela de Los Nodales, en cuyo centro el poste de piedra que sostiene el

farol proyectaba una sombra grotesca. El muro de enfrente mostraba sus renegridas junturas. De la casa del arco llegaban hasta él los apagados y monótonos ecos del deletrear de los chicos del colegio. En los aleros, las golondrinas, como antes, seguían haciendo sus nidos. Una tediosa inmovilidad invadía á la plazuela. Desde la ventana de una casa vecina le atisbaban tras de las cortinas.

Su padre, ya vestido, le llamó.

—¿No quieres ver á Andrea? ¿No te acuerdas de Andrea?... Voy á llamarla. ¡¡ Andrea!! ¡¡ Andrea!!...—gritó desde el pasillo.

Andrea apareció con los ojos hinchados como de haber llorado. Dirigió una torva mirada al forastero, otra á su amo, y en tono malhumorado, dijo:

—¿Qué quiere, señor, qué quiere?...

—Te llamo para que saludes á Fernando... Aquí tienes á Fernandito. ¿No le conoces?

Andrea se le quedó mirando de abajo á arriba.

—¿Y no se había muerto?... Lo que es usted, es bien... Mire que decir tal cosa y estar tan vivo... ¿Y es usted de veras el señorito Fernando? ¡Bah! Que me lo hagan bueno y lo creeré...

Siguió mirándole fijamente, y sin poder remediar su contrariedad, añadió:

—¡Qué cosas pasan, caray!... Vaya, vaya...

Y se marchó refunfuñando por el pasillo.

Fernando, ante aquel extraño y frío recibimiento, dudó por un instante de si él era él y Andrea era Andrea; indudablemente, aquella no era la cariñosa y humilde servidora de la casa que le había visto nacer y que le llevara en sus brazos. Así, que achacó á testarudez aquellas palabras de necia duda, y la llamó inútilmente.

—¡ Pero, mujer ! ¡ Andrea, venga acá ! ¡ Oiga ! Vaya... Qué cosas... Parezco un resucitado inoportuno.

Luego preguntó :

—¿ Quién es la joven que me ha abierto la puerta ?

—Es la hija de Andrea—contestó su padre un poco turbado—que viene aquí á ayudar á su madre, ¿ sabes ?

VII

Fernando salió á dar un paseo por el pueblo, y aun bien no se cerró tras de sí la puerta, cuando Andrea y Solita se presentaron ante D. Fabricio. Este, tumbado en un diván, con la cabeza hundida en el pecho, aparecía hondamente preocupado. Solita sollozaba, escondiendo su rostro en un pañuelo. Andrea, feroz, retadora, decía gritando :

—¡ ¡ Esto fué un engaño ! ! ¡ Mire que com-

prometer á esta paloma, no tiene perdón de Dios!

—No os apuréis, tontas, que aquí estoy yo, y yo soy quien manda.

—Usted manda, sí, señor; pero su hijo será el que todo lo disponga cuando usted falte. ¡Ay, don Fabricio!... Lo que es Fernando, viene á hacer un estropicio en nuestros planes.

—¡Pobre de mí!—gritaba Solita.

—¡No apurarse, no apurarse! Todo se ha de arreglar. Es preciso que él no se entere. Fernando viene á pasar aquí unos días nada más. Yo no deshago lo hecho, y mis mandatos y mi voluntad serán respetados siempre.

Las dos mujeres y el viejo acordaron usar de gran cautela y fingir que entre ellos no existía la menor concupiscencia; mostrarse amables, sonrientes, desinteresados. Y después de madurar tan breve plan, Andrea se retiró á la cocina, mientras su hija, prendida al cuello de don Fabricio, lo besaba, haciendo asomar á los ojos del viejo, senectos y sádicos, un rayo de luz.

VIII

Fernando regresó dos horas después; llegaba cansado, con la impresión de que el pueblo, á pesar de los diez años transcurridos, no había variado en nada. Su padre le esperaba hacía un

rato para almorzar. Andrea se le acercó cariñosa y zalamera.

—Pero, señorito Fernando—le dijo—, yo que creí que era chanza del señor todo cuanto me dijo por la mañana... y usted, tan lúcido y tan guapo. Vaya, qué cosas pasan en la vida... Mira que decir que usted había muerto... Y á fe que yo lo creí. ¡Bendito sea Dios, que no es verdad!

Andrea, entre plato y plato, hacía un recuerdo del señorito, que, cuando niño, era travieso y malo. D. Fabricio comía sin ganas, hablaba poco, se sentía achacoso.

De sobremesa, Fernando contó á su padre parte de su vida en tierras lejanas y extrañas, sus aventuras y viajes, algunos de sus amores y muchos de sus difíciles instantes para salir airoso en la lucha con la vida.

—En fin, padre—terminó—, crucé mil tierras, conocí penas y alegrías; mi espíritu, nómada é inquieto, me llevó á diversos países, y un día caí del caballo que montaba, y cerca de cuatro meses estuve entre la vida y la muerte. Acaso entonces el tío Claudio tuvo un presentimiento, experimentó un caso de telepatía y pregonó mi muerte. Sólo así pudo ser, pues acontecióme el incidente tal en un apartadísimo rincón de la América del Norte... Curé y tuve suerte en mis empresas. Hice, es verdad, una vida demasiado azarosa, y por eso quiero

vivir tranquilo. Ha resucitado mi buen humor, mi carácter juvenil y mi despreocupación de otros tiempos. Hoy soy el mismo de antes, pero con experiencia y con cicatrices en el alma.

Sonriendo alegre, juvenilmente, Fernando terminó su relato, mientras llenaba una copa de ron, que apuró de un solo trago.

D. Fabricio miraba con fijeza para su hijo, y por único comentario pronunció estas palabras :

—Vaya, vaya, qué cosas me cuentas.

IX

Solita apenas se dejaba ver de Fernando, pues permanecía encerrada en su gabinete. Madre é hija preveían algo que iba á echar por tierra sus cálculos. Solita aseguraba que D. Fabricio, en ciertos instantes íntimos y sentimentales, dábale seguridades de que sus planes serían cumplidos, de que el testamento otorgado en favor de ellas se cumpliría al pie de la letra. Andrea, suspicaz y desconfiada, esperaba desagradables acontecimientos. Indudablemente, Fernando era un estorbo, un pedrusco que venía á interceptar el camino que florecía ante ellas. A D. Fabricio preocupábale la idea de que alguien le contase á su hijo lo que quería que ignorase.

Fernando, bien ajeno á lo que le rodeaba, pasaba largas horas fuera de casa. Sus amigos le buscaban llevándole á diversos sitios de distracción y regodeo. A veces notaba en ciertas personas sonrisas cuyo alcance no comprendía.

Fernando tenía tres amigos despreocupados é ingeniosos que tenían el día y la noche libres, un excelente estómago y un gran humor.

Muchas tardes se citaban á primera hora, encaminándose por las carreteras cercanas; y después de un largo paseo, antes de la caída del sol, caían ellos en cualquier taberna, y bajo la parra de la huerta, alrededor de una mesa de piedra, congregábanse los cuatro aprestándose á merendar, mientras Estévez, el más gracioso, entre trago y trago, no cesaba de decir disparates que eran celebrados con largas carcajadas.

Algunas noches cenaban en el fermentido cuarto de una taberna. Fernando era el que siempre abonaba el gasto. Otras veces pasaba la noche en un lupanar mal orientado. Otras recorriendo calles de un barrio extremo, llamando en diversas puertas y profiriendo iguales palabras.

Una noche Fernando se sintió asqueado. Aunque aquella era la vida que había que vivir en Puertomarín si deseaba divertirse, no se acostumbraba á ella, y aprovechando un descuido, huyó de la compañía de sus tres amigos, y dirigiéndose hacia el río, púsose á contemplar

el paisaje que, iluminado por el plenilunio de Mayo, poseía el encanto de un ensueño plañido.

Era él el único que, inclinado sobre la baranda del puente, admiraba la belleza de la noche clara.

Y así permaneció una hora, dos, acaso más, un poco triste y nervioso, aunque satisfecho de huir de la compañía de sus amigotes.

La luna iba tan alta como el sol á mediodía cuando Fernando se dirigió á su casa. Disponíase á abrir la puerta, cuando oyó que le llamaban. Volvió la cabeza y reconoció á Estévez, que con paso inseguro se iba acercando, con los brazos abiertos y el sombrero derribado sobre una sién. Venía medio borracho. Intentó abrazar á Fernando, que lo separó.

—¿Qué quieres, Estévez?—preguntóle ásperamente.

—He venido á esperarte porque temía que te hubiera ocurrido algo... Te has escapado, pñfido, y nos dejaste comprometidos, sin dinero para abonar el gasto... Echa un cigarro.

—Toma y lárgate, que me voy á acostar; es ya muy tarde.

—¿Qué prisa tienes? Vamos antes á tomar un vasito aquí, á casa de Quirós...

—No, no, Estévez, no tomo nada.

—Entonces, convídame.

Fernando extrajo una peseta y se la alargó á Estévez, diciéndole :

—Toma, vete tú solo y no le salgas á otro.

Estévez, adoptando una postura digna, se negó á aceptar la moneda.

—Es necesario que me acompañes tú ; tengo que hablarte.

Fernando, para acabar con la enojosa escena, exclamó :

—Puedes contarme lo que quieras, pero no te acompañe.

En voz baja comenzó Estévez á decirle que él era su único amigo, y luego, en voz más misteriosa, agregó que no debía fiar de igual manera de sus otros dos amigos. ¡ Eran unos pillos y unos malas lenguas !

—Ha estado hablando mal de ti después que tú te has marchado... Desengáñate, Fernando, el único amigo que tienes soy yo... No te rías, que es la pura verdad.

—Bueno, pues no me reiré ; te creo, y me voy á acostar... ¡ Adiós !

Estévez volvió á insistir en que no se marchase ; le cogió por un brazo y casi á viva fuerza le llevó á un rincón.

—Te voy á contar una cosa que tú no sabes, pero no has de decir que te lo dije yo. Los buenos amigos...

Fernando, revestido de gran paciencia, se dispuso á escuchar.

Después de una breve pausa, Estévez tosió, dió un par de chupadas á la colilla que sujetaba entre sus labios, y exclamó solemne :

—Estás perdido si no tomas precauciones, chico. Van á dejarte sin camisa esas dos «ladras» que viven en tu casa : Andrea y Solita, ¿sabes?... Tu padre es un canalla, dicho sea con todo respeto... No te digo más.

—Pues es bastante—agregó Fernando riendo—. ¡Qué borracho estás! ¿Y eso es todo lo que tenías que contarme?

—¡ Ah! ¿Pero no lo crees? Mira, tú no estás enterado de nada.

Y Estévez comenzó á relatar á Fernando todo lo que en su casa venía sucediendo entre su padre y Solita ; los dispendios que hacían ésta y su madre ; lo que se decía, las burlas, las críticas, las censuras, el escándalo, el desprecio hacia D. Fabricio de aquellos que habían sido sus más íntimos amigos ; el testamento otorgado á favor de ellas ; todo, en fin, cuanto era cierto, y mucho más, agregado por las lenguas viperinas, entre las que se contaba la de Estévez.

En un principio, Fernando le escuchó sonriente ; luego fué experimentando cierta angustia... Todo se encadenaba : la frialdad de su padre, la hostilidad de Andrea, el rubor y las miradas de Solita, las sonrisas de mucha gente, eran, en verdad, detalles harto significati-

vos... Además, el estado alcohólico de Estévez, que le impulsaba á decir aquello que, estando cuerdo, hubiera callado...

—Estévez—le dijo—, te agradezco mucho las noticias que me das. Ya veo que tú eres mi mejor amigo. Ahora te creo... Vete...

Estévez hizo nuevas protestas de amistad; abrazó á Fernando varias veces y le extrajo todos los cigarros; por último, le pidió diez pesetas, y se fué.

Fernando subió á su casa. Antes de acostarse comenzó á pasear por la alcoba. Estaba nervioso, intranquilo. Poco á poco fué apoderándose de él la duda. Era incierto que su padre, un anciano, un hombre digno... ¡No! No era posible convertir el tálamo de su santa madre en lecho de concubinaje desigual; y lo más absurdo, intentar desheredarle. ¡Qué gracia! Solita amante de su padre... De ninguna manera.

Se desnudó, se metió en la cama y estuvo maldiciendo á Estévez hasta que se quedó dormido.

X

Pocos días después, Fernando supo toda la verdad. Y vino el inevitable rompimiento y las palabras agrias y el gesto de hostilidad con mez-

cla de vergüenza del viejo; de indignación y de asco, del joven.

Inútil era que D. Fabricio pretendiese mentir. El hecho no tenía disculpa. Era sencillamente vergonzoso para uno y para otro. No había más que una solución: arrojar de casa á Solita y su madre, y abiertas las ventanas, cerrar la puerta de la calle é irse á vivir á una aldea, dando tiempo á que todo se orease.

Pero D. Fabricio irguióse de pronto, cuando su hijo, increpándole con dureza, le echó en cara su proceder. Y con una escena fuerte y un choque de palabras crudas, finalizó la entrevista. Fernando salió de su casa pensando en no volver más á ella. D. Fabricio quedóse anonadado, con la cabeza entre las manos... Andrea y Solita lloraron los siete llorares... D. Fabricio, al verlas lloriquear, sentíase orgulloso. Al fin, lloraban, sobre todo Solita, por él, que aún era apuesto y capaz de encender en un pecho joven una pasión amorosa... Se rió de su hijo, volvió á prometerles bienandanzas sin cuento y siguió viviendo con ellas.

El era el dueño del cuerpo gentil, sensual y gracioso de Solita. Y esto era todo, y lo demás importábale muy poco.

Al ausentarse Fernando de Puertomarín, fué á vivir á un pueblo cercano. Sus recursos eran suficientes y nada necesitaría pedir á su padre.

En tanto, en su casa, iba desmoronándose todo entre las manos de la cicatera Andrea y de la gentil Solita. Madre é hija, aconsejadas por personas expertas, habían decidido abandonar al viejo, no sin antes llevar entre las uñas lo que pudieran. Por otro lado, D. Fabricio, arrepentido, iba sintiendo punzadas en su conciencia; y la venda que llevara ante sus ojos iba descorriéndose y dejándole ver la realidad de las cosas. En el viejo caserón de los Valcuervo no reinaba la paz de antes, y bajo su tejado se estaba formando una tormenta inevitable.

Fernando no quería tener noticias de su padre. Había alquilado una casa inmediata al mar, cercada de árboles frutales, y una plácida reversión á la tranquilidad fuése apoderando de su espíritu.

¡Qué deliciosos días pasó hundido en la soledad de aquel pueblecito rodeado de claras playas y pinares rumorosos! La ría, azul y tranquila, era como un espejo de ensueño, que llenaba su alma de transparencia y bondad. La brisa balsámica de los pinos dábale salud, y

gozando de una vida silvestre, madrugando con el alba, aspirando los perfumes todos del campo y los efluvios todos del mar, Fernando pasó allí los meses del estío, y vió llegar Septiembre con sus vendimias y el otoño con sus lluvias...

XII

Y una tarde—así tenía que ser—llegó al pueblo un coche que conducía á un señor viejo, pálido, enguantado, de aspecto tristón, envuelto en un gabán pardo. Era D. Fabricio. Preguntó á unas mujeres dónde vivía Fernando, y ya ante la casa de éste, por no estar en ella, hubo que ir á llamar á la casera. Vino ésta, y extrayendo la llave de la gatera abrió la casa é hizo pasar á D. Fabricio para que esperase. No debía de tardar.

D. Fabricio pasó á la sala—sala y alcoba a la vez—y se sentó frente á una abierta ventana, por la que se puso á contemplar la ría cercada de pinos y surcada de blancas y diminutas velas.

D. Fabricio seguía enguantado, con su abrigo puesto; en una mano sujetaba un pañuelo blanco. Parecía venir de un funeral. Su mirada era triste; ni expresaba impaciencia ni mal humor. Un rato largo estuvo inmóvil contemplando el paisaje que iba variando de tonalidad á medida que se acercaba el crepúsculo.

Por fin se sacó los guantes y se puso á pasear. Sus pisadas resonaban huecas en el entarimado. De vez en vez se paraba á escuchar, creyendo percibir algún ruido.

Fernando no llegaba. Se hizo de noche. Don Fabricio, entre las sombras de la estancia, continuó pasea que pasea.

Una hora estuvo flagelándose el alma en cruel monólogo de vergüenzas y arrepentimientos. Los sucesos que acontecieron aquel día y el anterior le tenían atolondrado. Venía junto á su hijo á pedirle perdón, lleno de atrición, con la cabeza baja, con el alma desengañada.

De pronto oyó unas pisadas. Era su hijo que llegaba, que subía las escaleras tarareando un aire alegre. Al ver la puerta abierta, llamó á voces á la casera desde la puerta y le contestó débilmente su padre desde dentro.

Fernando lo conoció en seguida y penetró en la sala á tientas, encontrándose con los brazos abiertos de su padre, que se dirigía á él para abrazarle. Prendido al cuello de su hijo, no supo decir palabra.

Por fin pudo desasirse de él y encender un quinqué. Ninguno de los dos hablaba. Por fin, D. Fabricio cortó el silencio diciendo :

—Tenías razón... Me han arruinado ; me han deshonrado... Las eché de casa esta misma mañana... Fui un ingrato contigo y con tu madre... Ha sido mi última locura, mi postrera

pirueta... Yo vengo aquí para que me perdonen...

Su hijo le miraba con fijeza y con lástima.

A D. Fabricio se le llenaron los ojos de lágrimas. Extrajo el pañuelo del bolsillo del gabán y las enjugó silenciosamente... Una mariposa, atraída por la luz, comenzó á volar alrededor del quinqué y un perro ladraba en una huerta lejana.

«TURRIS EBURNEA»

SEGUNDA PARTE

CRÓNICAS

1877

1877

“TURRIS EBURNEA,,

No sé si adolecido de orgullo, si cargado de escepticismo, si repleto de vanas ilusiones, el hecho es que recluso en su casa, día y noche, mi amigo Somoza dedícase á leer, á escribir y á despreciar todo cuanto proporcionaba antes el mayor encanto á su vida. A ella ha dado tal cambio, que es talmente otro. Recobró la salud que comenzaba á perder; no hay en su mirada la vidriosa tristeza que antes había; hay más ecuanimidad en sus juicios y más tranquilidad en su espíritu.

Todos sus amigos le echamos de menos los primeros días de su desaparición, y luego nadie se ha vuelto á ocupar de él. Únicamente cuando cruzaba por frente al vidral del café una silueta alargada y un poco triste, nos acordábamos de Somoza, y no siempre eran muy piadosos que digamos los comentarios que acerca de él hacíamos. Mis amigos, pasados que fueron unos meses, le olvidaron por completo.

Mas yo, que conservaba de él dos ó tres ama-

bles recuerdos, á poco empeño que en ello puse, averigüé dónde vivía, y héme aquí ante el portal de su casa, dispuesto á interrogar á la portera y á subir cuantos escalones fuere menester hasta encontrarme ante la guarida de mi amigo. Llego, por fin, á su cuarto, tiro suavemente de un cordel, suena una campanilla y al poco rato una voz conocida que pregunta quién soy. Antes de abrirse la puerta, nos saludamos á través de ella; se descorre un cerrojo y me hallo ante Somoza. Un abrazo nos une un instante, y juntos penetramos en el estudio donde una chimenea encendida hace burlas al frío.

El estudio de Somoza es encantador, delicioso; yo se lo envidio, tanto, que vais á permitirme que la envidia me mueva á describirlo, para que el mismo picazón, si sois artistas, os haga, como á mí, gozar envidiando.

Una ventana amplia y alargada, por la que entra la luz á raudales, alumbrá toda la estancia. Primero esta luz cae sobre la mesa de trabajo, donde hay libros y cuartillas, un búcaro de cristal con violetas, un tintero angular de Talavera, una figulina de Tanagra, un abridor de acero en forma de espada y un retrato de mujer colocado en un marco estilo Imperio, todo en orden, todo con arte y con pulcritud. Luego la luz hace brillar el teclado de un viejo expresivo que tiene la forma de un libro abierto, labor acaso de un cartujo ó de un místico mi-

sántropo del siglo XVIII. En un rincón, la «Bella desconocida», de Donatello ; en otro rincón, Leda y el Cisne unidos en lúbrico abrazo ; sobre la librería que ocupa todo el frente de la mesa, el atleta de Mirón lanza su disco ; colgada de la pared, la «Monna Lisa» y dos ó tres cuadros que parecen antiguos ; diseminados por sobre los estantes, por sobre una repisa, por sobre un escaño, porcelanas, bronces, Tanagras, retratos, la «Primavera», de Boticcelli. Los libros son pocos, pero escogidos ; el color de la pared es gris ; la alfombra, clara y rameada...

Somoza me ofrece asiento en una amplia butaca. El se sienta frente á la mesa y comenzamos á charlar.

—Chico—me dice—, no sabes lo satisfecho que estoy por hacer una vida de orden y de trabajo que me encanta y me seduce... Ni me permito una debilidad ni me abandono á una languidez ; un segundo de debilidad, de languidez, y estaría perdido... Aquí me tienes día y noche entretenido con mis libros, mis recuerdos y mis penas... De esta forma sé que entro en la tribu de los solitarios, de los misántropos ; pero no me importa. Como á ellos, para mi entretenimiento son asunto de oportuna reflexión cualquier cosa, cualquier objeto. Me ocurre lo que á aquel abad de la Trapa, al que Bossuet enviaba calaveras para que se distrajese. ¡ Es tan bello vivir en esta apacible soledad, lejos de la

frívola é insignificante vida que antes hacía y que tú sigues haciendo!... Un día de soledad, rodeado de lo que me es íntimo y familiar, un día de recogimiento y meditación, es muy poco; muchos días, es algo, aquí donde ella estuvo, en la dulce compañía de su espíritu... Créeme, chico; ésta es mi mayor gloria, mi más alto triunfo.

Somoza hablaba serenamente, con seguridad profética, con acentos de convencido. Yo sentía á veces que su voz era como el eco de mi alma. Quise elogiar su vida, su apartamiento, su voluntad, y no encontrando palabras con que expresarme, decidí guardar silencio.

—Yo—prosiguió—poseo un generoso escepticismo. Todo lo veo perdonando, porque pienso en mi vida pasada, y si fuí redento, calculo que los demás pueden serlo también. Como San Francisco, busco la dicha por el ensueño interior y expansiono mi alma en los abismos de esta encantadora soledad, y como Epicuro amo la sencillez que nos conduce á la alegría y nos preserva del dolor... Algún necio me censurará, otros se reirán de mí, no porque piense de ésta ó de la otra manera, que á ellos, que en nada piensan, les tiene sin cuidado, sino porque sencillamente me he retirado á mi torre de marfil, de donde sé descender sin contagiarme y á la que asciendo sin mácula. Me llamarán loco, orgulloso, vano; ¿qué más da? Yo bien sé que

el pecado que menos se perdona es el de tener sentido común y que otro para el que no cabe remisión es el de la voluntad...

Somoza abrió un cajón de su mesa y me mostró sus trabajos, muchos trabajos, todos inéditos. Allí, en varios legajos, estaba toda una labor meditada, hecha en el reposo de su estudio durante cinco ó seis meses que era el tiempo que llevaba recluído en su casa. Y me leyó «el» capítulo de una novela, y quedéme admirado de la armonía y fluidez de la prosa, de las bellas imágenes, del reposo noble y amplio que cruzaba por aquellas cuartillas, llenas de vida. En verdad que nada se parecían á sus producciones anteriores.

Mis palabras de elogio, sobrias, espontáneas, sinceras, eran escuchadas por Somoza con verdadera indiferencia. Yo me acordé que antes, para cualquier trabajo suyo que nos leía en el café, teníamos largos elogios, nunca sinceros y espontáneos. Somoza entonces se sentía halagado, se notaba en la alegría de su rostro, en el brillo de sus ojos; mentíamos y él era engañado. Ahora yo era sincero, y no me creía.

Procuré contarle algo que le interesara, y traje á la conversación las intrigas y trifulcas de nuestros camaradas, de los que lo eran míos y ya no eran de él. Pero á Somoza tampoco le interesaban aquellas cosas ni aquellos amigos,

que, como alegres comadres, ríen con crueldad y se despellejan inocentemente.

Iba cayendo la tarde, y al estudio llegaba la luz del sol agonizante, que á todo daba una entonación áurea. Cuantos objetos de arte engalanaban aquella estancia parecían revivir una vida en que la pureza de la línea lo era todo. El Doriforo de Policleto y el Discobolo de Mirón, parecían obras únicas, inaccesibles, colocadas allí para ser gozadas por una sola persona.

De pronto, nuestra conversación se interrumpió por unos golpes cautos dados con unos nudillos en la puerta. Somoza se levantó presuroso, y dirigiéndose á mí, me indicó que me marchase.

—¿Es visita de cumplido?—le pregunté.

—No—me dijo sonriendo—, es visita de mujer.

En la puerta tuve que dejar paso á aquella visita, y pude observar á la vez que con una reverencia la saludaba, admirándola, que era una mujer hermosa, bien vestida, bien calzada, que olía bien, que poseía una voz suave y una boca fresca. Era la misma cuyo retrato aparecía sobre la mesa, al lado de las violetas que sostenía el búcaro de cristal.

Un poco triste y un poco malhumorado bajé la escalera, y cuando aún no había llegado al primer descanso, sonó un portazo. Quedábase

allí Somoza satisfecho y alegre de vivir, mientras yo dime á pensar por qué no sería capaz de hacer lo que él ; sustraerme á cuanto me rodea, alejarme de cuanto me perjudica, rodearme de tranquilidad, que es reposo para el alma y para el cuerpo, y que sólo, como á él, fueran á verme unos ojos bellos de mujer, y en mi puerta sólo se oyera el golpe de unos nudillos delicados.

¡ Ah ! Pero luego pensé que la soledad de mi amigo no era como él decía, absoluta. A su estudio llegaba el suave y perfumado aleteo del amor. Y es que, meditándolo bien, Somoza no sería un espíritu refinado, un hombre admirable, no sería capaz de vivir dejado de todo, no escribiría aquel capítulo estupendo de su novela, si una mujer, con sus besos, sus caricias, sus celos y acaso sus lágrimas, no fuese á verle á su torre de marfil.

El banquete de Anacreonte.

Hace tiempo que apenas come y apenas bebe ; fuma de cuando en vez y espera de un momento á otro que le den una colocación y unos dineros con los que pueda comprarse un traje y unos zapatos. El destino no se lo ha pedido á nadie, ni nadie se lo ha ofrecido, y los ansia-dos cuartos son una dorada utopia con la que gusta engañarse y soñar.

Este hombre heroico al cual no conozco más que por referencias y de vista, y del que se cuentan interesantes anécdotas que antes de nacer él han tenido su legítimo protagonista, está empeñado desde que llegó á Madrid en llamarse bohemio y en ayunar de continuo ; y á fe que lo ha conseguido, y bien lo demuestra por lo esmirriado que anda cruzando las aceras más frecuentadas y los cafés más céntricos.

Días pasados me han asegurado que hace ver-sos, que tiene un talento extraordinario y que es un desdeñoso que encuentra ridículo todo lo constituido y que, como aquel admirable Je-rónimo Coignard que nos ha descubierto Ana-

tolio France, si las cosas de este mundo no estuvieran tan mal organizadas, hubiera laborado activamente por el bien universal.

Anoche lo encontré en la puerta del Parque del Retiro, viendo con un gesto superior cruzar por la puerta de Hernani al público que salía del festival benéfico para las viudas y huérfanos de las víctimas de la galerna del Cantábrico.

Confundido entre los últimos espectadores, mi hombre dirigióse calle Alcalá abajo, hacia la Puerta del Sol. Yo entonces experimenté el deseo de seguirle.

Caminaba sin prisa, indolente, con ambas manos en los bolsillos del pantalón y con el chaleco desabrochado. Al pasar frente á la ventana de algún café, arqueaba su flaco cuerpo y poníase á mirar á través de los visillos. Luego continuaba andando y yo detrás de él á una prudente distancia.

La noche, aunque de estío, de este absurdo y gélido estío que padecemos, era fresca. En lo alto, la luna bañaba las calles y la silueta del bohemio. Las «palomas» de la noche, apostadas en las esquinas, ni le detenían ni le llamaban...

Un borracho, que iba entre dos guardias, lo hizo detenerse; mi hombre, confundido entre los curiosos, que reían las astracanadas del beodo, recorrió varias calles hasta que en el portal

de una comisaría fueron colándose la autoridad y el escándalo.

Entonces, calle abajo, continuó su andanza, y yo, cuidando de que no notase mi obstinada presencia, detrás, hasta qué, al cabo de unos cuantos rodeos, llegamos á la Plaza Mayor, bajo cuyos soportales varios grupos de golfos se hacinaban, durmiendo.

El bohemio, adoptando una postura trágica, hundió la cabeza en los hombros, echó el sombrero sobre el arranque de la nariz y se puso á pasear agitado y nervioso, como si una idea cruel le dominase. Eran las tres de la madrugada. ¿Acaso su estómago vacío, sus pies mal calzados, su cuerpo translúcido, llevaban á su espíritu la convicción de que la vida así era amarga y sus romanticismos una quimera infecunda, sin pechos, sin color?...

Me dió lástima. Quise acercarme á él y no me atreví. Porque, ¿quién sabe si en vez de estos pensamientos le dominaba la concepción de un maravilloso poema?...

De pronto, una pareja de guardias le obligó á abandonar los soportales, á la vez que hacía lo propio con los golfos.

Aparentemente impávido, volvió á caminar, y eran ahora más firmes y más ligeros sus pasos, como si lo llevaran á lugar determinado. A lo último de la calle Mayor, pensé que alguna resolución fatal había florecido en su pensa-

miento. ¿Iría á arrojarse por el Viaducto? Temblé lleno de miedo, mas luego, calculando que podría evitarlo, sonreí tranquilo. Al llegar al final de la calle, torció á la derecha. Indudablemente había cambiado de pensamiento y de ruta. Acaso le faltaba el valor necesario. Pero ¿adónde iba? ¿A arrojarse al paso de algún tren? ¿Al Manzanares acaso?

Era preciso seguirle ya que mi curiosidad trocábase en custodia de su vida y sus pasos breves en zancadas. Y anda y anda, internóse por unas calles estrechas, hasta que llegó á la iglesia del convento de los Jesuítas. Aún era noche cerrada. Un amplio y cómodo banco proporcionóle asiento. Con la cabeza hundida en el pecho, permaneció algún tiempo, no sé cuanto; una hora, dos, tres. Un lego que andaba en puntillas, encendiendo lámparas y despabilando velas, se acercaba á él de vez en cuando, dándole palmaditas en los hombros, para que no durmiese.

Por fin se puso en pie, atravesó la nave y salió á la calle. Eran las ocho de la mañana. La vida de la urbe iba teniendo realidad, un poco remolona por ser domingo; sobre los tejados el sol tendía su luz radiante y sobre las aceras, los porteros sacudían sus guñapos y dejaban el polvo de sus cuchitriles.

Yo, como después de un sueño de pesadilla, caminaba detrás de mi hombre, contumaz, pre-

ocupado, lleno de impaciencia, dispuesto á hablarle, á hacerle mi amigo, á que juntos calentásemos nuestros estómagos con un café y una media tostada ; pero no me atreví. El bohemio, presuroso, cruzaba las calles con la cabeza levantada y el gesto altanero y la mirada despectiva.

Y llegamos á Recoletos. Franqueó la verja de la Biblioteca Nacional, subió las escaleras, entró, requirió de un portero una contraseña, recogió una papeleta, la cubrió pidiendo las «Odas de Anacreonte», y una vez que se las hubieron entregado, fuese á uno de los más apartados pupitres del salón, abrió al azar las páginas del libro y sobre la «Oda VI : *El banquete*», se echó á dormir, como pudiera hacerlo un varón denodado y repleto, satisfecho de la vida y desconocedor de las amarguras de que está aljofarada nuestra puerca existencia.

Sobre la tumba de Manon.

Allá en mi primera juventud fué *Manon Lescaut* una de las novelas que más hondamente llegaron á mi alma. De sus páginas parecía desprenderse la esencia del romanticismo y del candor.

Han pasado unos cuantos años, cerca de diez, acaso doce. Estos días he visto en todas las librerías la última edición de este famoso libro, una edición bien presentada, de un tamaño pequeño y simpático, con un dibujo en la cubierta bien hecho y bien impreso. No he resistido á la tentación de comprarlo. Con él me he ido á casa, y como si fuese para mí un libro desconocido, he pasado la noche leyéndolo, y á medida que he ido rasgando sus páginas, he ido rasgando el suave recuerdo que conservaba de los amores de Manon y el caballero de Grioux.

Hoy *Manon Lescaut* paréceme un libro frívolo, infantil, absurdo, muy francés, con ribetes de romanticismo y un intenso hábito de enfermiza pasión, que es lo que contamina todas sus páginas. El abate Prevost supo adobarlo

con novelescos lances y vergonzosos sacrificios. Puede decirse que el buen Prevost, si no un precursor, ha sido por lo menos un vidente que acertó á retratar algunas de las pequeñas «cosas» que son hoy la característica del banal y degenerado pueblo francés.

El caballero de Grioux resulta un perfecto insensato, que en el tumulto de sus inclinaciones contradictorias, ha perdido la voluntad, y, lo que es más sensible, la moralidad. El instinto aduéñase de él, con todo poder y sutileza, para quitar equilibrio á sus acciones.

Manon, en cambio, posee todas las gracias femeninas bien desarrolladas, una gran ecuanimidad y un caudal de risas y caricias propicias á las imprevistas y falsas ternuras. Manon es un bello juguete, todo variedad y todo movimiento. Por ver satisfecho un deseo cualquiera, un capricho insignificante, sacrifica á su dulce amante, que ¡desgraciado! siempre tiene para ella, en sus labios, en vez de condenaciones, palabras de perdón.

Como la diabólica duquesa de Scerni, los hombres, al mirarla, quedaban pensativos, y en los espíritus más obtusos ó más fatuos infundía una turbación, una inquietud, una aspiración indefinibles; el que tenía el corazón libre imaginaba, con un temblor sensual y profundo, el amor de aquella mujer; el que tenía una amante experimentaba un obscuro pesar,

soñando en una embriaguez desconocida y no satisfecha por su corazón ; el que llevaba dentro de sí la llaga de los celos ó de un engaño, abierta por otra mujer, sentía que ella podía muy bien curarla.

Era Manon amante y enemiga del ingenuo y almibarado caballero de Grioux ; su corazón pasaba del calor al frío, sin que sus palpitaciones sufrieran la menor alteración. Era el prototipo de la mujer liviana. El, el del hombre galante, que todo—honor, dignidad, gloria—lo sacrifica inútilmente y que claudica siempre con un gesto de honor necio y ridículo. Más claro : ni en él ni en ella encontramos la grandeza de alma que suelen atesorar los amantes que alcanzaron fama por haberse amado mucho.

Manon Lescaut y el caballero de Grioux son dos figuras que me resultan antipáticas, con las que el abate Prevost compuso una novela que obtuvo en su tiempo un éxito ruidoso, que aun hoy se lee y vende mucho y que yo he vuelto á repasar sólo porque de ello conservaba un agradable y amable recuerdo.

¿Por qué conservaba yo tan grato recuerdo de este libro? ¿Estoy equivocado hoy, al juzgarlo como lo juzgo, ó lo estaba antes al merecer que se prendiera á mi memoria su recuerdo?... No lo sé.

Después de leerlo me he quedado profundamente dormido, y al despertar á la mañana si-

guiente, vi tirado el ejemplar sobre el suelo de mi alcoba. Lo recogí, y pude observar que quedaban por abrir las últimas páginas, aquellas de las que tengo una clara idea, que son altamente románticas, aquellas en que se describe la muerte de Manon...

¡Pobre Manon...!

Yo, en vez de tejerle una corona de siemprevivas, le haría un espléndido ramo de esas flores sangrientas, venenosas y traidoras que se llaman adelfas, y al caballero de Grioux le ofrecería, haciendo una genuflexión gentil, una larga vara de azucenas...

UN DIA EN TOLEDO

ABURRIMIENTO

Huyendo del tedio que me domina en Madrid en estos días de estío, he venido á Toledo en busca de evocaciones de arte. Vine solo, dispuesto á pasar un día, dos, cuatro, y siento ya el deseo de tornar á la corte. Antes quiero llenar unas cuartillas y daros una impresión de esta imperial ciudad; la impresión mía, personalísima, que recogí la noche pasada, la primera que pasé en Toledo y una de las más bellas de mi vida.

Para ello ni acudiré á guías ni abrevaré en la Historia: que esto sería repetir cuanto mil veces se ha dicho acerca de este pueblo maravilloso, que nos habla más de España, de sus dominaciones, de arte y del cristianismo, que todos los textos escritos hasta la fecha.

Mi impresión será, como veréis, ligera y superficial; el recuento de unas horas, desde que descendí del tren hasta que vuelva á cogerlo para cruzar por un trozo de esta amarillenta y árida Castilla hacia la urbe.

Llegué á Toledo ayer por la mañana. El sol reverberaba en el Tajo, bañando de luz toda su espléndida vega. La imperial ciudad, gris y calcinada, allá en lo alto; las torres, más altas aún; el cielo, de un intenso azul cobalto, cobijando la ciudad y las torres; todo me sugirió el recuerdo de un día de mi vida que aquí llegué por vez primera, hace ya años, ávido de gozar de las bellezas que esto encierra.

Deciros que me encaminé por el paseo de Rosa, que crucé el puente de Alcántara, que subí la cuesta del Miradero; que, por fin, arribé con mis huesos en Zocodover, sería tanto como marcar el itinerario obligado, que todo el mundo conoce, de una excursión casi vulgar.

Pero he aquí que la mañana calurosa me llenó de indolencia. Todo me aburrió y me cansó; y ni la estupenda Catedral, ni el «Entierro del Conde de Orgaz», ni la Sinagoga del Tránsito, únicas maravillas que he vuelto á ver, arrancan á mis labios una exclamación. ¿Para qué, pues, poner aquí, en estas cuartillas, un adjetivo retumbante? Desde que he hojeado la «Guía de Toledo», del vizconde de Palazuelos, una guía que es como un monumento de piedra, fría, dura y pesada, Toledo tiene para mí el grave hermetismo de un arcano.

Me ha resultado la mañana una mañana deplorable; me he aburrido, me he cansado. Acaso esta noche—pensaba tratando de consolar-

me—, acaso esta noche, á la luz de la luna, recobre para mí esta invicta villa su soberbio encanto, su estupendo sabor, su prestigio glorioso y puro.

Y con esta esperanza, luego de almorzar, me recluí en el café de la plaza de Zocodover. El sol caía á plomo sobre ella. Era la ingrata hora de la siesta y la antipática en que los parroquianos del establecimiento juegan con más ardor al absurdo juego del dominó.

Dedico la tarde á escribir postales y á beber cerveza. Esto de la cerveza y las postales es una cosa muy amena, aunque bastante vulgar. Pero para quien como yo se halla solo y aburrido, tienen las postales la virtud de refrescar el recuerdo de los amigos, ya que la cerveza posee la de hacer lo propio con el estómago.

Por fin, llega la noche. Os juro que la he esperado con ansia. Salgo del café y recorro algunas calles, haciendo tiempo. Este parece deslizarse aquí con más lentitud; los minutos son largos; las horas, interminables. Hasta la luz, en lucha con las sombras, parece quedar tremeluciendo en las cúpulas y en los tejados. Los viejos edificios y las erguidas torres parecen tener una vida sensible cuando los últimos rayos del sol, dorados y pálidos, van dejando de lucir y se acerca la noche.

Mi «cicerone» la luna.

¡Noche de verano, clara y serena, evocadora y pálida! De ti guardaré siempre un recuerdo memorable, como se guarda una estampa de la madre querida, una rosa deshojada de una novia muerta, unos cabellos de un hijo malogrado. ¡Noche mística y pagana! Bendita seas.

A medida que se fueron encendiendo los faroles municipales de la ciudad, fué iluminándose mi alma, haciendo huir el tedio que me dominó todo el día; cuantas más estrellas iban apareciendo en la bóveda del cielo, más clara emoción de arte se adueñaba de mi espíritu. Este, tan tornadizo estos días, tan absurdamente desigual, iba encontrando el remanso de su quietud dentro de esta arcilla que le sirve de fanal y que hemos dado en llamar cuerpo...

Han sonado las doce y me dispongo á recorrer Toledo. La luna, mansa y azulínea, es mi «cicerone». Más discreto y más misterioso no lo hay. El enseña sin decir nada; borda con su luz una crestería ó deja en sombra un ábside ó un capitel; hace más grotescas las gárgolas, ó da movimiento á la túnica de un santo, ó baña de plata una pared, ó envuelve en misterio un rosetón ó un arco ó una cornisa. Con guía tal comienzo á recorrer las viejas calles de la imperial ciudad, y á veces parece que-

rer asomar á mis labios una palabra de elogio, de gratitud, de amor. Cuando la veo rielar en el Tajo, paréceme coqueta ; cuando ilumina una reja, antójaseme veleidosa como un amator ; cuanto platea una cruz, triste como un ajusticiado ; cuando tras una arboleda, burlona esquiva, polichinesca ; mas siempre, como mujer que es, digna de un donaire ó de un madrigal, de una sonrisa y de un beso.

Mis pisadas resuenan en las baldosas, cautas y tenues. Andando, llego ante San Juan de los Reyes ; y sentado en un porche, mientras evoco cuanto me sugiere la fachada del maravilloso templo, en donde el arte derramó todas sus mieles, y percibo por instantes el apagado rumor del Tajo, que se desliza allá abajo entre peñascos, buscando las suaves riberas que Garcilaso cantó.

De nuevo vuelvo á la ventura, y tan pronto me extasio ante la inmensa mole del Alcázar, como ante la Sinagoga, el Palacio de Galiana ó el de Villena y ya casi cansado, llego ante «la Posada de la Sangre», que me hace recordar á Cervantes. Aquí me detengo largo tiempo ; intento leer la lápida de mármol blanco que hay sobre la puerta, y sólo consigo descifrar varias palabras : «La ilustre fregona», «Miguel de Cervantes Saavedra», «recuerdo», «gratitud», «en 1872 aniversario CCLVI de su muerte». Como evocados por un conjuro, creo ver

desfilan ante el portalón de esta posada á Carriazo y Avendaño, personajes de la novela que aquí Cervantes escribió. No sólo á estos personajes se evoca, sino á muchos tipos por él inmortalizados, y otros á quienes dió tal prestigio la pluma de Quevedo y de Hurtado de Mendoza.

Doy fin á mi andanza, bien saturado de vocaciones y de arte. La luna, mi «cicerón» y compañero toda la noche, se ha ocultado. Un gallo canta en un corral, otro le contesta.

Tras los Cigarrales comienza á clarear. Me encamino al hotel, temeroso de que la aurora deshaga el encanto de las sombras. En una calle estrecha, ante el portal de un horno, en cuyo interior canta un grillo, hay un carro parado, del que descargan unos hombres recios retama olorosa. Una codorniz «paspollea» en un balcón; un sereno duerme en el quicio de una puerta; y sobre el tejado de una casa infanzona, la erguida silueta de la torre de la Catedral se marca austera y muda, como un centinela de la tradición y de la fe.

Sol de Castilla.

He dormido unas horas. Me he dado un baño de agua, después del afridisiaco de arte que me confortó la noche anterior.

Me dispongo á tornar á Madrid. Antes, sin

temor á este buen sol de Castilla, quise recorrer un trozo de la vega toledana, donde el Tajo, silencioso y augusto, camina hacia Portugal en busca del mar. Todo es luz y color en el ambiente y cantos en las frondas, donde los pájaros, como si se creyeran en primavera, entonan sus más alegres gorjeos.

El sol quema implacable, hiere con sus rayos, ciega con su intensa luz. La tierra, como adormecida bajo su calor fecundante, parece ses-tear. A lo lejos, desviados de la vega, los campos pardos y pelados muestran su planicie amarillenta, donde el trigo se irguió en los meses de Junio y Julio ; más lejos, unos montes azulados deshacen la armonía de la llanura, bañada por el oro rubio del sol.

Encuentro una venta ; penetro en ella, pido un refresco, saco mis cuartillas y... allí os ofrezco lo que en ellas he escrito, si es que habéis tenido paciencia de llegar al final de esta crónica ligera y superficial, hecha en una buena mañana de sol, recordando lo que he visto en maravillosa noche de luna...

Las verbenas y el «tío vivo»,

A falta de otras distracciones y á falta de calor, abundan las verbenas. La alegría se derrocha en ellas con abundancia, y el vino y la cerveza y la horchata se prodigan sin llegar á la borrachera, al desbordamiento ó al empacho. Se baila y se canta, se sufren apreturas, se rifan bagatelas, hay cinematógrafos al aire libre, ruadas, conciertos y... mantones de Manila sobre cuerpos estupendos de manolas.

Pero hay algo más : una enfermedad de esos artefactos absurdos y giratorios que se llaman «tíos vivos» ; como que nos hallamos en pleno delirio de verbenas y en plena apoteosis del «tío vivo».

No hay feria ó fiesta donde no haya más de una docena de ellos, dando vueltas sin cesar, repletos de gente que ríe y que chilla dominada por el vértigo de la velocidad.

El «tío vivo» era en nuestra infancia una distracción para niños. Entonces eran toscos, incómodos, diminutos, alumbrados por un candil. Hoy vienen á ser un regodeo para personas mayores. Los hay espléndidos, grandes, radian-

tes, cuajados de bombillas eléctricas, llenos de espejos y de barras doradas. Significan un capital, y hasta son una muestra del progreso. Antes giraban para encanto de criaturas; hoy dan vueltas para aturdir á personas mayores; nacidos para hacer felices á los niños, va á terminar por ser juguete de personas sesudas.

Yo lo detesto cordialmente. Es un «tío» que ya desde pequeño desprecié con toda mi alma. Sólo una vez subí á él y á las dos vueltas mandé parar á gritos, cogido fuertemente al toscó caballejo de madera donde precisaba cabalgar. Así que, cuando tropiezo con uno, me acuerdo de aquel instante en que nació mi inquina, y se aviva ésta al sentir mareos sólo de verle girar. Pero mi odio hacia el «tío vivo» es mayor, infinitamente mayor desde ayer. Yo los mandaría quemar todos.

Este afán de destruirlos nació en mí una noche. Fué en la verbena de San Cayetano, que los hijos de los barrios bajos de este alegre y simpático Madrid celebran con esplendidez, ante una muchedumbre abigarrada y alegre, entre el olor del aceite de los churros y el sonar de campanillas y la estridencia de los pitos y las voces de un hombre que invitaba á pasar al interior de una barraca, donde se exhibía á una niña que tiene dos cabezas, cuatro pies y cuatro manos.

Los «tíos vivos», destacando sobre todo, gi-

raban luminosos, brillantes, ligeros. Me detuve delante de uno, en el momento que terminaba de dar vueltas. Los hombres, que mediante el pago de diez céntimos habían sido grotescos jinetes en arrogantes caballos, descendían dejando paso á otros que los asaltaban llenos de avidez. Las mujeres descendían de las calesas un poco mareadas, recogiendo los pliegues de sus faldas con cierto recato y coquetería. Otras mujeres subían chillando y riendo. Entre ellas había una hermosísima, esbelta, joven, bien vestida y bien calzada. ¡Diablos, qué mujer! No sólo yo, sino todos los que estaban conmigo y las gentes que se hallaban alrededor se dedicaron á admirarla.

Sentada estaba sobre el lomo de un caballo; y era tan graciosa su figura que no bien comenzó á girar el artefacto, de cien bocas salieron otros tantos requiebros, hasta que se perdió en la curva. Volvió á aparecer y tornaron los chicoleos. Iba erguida y sonriente, agarrada á una barra de metal. Pero ¡oh, San Cayetano bendito! No sé lo que pudo ocurrirle, que á la tercera vuelta la vi con la cabeza echada hacia atrás y las faldas levantadas flameando aire cálido de la verbena, gritando desesperada, cogida con ambas manos al corcel.

El público todo reía y chillaba lleno de regocijo, y el «tío vivo», girando veloz, iba mostrando á la pobre muchacha, que, azorada, en

vez de tapar sus desnudeces, las mostraba más.

Invadida por la vergüenza, el ruido, el terror, pedía á gritos que parasen. Pero era imposible, por lo visto; y vencida, con los ojos cerrados, terminó por callar y dejarse ir. Las manos no la servían para tapar su pudor; únicamente, para sujetarse y no caer. Podía más en ella el afán de no morir destrozada, que el de ocultar sus encantos.

Y paró el «tío vivo» y finalizó el sainete, que estuvo á dos pasos de la tragedia. El público seguía riendo. Unos cuantos salvajes insistieron en sus burlas y tornaron al requiebro. A mí me entraron ganas de comenzar á mandobles; pero como conozco y vivo en el ambiente de grosería que nos invade, les perdoné la existencia...

A la puerta de la barraca, el hombre de antes seguía invitando al público que discurría entre olor de aceite quemado y estridencia de pitos á ver á la niña de las dos cabezas, de las cuatro manos y de los cuatro pies.

La verbena, en su apogeo, era un hervidero. Todo era alegría.

Los flecos de un mantón se prendieron en mi manga, y en tanto yo y su dueña—una maja garbosa y castiza—nos entretuvimos en desprenderlos, el «tío vivo» volvió á dar vueltas, enloqueciendo en su voráGINE á los que á él subieran, gente que ama las verbenas y en ellas encuentra colmado su regocijo y sus alegrías.

Un pulmón infiel.

Tengo el gusto de presentar á un amigo mío. A usted, lector, le parecerá insólito que yo, sin más ni más, le presente á un amigo mío ; pero yo quiero justificar con mi proceder, mejor dicho, con mi galantería, los breves momentos que voy á pasar hablando de mi amigo. Haga usted, pues, un pequeño esfuerzo de imaginación y figúrese que acaba de estrecharle las manos. Se trata de un caballero.

Su nombre no hace al caso. Es joven, alto, bien parecido, posee un tipo inglés y aristocrático y una melena blanca que le cae sobre el cuello desde el mismo punto donde termina su reluciente calva. Es propietario de un perro inteligentísimo y dueño de una saneada renta.

Yo le conocí este verano en una playa del Norte ; y á los pocos instantes de ponernos á charlar, nos hemos hecho grandes amigos ; á la vez me iba convenciendo de que me hallaba ante un interesante sujeto, tan digno de una crónica como de un tríptico de sonetos. Desde entonces lo he recordado infinidad de veces.

Este hombre, ciertamente admirable, ni escribe ni hace versos; dedica sus ratos de ocio, que son todos los del día y de la noche, á ser grato á sus amigos. Ama toda clase de *sports* y le apetece frecuentemente hacer largos viajes. Por las tardes, allá en la ciudad donde reside y donde yo le conocí, suele dedicarse á la pesca del calamar ó á las contiendas de gallos, para las que posee más de media docena de caudillos de erguida cresta que siempre salen vencedores. Por las mañanas duerme plácidamente hasta las doce, y por las noches su claro intelecto y su diáfano optimismo le arrastran poderosamente hacia la bagatela y hacia el chiste. Yo os aseguro que es un ser feliz, dotado de una abundante filosofía, que no siendo muy profundo que digamos, invade á su espíritu del regalo bendito de sus mercedes, que le hace cruzar por la vida con una sonrisa y con un donaire en los labios.

Hace varios días que se halla en Madrid, adonde vino para asistir á las sesiones del Congreso de turismo. Ayer le he encontrado y sentí que mi corazón se ensanchaba. Y es que cuando estoy á su lado mi pesimismo desaparece como si se espantara al conjuro de uno de los retruécanos ó colmos de este hombre insigne. Yo quiero perpetuar mi gratitud hacia él en letras de molde. Yo, á ser posible, sin asomo de ironía, deseo hacer su elogio, inmortalizarle.

Su perro y él—un magnífico perro escocés

coelley, obediente y culto, que domina tres idiomas y conoce los refinamientos y los encantos de una vida de holgura—forman una pareja llena de gracia y de aristocracia. El, tipo perfecto de caballero, un poco espigado y un mucho activo, no podría aparecer, si un gran pintor alcanzase la honra de retrasarlo, sin su *Cocott*—que éste es el nombre del perro—y sin su sombrero de alas amplias y flexibles. *Cocott* no pudo encontrar mejor amo, dicho sea desde el muy socorrido punto de vista estético.

El amo de *Cocott* es tan bohemio como pulcro, tan desordenado como correcto. Ha viajado por las cinco partes del mundo. Conoce los más ignorados países y las más extrañas costumbres.

En una ocasión, según me contaba este verano, se vió precisado á ir á Suiza, á un Sanatorio que se alza en una ingente montaña salpicada de nieve y rodeada de pinos, con el inevitable lago al fondo.

Naturalmente, mi amigo iba allí en busca de salud y á Dios gracias logró encontrarla. Su dolencia era de bastante gravedad y la brisa balsámica de los pinos le devolvieron á su primitivo estado, al estado en que hoy, afortunadamente, se halla.

Sin embargo, á este hombre le ocurrió una cosa verdaderamente trágica en la montaña suiza. De allí trajo su *Cocott* y allí ha dejado,

contra su voluntad, algo que hasta anoche yo creía era imprescindible para la vida.

El día que me lo dijo, no quiso ser más explícito conmigo.

—Allí me dejé algo que es muy importante, importantísimo... Pero, ya ve usted : no lo echo de menos y estoy muy bien.

Yo os confieso sinceramente no me atreví á preguntarle qué se había dejado allá en el Sanatorio, donde, al decir de él, encontrara la salud perdida.

—¿Qué será, cielo estrellado?—me dije á solas, lleno de preocupación durante unos días. Os juro que llegó á sacarme el sueño semejante cosa, hasta que me ausenté de aquella ciudad, y fuí olvidándome poco á poco de todo ello.

Mas ayer, al ver de nuevo á mi amigo, me asaltó el recuerdo y la curiosidad.

—¿Qué se habrá dejado este hombre en Suiza? ¿Qué órgano será?—me preguntaba. Un revuelto lago de ideas confusas me invadía.

El enigma seguía alzándose ante mí. Yo no me atrevía á preguntarle qué era lo que en su ruda contienda con la salud se había dejado en Suiza.

Dedicamos parte de la noche á visitar teatros y cafés. Mi amigo hizo algunos chistes, que yo tuve la galantería de reir. Cuando á última hora salimos del *Lyon d'or*, la noche tranquila y la

calle de Alcalá casi desierta convidaba á pasear. Mi amigo, con la mayor naturalidad, comenzó á contarme que allá en Suiza se dejó una de sus vísceras más importantes, órgano principal de la respiración, el pulmón derecho.

—¿Pero es verdad?—le pregunté aterrado.

Tosió con fuerza, sonrió ufano, miróme triunfante y dijo :

—¡ Ya lo creo que es verdad ! Pero ya ve usted qué bien estoy... No lo echo de menos.

Cocott, pegado á su amo, sumiso, fiel y cariñoso, caminando medio adormilado, me pareció en aquel instante más que un amigo, un indispensable elemento de vida para él, un órgano adicto, digno de toda clase de respetos, más aún, mucho más que aquel fementido é infiel pulmón que fué cobijado por un tórax fuerte que lo vió huir sin pena ni gloria, allá en lo alto de una montaña, bajo la custodia de un Sanatorio.

Al despedirme de mi amigo, cuya presentación he hecho á usted, lector, para contarle algo de su vida, quedéme tranquilo, y yo le hubiera felicitado con toda efusión, si no temiese molestarle al hacerle ver que estuve en un error al suponerle, á él, todo un hombre, víctima de una perfidia cruel de la naturaleza.

Elogio de las rocas.

Así como el mar, cuando respira lento y sumiso, tiene para las rocas suaves caricias, así yo, cuando las turbulencias de mi espíritu me dejan tranquilo, tengo para ellas recuerdos gratos que me evocan instantes felices.

Hoy, cerca de las orillas del Cantábrico, quiero hacer su elogio, ya que parecen enviarme, por los invisibles hilos que hacia ellas tiende mi imaginación, su salobre perfume.

¡Las rocas! He aquí las eternas maldecidas, las negras y mudas murallas del mar, en el que éste bate para deshacerse en espuma y en las que choca el frágil leño y el fuerte barco, arrastrado traidoramente por las olas ó las corrientes. Un odio añejo las cubre con un cendal gris por sobre las algas que les dan verdor. Odio injusto y milenario que no llega á su entraña, porque es dura; que no pasa de sus resquicios, porque son sinuosos, y que no horada su base, porque es profunda.

Ellas son valladar á los ímpetus del mar bravo. Un día y otro, una noche y otra noche, dé-

cadras y siglos, saben contener el empuje del agua cuando respira frenética y salvaje. Un día y otro día saben esperar la vieja y ordenada parsimonia de las mareas; y lo mismo recogen las algas que son guarida de moluscos, y alminar de gaviotas y escondite de sirenas. Cuando el mar las cubre, no son ellas las que rompen las quillas, sino el agua turbia, que oculta el peligro de sus duras y tajantes paredes.

A las rocas va el mar en busca de broncos sonidos, y entre ellas es donde entona su más trágica canción. Las rocas, como bélicas arpas, necesitan que el mar, guerrero casi siempre, pulse sus cuerdas pétreas. Si el mar no las pulsa, permanecen mudas, silenciosas, como monstruos adormecidos. Son tan sumisas, que lo mismo entre ellas florecen crenchas de exóticas plantas, que á su alrededor la tradición forja sus más bellas y medrosas consejas.

La galerna, siempre rodeada de episodios trágicos, como los que acaban de llenar de luto á innumerables hogares de estas costas, se olvida ante la diafanidad engañadora del mar, este bello mar Cantábrico, rudo un momento, con fiereza de monstruo y acometividad de gigante, que engaña y mata, que no anuncia su terrible hervor de una hora, pero que deja para siempre el recuerdo de su brutalidad. La galerna pasa, se olvida, hasta que otra viene á repetir las hazañas de las anteriores. Y es que el mar, cuan-

to más fiero, más bello se nos muestra y más nos sugestionan; no es amigo del hombre. En cambio, las rocas, mudas, negras, duras, con su apariencia trágica, lo son.

Yo las quiero profundamente, y si en mí estuviera el dotarlas de la luz de San Telmo, sobre cada acantilado la haría lucir para que guiase á los navegantes perdidos por la niebla ó arrastrados por el temporal. Mas bien sé que el viento huracanado de la galerna iría apagando una á una, y las rocas seguirían siendo las eternas traidoras donde chocea lo que zozobra.

Ellas riman siempre con el mar. Si el mar se siente bárbaro, impertérritas aguantan sus acometidas, dejándose bañar de espuma. Si el mar es manso, mansas se muestran, gustando de sus caricias.

Así también la mitología costera, pavorosa y druídica, bien distinta de la de las montañas y los valles, ha ido á guardar entre las rocas á sus dioses y á sus héroes, que, cuando hacen su aparición, no buscan la tierra, sino que se internan mar adentro y son, ya bien un rebaño de cabras nadadoras, en cuyos cuernos lucen dos velas encendidas para engañar por la noche á los navegantes, ó un monstruo fosforescente que con un aletazo hace zozobrar el más inmenso navío que cruza por la costa repleto de riquezas.

La leyenda de las rocas ha sido siempre trá-

gica. No sé por qué el sello de la muerte está entre ellas, y, sin embargo, de su obscura masa asciende una dulzura misteriosa y humana, casi una paz religiosa. Dan al alma un sentimiento de reposo grave y suave. Son guarida de carcomas, y nos proporcionan reposo, si de él precisamos, al cruzar las costas donde Dios supo ir colocándolas sabiamente.

Sentado sobre ellas no hace muchas horas, yo he sentido pasar dulcemente el tiempo, porque una secreta correspondencia, una afinidad misteriosa entre el alma y el paisaje, nos hace olvidar las ponzoñas que nos rodean.

Las rocas son nuestras hermanas, alimentan nuestro panteísmo. Muchas veces, allá en mis costas natales, al volver la vista atrás, después de contemplar largo rato el mar, he descubierto sobre un montón de ellas una cruz, que indicaba que allí apareció el cadáver de un naufrago, al que el mar arrebató la vida. Y el mar no le dió reposo hasta que las rocas le acogieron amorosamente, como acoge sus falsas lágrimas después de que la tragedia le deja exhausto y adormecido, broando plañidero, como pesaroso de su barbarie ancestral.

Retorno.

He vuelto á la corte después de mes y medio de ausencia y he tornado convencido de que cuando se busca reposo y tranquilidad, el reposo y la tranquilidad no se encuentran, y no vale que las busquemos, si estamos en desgracia de no encontrarles, en la paz de una aldea, en la oquedad de una montaña ó en las orillas de un mar tranquilo. Es inútil si nuestro espíritu alterado nos hunde en la vorágine de mil pensamientos é ideas encontradas y si nuestro organismo enfermo se quiebra un día, inesperadamente, con peligro de desgajarse como una arcilla ruin.

Sucede casi siempre, ¿por qué será? Cuantas más ilusiones se ponen en aquello que anhelamos, más se aleja de nosotros la realidad y lentamente vamos desflorando los sueños que nos hicieron felices, hasta que, por último, la esperanza secreta de lograr un regalo al cuerpo y al espíritu tan leve como el perfume de una rosa, conviértese en una desilusión plena.

Un accidente imprevisto, el recrudecimiento de una insignificante afección, un atávico re-

troceso, nos hace enfermar á lo mejor ; y allí donde creíamos topar salud y fortaleza, tropezamos con la abstinencia y el reposo, un reposo obligado, lleno de rigor, preciso, un reposo que tiene tanto de arbitrario y de inoportuno como un chubasco sobre un campo en día de fiesta ó un pedrisco sobre un pomar en flor.

Tal acontecióme á mí, y semejante accidente de un veraneo hame puesto en trance de desesperarme por instantes, y ahora quiero, al motivar esta crónica, que lleve á ella, no la amargura del pesimismo, sino la risueña mueca del que, libre de las asechanzas que le cercaron, sonrío á la vida lleno de optimismo, lejos del peligro y dispuesto á alejarse de él más y más.

Porque ya de retorno, reintegrado á mi hogar, á mi cuarto de estudio, y sobre todo á la compañía de mis libros, amigos siempre abiertos sobre el abismo de lo ignorado y de lo eterno, confidentes y compañeros que en nuestras horas de disgusto, de impaciencia y de desaliento nos devuelven en sus páginas nuestras propias exaltaciones, y que, como aquellos de Guayán, nos ofrecen bondades y fuerzas generosas haciendo más grande y elevada nuestra alma ; ya de retorno, repito, no sé si deciros que un chubasco aguó mi fiesta ó que un bello tiempo llevó su bondad, su fragancia y su sol hasta mi lecho de enfermo, desde donde divisaba una campiña verde y suave, frontera al mar.

El caso fué que aquellas ilusiones fueron desflorándose en pleno campo, donde esperaba verlas en eclosión triunfante. De tal flor, erguida en mi pensamiento, ni el cáliz quedó.

Un día, la caída de un caballo me produjo una herida en un brazo que me imposibilitó para todo ejercicio y para poner mano á varios trabajos que en el reposo de la aldea, avariciosamente, pensaba concluir. Luego un contratiempo me hunde en el lecho, en una absoluta quietud, y un cinturón de prohibiciones me cerca. Ni fumar, ni beber, ni amar... Mucho aire, aire puro, aire sano, fosfato tricálcico y carbonato de cal.

Os confieso que el campo con todos sus encantos, con sus bellezas perennes, con su verdor lleno de gracias, adquirió entonces á mis ojos tonos de una profunda melancolía que parecen aún ensombrecer mi alma. La aldea amada, que otros años habíane recibido amorosa, con los brazos abiertos, recibíome éste con un gesto adusto.

El médico me dijo muy serio :

—Este clima no le sienta. Váyase usted de aquí.

Sus palabras frías y punzantes resonaron huecas en mi corazón.

—¿Su voz amiga, doblemente amiga porque es voz de ciencia y de amistad, me arroja de mi tierra?—me dije—. Su mandato es consejo

sano y lleno de desinterés ; tengo que acatar el mandato y agradecerlo, y tengo que mirar su odio para la tierra, que es la que arroja. Ni un asomo de *vendetts* debe alzarse en mi alma hacia este rincón.

.....

Y héteme en Madrid, con el semblante risueño por haber huído como un rebeco, de la bulliciosa trailla de podencos que quiso acorralarme, recordando, con una sonrisa en los labios y sin pánico, las palabras del médico : «Váyase usted de aquí», dispuesto á trabajar, á ir vertiendo poco á poco en una prosa que bien quisiera fuese preciosa y perfecta todas las mieles que encierra la amargura y todos los acíbares del dulzor ; dispuesto á hacer paradojas y cabriolas con las ideas, dispuesto á sonreír irónicamente, á verter una lágrima fingida sobre el monótono dolor del vivir, á buscar la aguda sensación que precisan mis nervios y á adormecerme bajo el influjo de una bella emoción.

Mas, sobre todo esto, bien sé que se alzaré el recuerdo de los días de estío pasados en la aldea, y evocaré las claras mañanas otoñales de mi quietud, cuando postrado en el lecho veía las blanquísimas cortinas de la ventana que ondeaban suavemente, los polvorientos evónimos del jardín, los grandes álamos del camino, y á lo lejos la cadena de altas montañas que parecían avanzar hacia mí, todo ondulante y

suave bajo un cielo divino por su palidez, y mostrándose envuelto en un inefable perfume y entre un invisible vapor de mirra...

Pero por sobre estas evocaciones quedará sobresaliendo una. La visión roja de unos coágulos de sangre...

Y entonces seguro estoy de que echaré una nueva llave al candado de prohibiciones que aún me cerca, para poder volver sin peligro á la nativa aldea para oír del médico amigo otras palabras menos amargas que aquellas punzantes y frías que resonaron huecas en mi corazón.

Vida de pueblo.

La tierra.

He venido á un pueblo de esta ancha y noble Castilla para pasar en él un mes, dos ó el invierno acaso. Si disgusto tuve al decidirme, obedeciendo mandatos médicos, agrado experimento ahora que, instalado ya, rodeado de mis libros favoritos, de campo, de arboledas y de muy sanas costumbres, ni echo de menos la vida de la urbe, ni temo entristecerme ante la fría mueca de la cercana sierra.

He alquilado á una buena mujer unas habitaciones de su casa, una casa de planta baja, limpia, amplia y bien aireada; he traído conmigo á un criado, que me cuida y guisa, y heme aquí, encantado de la vida, dispuesto á leer á Horacio y Virgilio á la sombra de las encinas y á tumbarme, en pleno campo, cara al sol.

Mi pluma, perezosa largos meses, no quiere holgar ahora; parece como si una extraña inquietud, buscando el medio de expresar mis emociones y mis pensamientos, la moviese, y

desde que anochece, recluso en una agradable estancia, llena de estampas, de flores de papel y de figuras de santo, donde hay una cómoda, sobre la que luce un fanal que cobija á un Niño Jesús; en esta habitación, digo, que tiene en las puertas unas cortinas blancas, y un sofá con el asiento de paja, y una mesa camilla, y un cuadro de cañamazo, y unas ventanas con reja, hasta que la prescripción lo ordena, escribo largo y tendido, y en ella, lector, iré urdiendo estas crónicas otoñales que quiero reflejen el manso vivir de un pueblo castellano, tan saludable al espíritu como benéfico para el cuerpo enfermo.

Aquí, aparentemente, lejos de todo, más aún por recluirme en mí mismo que por estarlo de verdad, siento por instantes el vago anhelo de internarme en la oquedad del monte ó en lo más fragoso de la sierra. Hay momentos en que este deseo es como un sentimiento de bondad difundido por la paz y el encanto del campo, que, inundado de luz y de aire y de una especie de ebriedad difundida por los terrenos en vendimia, tiene una sonrisa que atrae.

Luego, este buen sol de otoño, que luce espléndido, haciendo espléndidos los días; la sierra, limpia de nieve y de brumas; los árboles reteniendo sus hojas secas, que esperan el vendaval para revolotear por los suelos, hacen que, bendiciendo este manso «estío de Santa Tere-

sa», demos la espalda á las elegías, caminando por senderos en sombra y á través de campos ya arados.

La tierra, removida y llena de potencia, satisfecha de su alta misión y de su sabia parsimonia, á través de la que va dando sus frutos, preñada de nuevo, se esponja al sol, mostrando las rozas que humean y los largos surcos por sobre los que, allá para la primavera y el estío, se extenderá una sábana de oro rubio. La tierra, buena como el pan que nos da, mansa como los bueyes que la aran, jugosa, blanda y esclava, es el ejemplo vivo y latente de que la vida anidó en ella con fuertes raíces. La tierra es inmortal y es perfecta, y á ella estamos unidos nosotros, que bien debiéramos holgarnos de nuestra finalidad sobre sus terrones, si fuese sabio y ordenado nuestro vivir. Mas como así no es, á la tierra venimos para que nos devuelva la salud, si antes no nos llama para acogernos en sus fértiles entrañas.

Por la margen del río.

El río que cruza por este pueblo es un río misérrimo, aunque su cauce no deja de ser ancho; no lleva casi agua, y á ésta apenas la mueve la corriente. Es fácil, pues, de caminar por sus márgenes y aun de atravesar su lecho, lleno de regatos, de arena y de juncias.

Esta mañana he dado un largo paseo por sus fértiles orillas, donde los chopos, cubiertos de hojas tostadas, próximas á volar, se alzan como pendones de oro. A lo largo de ambas riberas, y al perderse de vista el río, los chopos, con su subido color limón, destacando por entre el obscuro verdor del bosque de encinas, nos indican el cauce por donde viene la sorda lima de agua que baja de la sierra. Esta, al fondo, azul y arrogante, destaca sobre unas nubes blancas que asoman á su espalda.

La mañana, una bella mañana transparente de otoño, con un sol que lo alegra todo, parece talmente la de un día de primavera. Las urracas pavonean su larga cola en las ramas de los álamos; las perdices comen confiadas en los sembrados; los jilgueros cantan en las orillas del río; un zagalón da al aire una alegre tonada...

De pronto, todos estos gratos sonidos los acalla el estampido de un tiro, al mismo tiempo que veo salir de entre unas matas á un hombre blandiendo una escopeta, que se agacha, que mira receloso á su alrededor, que vuelve á andar con cautela, como un zorro.

Es un hombre como de unos cuarenta años, alto y fornido, con un traje de pana y una gorra azul. La escopeta la lleva atada con cordales, y por un agujero del morral asoman unas plumas de perdiz. Al verme, anda unos pasos

casi á rastras, recoge del suelo un conejo recién muerto, se desvía de mí á grandes zancadas, volviendo con frecuencia la cabeza, y, por último, se pierde tras un cerro.

Ante la huida de este hombre, yo me quedo un poco perplejo, no acertando á comprender por qué un cazador furtivo huye de un pacífico y prudente ciudadano.

Sigo caminando á orillas del río. Las nubes que asomaban tras la sierra, ruedan ahora por ella abajo. Parecen querer ocultarla.

Por el mismo camino que yo sigo, en dirección contraria á la mía, viene un fraile. Es capuchino, y dicho se está que su hábito es pardo y su cordón blanco, y que usa unas luengas barbas, y que trae la cabeza descubierta. Su silueta, bajo la arboleda y bajo la luz del sol, es agradable y es bella. Mas, de pronto, me ve y, hundiendo la barba en el pecho, cruzando los brazos y bajando la vista, acelera el paso y se desvía del camino por no encontrarse conmigo.

El río se desliza por entre sus cretáceas riberas silencioso y humilde.

Cuando, ya de vuelta, torno á desandar lo andado, tengo un último encuentro. Topo con un mendigo, que, al divisarme, viene hacia mí, con la mano extendida y la mirada suplicante.

—¡ Hermano, una limosna por Dios !

Le alargo unas monedas y sigo andando.

El mendigo se tumba á la sombra de un álamo...

Así que llegué al pueblo, me metí en casa y me puse un rato á cavilar en los tres encuentros que tuve por la margen del río : en el cazador, en el fraile y en el mendigo.

De los tres, el único agradable á mi recuerdo era el mendigo.

Me había mirado con humildad, y para pedirme había empleado unas palabras cristianas : me había llamado Hermano.

Vida de pueblo.

Las encinas.

Primero en libros de rancias hojas y añejas sentencias, y luego por cuanto de ellas oí á viejos y viejas fadas de mi tierra, he ido profesando desde mi infancia un filial cariño hacia la encina, este árbol fuerte, sano y vigoroso, que tiene una larga vida y una opulenta copa y un verdor perenne, y que proyecta una sombra grata y familiar. Este cariño mío, casi apagado largo tiempo, ha vuelto á encenderse en mi alma á la vista de los encinares con que El Pardo se arrodea. Las encinas son tantas que, á cualquier lado que miremos, hemos de encontrarnos con sus recios cuerpos y con el palio de su follaje negruzco.

Todas son ancianas, y juraría que tienen las mismas décadas y que éstas pasan de diez, y acaso lleguen á veinte.

Algunas se inclinan vencidas, mostrando el tronco carcomido y las ramas desnudas. Otras, arrogantes, altivas, lozanas, ostentan la silvestre gravedad de aquellos robles de las leyendas de la vetusta Armórica.

Al pie de las encinas, la Mitología se escondió largos años, como los héroes de los poemas y de los idilios. A su sombra, Urganda y Viviana, recordando á Medea y Calipso, forjaron sus fábulas, y Reynaldos y Roldán, como nuevos Hércules, sus ficciones caballerescas de romance. El encantado yelmo de Mambrino y la armadura de Argalía aparecen mil veces pendientes de las ramas. El Druída, el sacerdote de Moloch, el de Teutates y el hijo de Odín celebran sus ritos bajo de ellas. A su sombra, propicia para los areópagos, deben leerse únicamente poemas de Orfeo y versos de Ossián...

Mas he aquí, ¡oh, poesía!, ¡oh, tiempos!, que en derredor de este árbol venerable por su tradición, por su noble aspecto y por su recia contextura, no hay idilios ni encantamientos; no suena la cornamusa de los clásicos gaiteros, ni en sus troncos se guarecen los follones y pérfidos gigantes; no pasan los caballeros nobles, generosos defensores de doncellas, ni de entre sus raíces parten cavernas misteriosas á cuyo fin estén los palacios esplendorosos de Alcina, por donde Amadis, Tristanes ó Durandartes paseen.

... A la sombra de las encinas, hoy, si acaso, una pareja consume una frugal merienda; una señora hace crochet ó un pacífico ciudadano lee las incidencias y los horrores de una guerra,

en la que unos pueblos se destruyen con mucha civilización, por civilizarse...

«Don Claudio.»

La señora de la casa donde vivo es una mujer soltera que ya pasa de los cincuenta, y como vive sola y le falta un ojo, y no espera recuperarlo ni casarse, ha puesto todo su cariño en un perro, que de «un frío» se quedó baldado; en una docena de gallinas, en un espléndido gato y, sobre todo, en un chovo, más negro y más agudo que un sopista de Salamanca. A este pajarraco le llama «Claudio» su dueña, y no os miento si agrego que, en efecto, sin que se explique el por qué, tiene cara de Claudio.

«Don Claudio»—yo quiero darle este tratamiento—lleva las alas recortadas; han comedido con él esta villanía cuando era una criatura. El pico y las uñas los gasta largos, muy largos; son pico y uñas de ladrón. Por la noche duerme debajo de un arca que la señora de la casa tiene en su alcoba, y allí, no me cabe duda, guarda «Don Claudio» el producto de sus rapiñas.

«Don Claudio», pues, tiene un cercano parentesco con la urraca.

Sin cesar anda durante el día toda la casa: se sube á las sillas, á la cómoda, á las camas, á la piedra del hogar. Todo lo huele, todo lo husmea, todo lo recorre á saltitos. Después de mediodía, ya bien al sol, en el campo, ó encima

del arca, se pasa algunos ratos en actitud meditativa.

«Don Claudio» se halla conmigo, en este instante, sobre la mesa donde escribo. De cuando en vez roza con sus uñas de gavilán ó con su pico rapaz la pasta de un libro que le sirve de peana.

—Ahí no hay nada que robar—le digo—. No te molestes ; ese libro está hueco.

«Don Claudio» me mira atento y guarda una actitud moderada. Mas, de pronto, una mosca que vuela alrededor de la lámpara, le inquieta. «Don Claudio» alarga el cuello, prepara su pico y... ¡ zas !, se traga la mosca.

—¡ Bárbaro !—le grito— ; por poco viertes el tintero... ¡ Fuera, fuera !...

Y le echo de la mesa. Graznando y saltando, se va á un rincón. Yo le contemplo y comienza á inspirarme lástima. Si el pobrecillo no fuese un esclavo, que no puede volar, no andaría por toda la casa á saltitos y no amenizaría algunos instantes de tedio de esta mi nueva vida de pueblo. ¡ Pobre «Don Claudio» ! Desde el rincón parece decir con su mirada inteligente y procaz : «Si tuviera alas...»

En esto entra en la sala la señora de la casa, buscándole para acostarse.

—Anda, bonito, anda ; ven..., ven...

Y se va detrás de ella, saltando, perdido en la sombra que proyecta la basquiña de su ama,

á guarecerse bajo el arca y á mirar desde la obscuridad el ojo tuerto de la solterona, que mientras se desnuda, poco á poco, reza, entre prenda y prenda, siete Padrenuestros y una plegaria á San Antonio, su Patrón.

Crisantemos.

He aquí un brazado de crisantemos.

Esta mañana lo he cortado en un jardín vecino; vine á casa, lo coloqué en un jarro y... no sé qué hacer con él. Como no hay más flor en los campos que crisantemos, á los muertos se les ofrenda con ellos en estos días, y dócil el crisantemo á esta costumbre, sabe conservarse lozano y fragante todo un novenario. Mi ramo de crisantemos aparece frente á mí, sobre la cómoda, al lado de un fanal. Como yo no tengo aquí á quién ofrendar con ellos, parece que siento cierta pena por no hallar á mi alcance una tumba donde extenderlos. ¡Cruel paradoja!

Voy á ofrecérselos á alguien que pueda experimentar el placer de adornar una sepultura donde repose un ser querido. ¿Será un placer ó será una tristeza llevar flores á un muerto?... ¿Debo regalar mi brazado de crisantemos?...

No. Mejor será conservarlos hasta que se marchiten. Así, esta sala olerá bien; olerá á camposanto...

Prosas iluminadas.

El pinar.

En las noches sombrías y calladas, los pinos tienen misteriosas voces que expresan quejas lastimosas ó supremas invocaciones. Su rumor, bronco, bárbaro y rudo, es como el sonido de un arpa vieja que tuviese cuerdas de bronce y clavijas de hierro y que su armadura fuese de piedra. La voz de los pinos es la voz de la Naturaleza, es la palpitación de la tierra que lleva hasta la copa de este árbol su lento respirar.

Los pinos que se alzan ante el mar son bravos, y sus rumores son continuos, como el del monstruo desierto que se extiende ante ellos. Los de las montañas, gráciles cual los cipreses de Eugadit, que, ufanos, otean el horizonte siempre igual, son menos bravos; pero son más salvajes; en sus ramas se esconden los milanos para espiar su presa, y alguna vez las águilas abaten sus alas en sus copas, y ellos, los pinos, impasibles, dejan que á su pie el ave de rapiña desplume al pajarillo que cayó en sus garras.

Los pinos son los bardos de los playales y de los montes. Los pinos, al formar un pinar, dan una nota sombría al sitio donde crecen. De lejos, su verde oscuro nos atrae, y bajo de ellos, bien el rumor bronco de sus ramas nos infunde temor, ó bien nos encanta la armonía de sus quejas... Ante un pino tendido en tierra, ya por el hacha del leñador ó por el viento huracanado de la borrasca, nosotros sentimos un dolor intenso. Y es que el pino, el bravo, el grácil pino, es un árbol que habla, que siente y que canta, expresando todo esto en un largo acorde musical de tres notas.

Entrad en un pinar, perdeos entre sus troncos y sustraed vuestro pensamiento á toda idea que no sea la admiración á la Naturaleza, y notaréis sin duda cómo sobre vuestra frente cae la blanda ceniza de la inmutable verdad de los Destinos. Oiréis los acordes del aire y los arpeggios de las ramas al chocar unas con otras, y una claridad plácida y fija os guiará por los senderos en sombra, y por entre la maraña de espinos, y acaso, acaso, la evocación de la muerte se grave en vuestra alma. Luego, al salir, huiréis del pinar, volveréis con miedo la vista, y al siguiente día tornaréis á perderos entre sus troncos... Os acostumbraréis á su música, os haréis amigo del pino, amaréis el pinar...

Como leyendas de bruja y cuentos de lobo, son atemorizantes los pinares. A fe os lo digo,

porque á mí prodúcenme cierto miedo. Los quiero y los temo. Huyo de ellos y me atraen.

En las tardes nubladas, sus hojas duras, estrechas y punzantes parecen púas trágicas que se alzan hacia el cielo para llamar, para prender á las nubes grises y negras cargadas de agua, que corren por el espacio impelidas por un fuerte viento Nordeste. En las mañanas de sol, la sombra de los pinos, larga y delgada, se tiende dócil por la hierba ó por sobre las peñas como cintas fuertes y oscuras. Al amanecer, la bruma no sabe desprenderse de sus troncos resinosos y de sus ramas agudas. Por las noches, la serpiente Pitón y la Hidra de Lerna duermen á su arrullo. El miedo anida en ellos, y el rumor sordo que producen es tan propicio para atemorizar como el mar «broante» para infundir pavor.

En las aldeas del Norte, la vaca que fallece, el caballo que muere, el can que ya no ladrará más, es enterrado siempre á la sombra de un pinar. ¿Por qué?...

Nada tan triste como el osambre de cualquier de estos animales á la vera de un pinar. Entonces los graznidos de los cuervos, desde lo alto de las ramas verdes, serán agoreros y el paisaje adquirirá un tinte lúgubre de presagio y desesperanza.

La llanura.

No hay prosa que pueda cantar á la llanura, porque la llanura es yerma, es rara, es polvorienta, es grandiosa, inmensamente grandiosa como el mar. Sería preciso dar una perfecta nota de desolación, de sequedad, de monotonía. Una sola palabra lo dice todo: llanura... No agreguéis nada á esta palabra y veréis cómo ella sola parece buscar un lejano confín que no vislumbra, que no encuentra, que no hallará...

Una vez me hablaron de la llanura, describiéndomela tal cual es. ¿Es posible—me decía—que haya una tierra que se extiende leguas, leguas y más leguas, siempre plana, con sólo terrazgos y terreros y alguno que otro pueblo con su ejido y su campanario, y unos barrancales y unos caminos amarillentos?

Cuando mis ojos se encontraron ante la llanura por vez primera, mintieron á mi alma engañando á su espejo caprichoso, donde se reflejó el ensueño de la bruma que hacía parda y llana la tierra, y ocultaba entre sus jirones montañas, alcores y carcobas... Mas después vi el raso horizonte, tan recto como la línea extrema del mar y ya no cupo engaño ni ficción. Mis ojos llevaron á mi alma toda la desolada aridez y el confín todo de la llanura, y también toda su intensa melancolía, y su enorme grandeza,

y su inmenso silencio, que parece estar sepulto en sus escasas olmedas.

En tal punto y hora aprendí á amar á la llanura. En tal instante comencé á querer á Castilla, á sus campos,

los de las pardas ondulantes cuestras,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

La llanura da al alma paz y bondad. La llanura se ha hecho para que amemos á Dios viendo, al alzar los ojos, la inmensidad del cielo que se comba sobre ella.

La llanura no conoce el brujo misterio del eco que se produce en la oquedad de las montañas; pero vió en cambio la polvareda que ha levantado el corcel del Cid y le vió á él cruzar la ancha Castilla, y oyó el sonoro clarín de la victoria que en ondas vagas extendióse por toda ella, de alcor en alcor y de barranco en barranco.

El sol cae en la llanura á plomo, y como no encuentra apenas donde proyectar sombra, sólo al amanecer y á la caída de la tarde se consuela en los surcos que la cuchilla del arado ha ido abriendo. Sobre ellos, después, nacen los trigos que, con sus tallos graciosos y sus espigas ubérrimas, dan á la llanura brillo y color, la inundan de oro y de luz y hasta de cantares en los

gárrulos días de la siega. Cuando esta infinita sábana rubia sesteó bajo el sol de Julio, la hoz la va tundiendo en tierra y la llanura vuelve á quedar triste y yerma, llena de rastrojeras y llena de soledad...

¡ Oh, llanura ! Tu extensión vagorosa y azulada fué testigo de nuestras glorias, es inmensa página abierta de nuestra historia, es arca santa de nuestras tradiciones y manantial de nuestras leyendas. En tu árido suelo están escritas estrofas del Romancero y páginas del *Quijote*, y en tus caminos, donde las cigarras cantan asaz su monotonía, los ascetas y los pícaros, los hidalgos y los guerreros, han ido dejando la huella de sus pisadas.

Por eso, llanura, por eso, Castilla, eres sobria, un poco taimada, muy noble y excelente madre de soldados... ¡ ¡ Llanura !! ¡ Que tus rojas amapolas no se incendien al conjuro del aire de fuego caliginoso del estío !... ¡ Que no se seque el agua de tus norias !... ¡ Que el polvo de tu suelo no se levante en remolinos violentos y cegadores !... ¡ Que la noche negra no sorprenda al caminante en tu soledad !...

El hórreo.

Viejo, caído, despintado, con sus cuatro columnas de piedra y su puerta vencidas, con su cruz derribada ; y con mil rendijas, el hórreo,

aun así, muéstrase como un rufo anciano en medio de la era, reluciendo al sol. El hórreo es humilde de aspecto, como primitivo, como aborigen que es, y no falta, no puede faltar, no faltará, á pesar del correr del tiempo, en las brumosas aldeas del Norte y del Noroeste. Aunque no haya qué guardar en él, se erguirá en las heredades, como se alza el torreón sobre el muro de los Pazos. El hórreo es la despensa del labrador, del pobre labrador, que va echando dentro de él cuanto á fuerza de sudor arranca á la tierra. Hoy los hórreos suelen estar vacíos, tan vacíos como vencidos. Sus amos no tienen que guardar dentro de ellos, no tienen con qué repararlos. Los hórreos no se inclinan bajo el peso de las cosechas ; los vence el agobio de los años.

En otros tiempos, las doradas espigas del maíz, luego de esponjarse al sol, se guardaban en el hórreo, y éste, á veces, era pequeño para tanta bendita mazorca. Del hórreo pasaban las espigas á las cestas, y desgranadas en la era entre risas, donaires y cantares, los granos iban al molino y del molino tornaban hechos harina, y la harina era luego pan que no faltaba, á Dios gracias, en las artesas.

En un rincón del hórreo había á lo mejor un escondite donde se guardan entre paja manzanas tabardillas para las comptas de la Pascua. Del techo solía colgar, entre ristras de

cebollas y madejas de lino, un jamón curado, que allí, bien aireado, había de conservarse para llevar de regalo al señor cirujano ó al señor abade del día de su santo.

¿Qué maleficio ó embrujamiento ha hecho que los hórreos no aparezcan repletos, llenos, oliendo á pan?

Ved un hórreo y reparad en que su puerta, abierta, no tiene que guardar, que bajo de él picotean las gallinas, y que á su sombra, diversos bártulos de labranza, arrumbados, tirados, abandonados, enseñan sus dientes llenos de orín ó sus horquillas rotas. Luego veréis la casa, que si no está cerrada y sin echar humo por entre sus tejas, estará de seguro habitada por gente que, como el hórreo, será vieja y decrepita, por ancianos que dejaron marchar á tierras americanas á sus hijos.

El hórreo es el predilecto lugar adonde acude la mirada ansiosa del que torna luego de una ausencia larga. A él se dirigen los ojos suplicantes del labriego en días de desolación y en vísperas de satisfacer las rentas forales. El hórreo marca la abundancia y la miseria de los hogares. Si el perro que dormita bajo de él, atado á una columna, se suelta por la noche, es buen síntoma; si permanece atado es que puede dormir tranquilo, es que excusa de ladrar, que no ahuyentará á ladrones ni á *moirantes*.

Yo—¡ pobre de mí!—¡ cuánto diera por verlos repletos hasta reventar, con su cruz erguida y sus columnas tiesas, sosteniendo el peso de una cosecha abundante!... Mas preciso es que esperemos en algún día, que llegará, que debe llegar, como los pasados, en que la tierra, no tan avara como hoy, pero sí como hoy esclava, brindaba sus dones con magnífica esplendidez. Mas verdad es que eran aquellos los tiempos en que la gente no emigraba... Pero la gente ha de volver y ha de dedicarse á cultivar sus tierras y no la de los extraños, y entonces, ¡ ah, entonces!, el hórreo, el noble hórreo, tornará á ser la despensa del labrador...

En tanto, viejo, caído y despintado, á falta de cosechas que guardar, se llenará, á través de sus rendijas y por su puerta abierta, de sanos rayos de sol.

El atrio.

Sitio de más paz y de más grato reposo que el atrio de una ermita aldeana, no le hay. Sus piedras mal trabadas, sus viejas escaleras, su cruz y la hierba que brota de su suelo, son para el humilde santuario como los brocados y la corona para un santo rey bizantino. Sus muros, que cercan y abrazan de manera tosca y sencilla el templo de Dios, lo arrodean como pudieran arrodear una huerta florida, un apris-

co, un campo sin verdor. El atrio es algo tan primitivo, tan lleno de bucólico encanto, tan preciso allí donde las costumbres patriarcales de nuestros abuelos no se han contaminado, que bien podemos decir que es una de las cosas, de las bellas cosas que á través del tiempo quisiéramos siempre ver alzándose rústico como los añosos robles de las tradiciones aldeanas.

¡ El atrio!... En él está condensada la vida rural una vez por semana, el domingo, á la hora de la misa. Entonces, viejos y mozos, mozas y viejas lo llenan, y en su recinto se saludan, se habla de las cosechas y de los tiempos propicios, arreglan sus cuestiones y hasta allí se avivan sus rencillas. El atrio es mentidero y es pío lugar adonde acuden los buenos... Bajo sus losas, por cuyas junturas brota la hierba, reposan los señores abades que regentaron la iglesia y guiaron á la grey aldeana por los blandos y olorosos senderos de la fe.

En una mañana luminosa é inolvidable, una pareja de mozos, seguida de vistoso cortejo, sube las escaleras, entra en la iglesia y torna á salir al atrio unida del brazo y unida por la bendición de Dios.

En un atardecer, un cortejo menos vistoso, á cuyo frente va una mujeruca que lleva en brazos á una criatura de pocos días, sube igualmente las escaleras del atrio, y sobre la pila bautismal de la iglesia hacen cistiana á una

criatura. En noche oscura y fría, el Viático dirígese á casa de un feligrés adolecido de muerte, y las velas encendidas, al iluminar el atrio, tienen el prestigio de figurar la «Santa Campaña» que fuese á arrebatarse de su lecho á un pecador. En una mañana, en fin, cruzan el atrio, tristes y abatidos, unos ciudadanos que van á oír una misa de funeral por el alma de su vecino, que entregó su vida á la Guadañadora. Así la felicidad, la muerte, las bendiciones, exigen que subamos las escaleras del atrio, y ya en él, con paso firme y decidido, que penetremos en el templo donde nuestros antepasados hicieron lo que nosotros, donde nuestros descendientes harán lo que nos.

En los atrios, la palabra de los misioneros tiene para los oyentes armonías y sonoridades desconocidas, porque allí, en pleno campo casi, es donde se emite, como hizo el Redentor cuando cruzó la tierra.

Las procesiones dejan alrededor del atrio surcos de cera y brillo de las gemas que lucen en los mantos de los santos.

Pero nada hay como un atrio en fiesta. Entonces el atrio no es atrio, que es como feria alegre, y todo es de color bonito, desde los pañuelos de las mozas hasta la chalina de los viejos. En el atrio hay banderas y gallardetes, faroles de papel y arcos de mirto; huele á saúco y á hierbas buenas, y el suelo está alfombrado

de espadañas, y la esquila, alegre é inquieta, no cesa de sonar, de repicar, de lanzar sus sonidos á todas las verdes aldeas del contorno. El atrio está que no se puede dar un paso por él. En un extremo, un gaitero toca la gaita, y á su alrededor se baila. Sobre el muro, un mozo erguido, que lleva una clavellina tras de la oreja, lanza cohetes, que parece quieren escalar el cielo. Con gente tanta y tan bulliciosa, el atrio está desconocido, tan solitario, tan en reposo de continuo. Mas sólo es un día, porque luego vuelve á ser lugar de paz, adonde yo, caminante, quisiera llegar una tarde en que los pájaros, desde la copa de los robles, cantasen anunciando la madurez de las cosechas.

ARTICULOS NECROLÓGICOS

Prudencio Canitrot.

Le conocía y le estimaba como pintor ; pero hasta que en un concurso de *El Liberal* ganó un premio con su cuento «La armadura», no le conocí, ni aun le sospeché como literato.

Después de la victoria, alcanzada en un pabellón donde se presentó con armas blancas y limpio de recomendaciones, dejó los pinceles por la pluma. Y al dejarlos y ponerse á escribir, fué cabalmente cuando se hizo un paisajista y marinista de primer orden. Nadie ha descrito como él los campos y las playas de Galicia. Nadie ha echado tan adentro la sonda psicológica en el alma de los campesinos, de los pescadores y de los curiales.

Hijo de la comarca pontevedresca, reflejaba maravillosamente el encanto peculiar de los maizales y las rías. Descendiente de franceses, había heredado la natural cortesía de sus antecesores.

Apacible, callado, con sus ojos azules, á la vez escrutadores y durmientes, con sus bigo-

tes crespos y dorados, con su andar armonioso y menudo, parecía un nieto de los cronistas que alrededor de Jehan Froissart y formando parte de las compañías blancas de Du Guesclin asistieron—soldados y galanteadores—á aquellos reencuentros que las damas de Pontevedra presenciaban intrépidas desde el adarve.

En poco más de seis años sus cuentos y crónicas le granjearon una sólida reputación, y todos los periódicos y revistas la franquearon sus columnas.

Era ya de los mejores entre los mejores, cuando la muerte, después de un falso amago, tronchó de raíz el árbol que se hallaba en la plenitud de su fructificación, y cegó para siempre un copioso manantial de aguas vivas.

Basta lo que deja escrito para su fama; algunos años más y hubiera bastado para su gloria.

De todos los amigos que he perdido, ninguno, al partirse tempranamente del mundo, me ha abierto en la memoria y en el corazón un vacío tan grande; ninguno me ha causado con su último é imprevisto viaje tan dolorosa extrañeza.

Conmigo anduvo por las calles é iglesias de Santiago, por los muelles y cantones de La Coruña y por los adustos montes de Becerreá; al lado de mi mesa me explicó sus proyectos de trabajo y me confió sus penas y sus ilusiones,

sin que jamás mis desigualdades y acritudes fatigasen su leal y manso cariño.

Sentado cerca de mí, creo ahora mismo verle.

Y lleno de congoja le hago este epitafio, yo que pensaba que él hiciese el mío.

ALFREDO VICENTI.

Corona fúnebre.

(A CANITROT)

Al ceñir á sus sienes tenebrosas
el cerco que mis manos le formaran,
quisiera que diez rosas
mis dedos se trocaran,
aunque mis manos nulas se quedaran.

SALVADOR RUEDA.

A la memoria de Prudencio Canitrot.

En todo libro póstumo hay como un algo de resurrección. Y cuando, como en éste, se evoca una figura malograda, un perfil joven y gallardo, un rostro noblemente pensativo, se recuerda aquel epitafio de la «Antología» de Jacob : «La juventud es la amada de los dioses».

Prudencio Canitrot tenía la prestancia física de un galán doncel medioeval. Era proporcionado en cuerpo y en espíritu. Su testa erguida, su bigote rubio y fino, su reposado continente y viriles modos, sentían la nostalgia del chambergo y la melancolía del laúd. Hubiera sido un capitán de los tercios de Nápoles ó de Breda ; un cortesano de las damas de Milán ó de Fontainebleau. Fué en nuestros días, descuidados y burgueses, un escritor galán y un espíritu aristocrático.

Desde que en un concurso de *El Liberal* se reveló como euentista, la parte más noble y escogida de nuestro mundo literario sintióse atraída por aquella prosa afortunada, que fundía la

sobriedad clásica de Guevara y de Solís con la distinción y el pulimento modernos de un Eça de Queiroz ó de un Rodó.

En los «Cuentos de abades y de aldea», Prudencio Canitrot evocó felizmente el «primitivismo» rústico de la superstición y del paisaje que más tarde en «Suevia», su mejor libro, tomó caracteres de sazón. «Suevia» es un blasón histórico y un pergamino literario, y el plasticismo de sus páginas tiene la intensidad de algunos lienzos de Corredeira, la melancolía musical de una «alborada», el impecable estilo de «Morrinha» ó de la «Sonata de Otoño».

Prudencio Canitrot, que acaso no cumpliera los treinta años, murió en flor, como un paje del Romancero, ó como el héroe de la Antología, que, junto al sepulcro, apaga con el pie una antorcha.

Su memoria es amable de juventud, y sus libros tienen nobleza de pensamiento y de estilismo. Ante aquella vida tronchada y junto á aquella obra interrumpida, como una casa á medio edificar, el alma se rebela y se confusióna. Tras de la vida está la eternidad, que es una vida inacabable. En el sepulcro de Nuremberg no hay, por todo epitafio, más que esta palabra : «Resurgo»... ¡ Resurgiré !...

CRISTÓBAL DE CASTRO.

Prudencio Canitrot.

Para que siempre glorioso
su nombre de artista sea,
nos ha dejado sus «Rías
de ensueño» y su audaz «Suevia»
y las doradas estrofas
del amor en las aldeas.

En su talento y sus frases ;
en sus luchas y su vida,
fué espíritu y sangre, el noble
amor de nuestra Galicia,
que, honrada, riente, triste,
en sus obras resurgía.

Luchó, venció, murió entonces...
Nos enmudeció el espanto...
¡ Vida apagada en su aurora,
es cual un mundo apagado !
Mas vencamos á la muerte
siempre al artista evocando...
Por Galicia y por nosotros
no lo alvidemos, hermanos.

SOFÍA CASANOVA.

Evocación romántica.

Le conocí el año 1903. Fué en una de esas tertulias de café, donde se refugiaba nuestra adolescencia entusiasta y rebelde. Era la aurirosada época de las quimeras y de las ingenuas pedanterías. Confiábamos en el porvenir como en un amigo, si saber entonces que el porvenir, aliado unas veces con la vida y otras veces con la muerte, nos va robando los amigos.

Prudencio Canitrot venía de su tierra mimosa y dulce con una ensanchada ansia de horizontes en las pupilas azules.

En aquel cenáculo de aspirantes á la belleza coronada de gloria había pintores, poetas, novelistas, músicos, cómicos. Es decir: creíamos ser, respectivamente, cómicos, músicos, novelistas, poetas y pintores. Canitrot formó parte del grupo artístico.

Pintaba paisajes con la misma vaga y soñadora maestría con que años después había de describirlos.

Amaba la literatura. Soportaba las frecuentes lecturas de crónicas, cuentos, poesías y críticas

demoledoras. Incluso llegó á ilustrar algunas de aquellas cuartillas que parecían, á nuestra juvenil impaciencia, condenadas á permanecer inéditas. Pero no presentíamos en él á un futuro profesional de la literatura.

Por las mañanas recorría las umbrías apartadas del Retiro y de la Moncloa, con una caja de colores y varias tabletas, donde pintaba los paisajes madrileños á través de su amor por Galicia, la siempre melancólica.

Su técnica era de una tenuidad, de un simplicismo encantadores. Daban sus apuntes y sus cuadros la sensación de tonos soñados y no vistos; no era la suya una paleta rica y pasional, sino apagada, lánguida, de hombre del Norte, donde los grises parecían temblar sobre los verdes de esmeralda y los azules del mar cántabro ó las opalescencias lentas de los ríos galaicos.

Sus compañeros protestaban á veces:

—Es una pintura demasiado literaria—decían.

Canitrot les miraba asombrado.

—No sé lo que queréis decir. Yo pinto lo que veo.

No. No pintaba lo que veía. Pintaba lo que sentía. Era su sensibilidad que iba á ciegas por los caminos de su alma...

Y un día la sensibilidad encontró el verdadero camino. Canitrot, que ya no frecuentaba

el café de las quimeras nocturnas, se avergonzaba ante nosotros de las primeras cuartillas.

Acaso las leyera á la novia de entonces ; quizá ni siquiera la novia conociese el secreto que pronto había de ser descubierto desde las columnas de *El Liberal*.

Cuando vimos premiado en un concurso de cuentos «La armadura», nos asombró la segura trabazón de las ideas y las palabras, el emocionado dominio del arte narrativo, la reveladora fuerza psicológica de las observaciones.

Para nosotros, que luchábamos con los libros y con nuestra cerebralidad ó nuestra cordialidad desde cuatro ó cinco años antes, fué una grata revelación el episodio de aquel mozo de los ojos azules que de pronto cambiaba el pincel por la pluma sin esfuerzos, sin vacilaciones, con un ademán sencillo y magnífico de elegido.

Después vinieron los libros : *Cuento de abades y de aldea*, *Ruinas*, *Suevia*, que tal vez es su obra fundamental...

Canitrot ya no era el adolescente imberbe que salía todas las mañanas con una caja de colores hacia la Moncloa para pintar Galicia ante los campos y jardines madrileños.

Tenía un señoril aspecto galante que recordaba al infortunado rey Carlos pintado por Van-Dyck. Encima de su chambergo, de negras y enormes alas, la gloria ponía un halo luminoso. Sus manos blancas, finas, aristocráti-

cas, su perfil puro, sus bigotes rubios, desvelaron á muchas mujeres.

La última vez que le vi fué hace un año ; en Diciembre de 1912.

La vida nos había separado en pausas demasiado largas. Muchas veces nuestros nombres se encontraban juntos en los mismos periódicos y revistas, y al leernos mutuamente era como si cambiásemos un leal apretón de manos. Muchas veces nos cruzamos en la calle y cambiábamos un saludo ligero, de hombres que tienen prisa. Nada más.

Pero aquella tarde de Diciembre hablamos largo tiempo. Hacía frío ; una niebla sutil envolvía los arbolillos y arbustos de la plaza de Isabel II. Voceaban los libretos de la ópera que empezaría una hora después en el teatro Real.

Canitrot renovó en mi alma el dolor de la muerte de Francisco Posada, un gran pintor y un gran amigo de toda mi vida, que desapareció en la sombra dos meses antes, el día 30 de Octubre.

Por unos momentos toda la efusiva cordialidad de los años lejanos vino á envolvernos, á rejuvenecernos, á prestarnos su fuego casi extinto.

—Yo también he estado muy malo ; pero ya estoy bien. Vivo en El Pardo y llevo una vida tranquila, feliz... ¿Cómo me encuentras?

Mentí piadosamente.

En el rostro demacrado, en la voz fatigada, en los ojos febriles, en sus manos flacas y calenturientas leía el desenlace próximo.

Y cuando nos separamos hube de contener la necesidad imperiosa, dolorosa, trágica, de abrazarle como al viajero querido que parte para el país misterioso y del silencio de donde no se retorna...

¡ Oh ! Aquella noche, con qué rabia, con qué furiosa y contenida desesperación insulté al destino. ¿ Por qué esta ceguedad de la Intrusa que deja envejecer en la opulencia, en la felicidad, á los villanos, á los idiotas, á los ladrones, á los inútiles, á los que estorban el engrandecimiento de su patria y en cambio pone su mano esqueleética sobre los hombros de los que tienen derecho á vivir para la bondad, para el talento, para hacer fuerte y grande y admirable la tierra en que nacieron ?

Dos meses después moría Prudencio Canitrot. La misma semana *Blanco y Negro* publicaba una de sus « Prosas iluminadas ». Luego, en semanas sucesivas, se publicaron más.

En estas prosas exaltadoras, vibrantes, estremecidas, donde el artista cantaba á la naturaleza, hay como el presagio del futuro fin ya tan próximo. No se pueden leer sin que de-

jen en nuestro espíritu un sagrado rastro de inquietud. Porque parecían haber sido escritas para eso : para ser publicadas cuando ya no viviera el mozo gallardo y elegante de los ojos azules, de las manos aristocráticas, que vino hace diez años desde Galicia á conquistar Madrid pintando paisajes y que le conquistó escribiéndoles...

JOSÉ FRANCÉS.

X X X

La tierna solicitud de su hermano quiere hacer perdurable el recuerdo de Prudencio Canitrot reuniendo algunos de sus bellos trabajos en este libro. Los que fuimos amigos de aquel espíritu selecto debemos reconocer la justicia del propósito fraternal adhiriéndonos al homenaje.

Quien pase su vista por estas páginas se sentirá atraído y quedará conquistado por la efusiva simpatía que irradiaba Prudencio Canitrot como escritor y como hombre. Era poeta y cantaba inspirado por el optimismo generoso de su ardiente juventud. Era bueno y creía en la bondad de sus semejantes, sin comprender que, acaso, fuera un reflejo de la suya propia.

Amante apasionado de la vida, se vió de pronto abandonado por ella, y no tuvo fuerzas para defenderse. Y como era incapaz del mal, recibió á la muerte, que tronchaba sus ilusiones y sus afectos, con la misma sonrisa que lució durante su breve tránsito por la tierra. ¡Admirable y malogrado Canitrot!

Honremos su nombre, y paz á su memoria.

ANTONIO PALOMERO.

Sr. D. Isidoro Canitrot.

Muy distinguido señor mío : Hace poco menos de un año, estando yo en París, supe que su hermano de usted, Prudencio, acababa de fallecer. La noticia, leída en un periódico, me sobrecogió, porque yo ignoraba en absoluto que su hermano estuviese enfermo. Durante muchos días su recuerdo no se apartó de mí. Siempre que muere un amigo mío, un joven, un egoísmo muy disculpable me hace temblar. «Yo también puedo morirme joven»—me digo.

Hago entonces examen de conciencia y propósitos de enmienda. Algo de la pureza del desaparecido—que ya no es más que alma—me rodea. Paso entonces unos días muy hondos y muy graves : el muerto va á mi lado soplando sobre mis ilusiones y mis vehemencias. Luego la vida, con su tráfago y su locura, me convierte de nuevo en un sér atolondrado y optimista.

Y viene esto á cuento para manifestarle que su hermano *me acompañó* muchos más días que otros desaparecidos jóvenes. Su hermano

estuvo conmigo en París, en Ruan, en Londres, en Strafford on Evon, en todos los lugares en que viví durante los meses de Febrero y Marzo de este año nefasto de 1913. Yo estaba, por ejemplo, en un restaurant de Montmartre, en un *music-hall* de Trafalgar Square, ó contemplaba, en el pueblo natal de Shakespeare, un manuscrito, ó una pintura de Hamlet, y el espectro de su hermano, sugerido por un detalle cualquiera, evocado por no sé qué misterio, aparecía junto á mí. Prudencio era hombre fino y pálido. Se parecía unas veces al pintor Van-Dick, y con más frecuencia á Jorge Rodembanch, el poeta elegíaco, muerto también en la juventud. Algo pintor fué Prudencio y muy poeta. Lo mejor de sus libros era, para mi gusto, el paisaje, donde el pintor y el poeta podían reunirse. Su literatura no me pareció nunca triste. Era, cosa muy distinta, grave y noble. Yo no vi nunca en él, lo confieso, un amado de los dioses. Quiero decir que, siendo de una edad parecida á la mía, creí que lo vería llegar á la cúspide y comenzar el descenso no muy lejos de mí. Era un amigo seductor y un hombre de talento : la idea de vivir cerca de él me sonreía.

Yo podría contarle á usted muchas cosas de su hermano, cosas gratas y conmovedoras ; pero mil anécdotas no aumentarían en nada la ternura y la sincera añoranza que he puesto en esta carta incoherente, escrita en el acto de

recibir la suya, pidiéndome unas cuartillas para el libro en que reunirá los últimos trabajos de su hermano.

Llaman «corona fúnebre» á las páginas que los amigos de un escritor malogrado escriben para que sirvan como de cortejo á su libro póstumo. Ya recibirá usted asfódelos de raso y siemprevivas de oro—que eso valen algunas prosas y algunos versos—; pero yo sólo puedo enviarle estas pequeñas rosas de mi jardín, impregnadas de amor. Acéptelas y reconozca en el amigo de su hermano un buen amigo de usted. Le saluda cariñosamente,

ALBERTO INSÚA.

21 Diciembre 1913.

Prudencio Canitrot.

Por dentro pulcro, henchido de nobleza ;
del exterior las formas descuidadas,
siendo un rico de ideas elevadas,
vivió en aristocrática pobreza.

El amor, la amistad y la belleza
fueron para él las flores más preciadas ;
las ruindades, huyeron deslumbradas
ante el brillo interior de sus grandezas.

Entusiasta del arte y del talento,
siempre á los luchadores hizo coro ;
en orgías de fiebre y sentimiento,
de su existencia derrochó el tesoro,
y como el héroe del famoso cuento,
gastó sin tasa su *cerebro de oro*.

CELSO LUCIO.

Prudencio.

He sido el mejor amigo que ha tenido Canitrot en Madrid, y aun me jactara de haberlo sido hasta en Galicia si no temiera ofender á cuantos amaron y aman allí su nombre.

Comenzamos juntos á escribir. Nuestros primeros libros se publicaron á la vez. Sus deliciosos «Cuentos de abades y de aldea» y mi «Libro de la vida bohemia» corrieron parecida suerte por escaparates de libreros y trastiendas de mercachifles. Juntos, en un carricoche desvencijado, á tantarantanes por la Corte, recibimos idéntico mohín de Mercurio y acogimos idéntica sonrisa de la Musa. He repartido con Prudencio Canitrot la primer moneda, el primer fracaso, el primer triunfo. Juntos intentamos hacer una comedia. Juntos emprendimos la publicación de una biblioteca gallega. Juntos sufrimos el primer embate de la pelea en mitad del pecho. Por defenderle, me vi una vez en trance de desafío. Por defenderme, estuvo á pique de reñir con editores atosigantes. Mi vida periodística y literaria, y esa otra más

alegre y bienaventurada, la vida íntima y juvenil, y hasta mi primer balbuceo electoral, están unidos á la sutil y amable silueta de aquel hombre flaco y rubio, poeta y bohemio aristocrático, alma de soñador, literato de refinamiento y aroma.

Un día, Canitrot hizo baja. Se hartó de pelear; no quiso continuar esta brega estúpida; le hizo un saludo gentil á la ridiculez ambiente, y murió en otoño, junto á su mujer, á su hija, á su hermano. Yo sigo todavía de pie, debatido en la contienda. Caeré algún día. Sólo pido á Dios que, al fallecer, cuando, también harto de la vida, resuma mi pensamiento en un saludo postrero é irónico, una mujer, un hijo, un hermano y un amigo me lleven á enterrar y no dejen perdidas, tiradas, en bárbaro abandono, mis últimas cuartillas, los cadáveres de mi alma y de mi inspiración.

LUIS ANTÓN DEL OLMET.

Madrid, 27 de Diciembre de 1913.

Carta con postdata.

Sr. D. Prudencio Canitrot :

Mi distinguido y estimado amigo : He retrasado excesivamente el corresponder á su bondad por no haber á mano—para dedicarle—libro mío, y por deseo de terminar, antes de escribirle, la lectura del de usted, tan interesante, tan sugestivo ; impresión, la que trae, de cosas lejanas, de tiempos que también lo están ; los de niñez que pasé oyendo narraciones, viendo gentes, contemplando paisajes como los que ofrece usted á nuestra vista, mundo que revive en la memoria, atrayendo y cautivando el espíritu... Claro que no eran los cuentos mismos ; pero tienen el mismo sabor de la tierra, que incluso hace parezcan viejas, muy sabidas relaciones, las que se oyen por primera vez. No sabía—valga como ejemplo—de la *misa pagana* y me parece ya como si la hubiese oído entonces, cuando oía, sí, esas campanas de Rumille y Ermelle (las de Noalla y Dena), mientras corrteaba tan á mi placer por las densas que se

paran la ría de Arosa del soberbio mar de la Lanzada!

Y como los cuentos de *Orilla mar*, los de aldea—en la montaña y en el valle—, y los de la madrina de Iria Flavia, que no habré de decir por qué, pero se me figura muy emparentada con otra madrina, que conocí y traté, muy de niño, en una de las ruas de Santiago. Su casa era también archivo de vetusteces, lugar muy apropiado para escuchar, como embobado escuchaba, añejas relaciones, cosas de nuestras asonadas, de nuestras revueltas, en que ella fué testigo—varios de los suyos fueron actores— desde tiempos que caen aún más allá del famoso mando del general Eguía... Entreverada con estos lances de política, á que solían no ser extraños los de amor, cuentos de aldea, impregnados por caso general de melancolías y miedos.

Fué causa sobradísima de los que perduraron en el ánimo de aquella buenísima señora, un robo á mano armada, peligro grande que corrieron las personas, daño cierto que sufrieron en los desvalijados arcones. No había bastado como seguro, el que presumían tal, estrecha relación con aquella famosa Loba, muñidora, capitana de gavilla, defendida y agasajada siempre por la que así fué, en cierto modo, madrina suya, la que llamaremos doña Flora, que no cuadraba á matrona semejante, y menos

de la madrina de Iria Flavia... ¡ Que descansen ambas señoras en paz !

Cuanto á la de mi recuerdo y predilección pienso que así sea ; no fué en ella defecto grave contar cuanto sabía, amén de que la no constante discreción era parte al interés, hay que reconocer se aproximaba mucho á la justicia distributiva, al decir mal, ó bien, de las muchísimas personas que había conocido y de que aprendió, muy al detalle, biograffas é historias... Noto que también va camino de serlo esta carta, sugerida por la lectura de sus cuentos, expansión que hubiera querido valiese, ya que no para expresar juicio, para significar gratitud ; deseando que nuevamente la obligue con otras producciones, se reitera de usted afectísimo amigo, s. s. q. b. s. m.,

EL MARQUÉS DE FIGUEROA.

Madrid, 28 de Mayo de 1912.

La piedad fraternal ha querido exhumar esta carta ; ¡ quién había de pensar al escribirla, evocando recuerdos, que muy pronto sería el de aquel delicado poeta un recuerdo más !

Bastó á Canitrot el espacio de una mañana para con frutos ciertos legarnos tantos en flor ; promesas y esperanzas truncadas dieron al sentido por el perfume y el color, regalo de unas horas !

Honrándome en cooperar al homenaje pido

al poeta para su galardón aquellas flores *siempre vivas*, que guardara constantemente el espíritu de quienes le supieron querer y no le habrán nunca de olvidar...

Las priesas de mil quehaceres dejan á la recordación sólo un instante; el indispensable para añadir á la carta esta posdata brevísima en que hubiese querido concentrar todo el interés que me inspira la memoria de Prudencio Canitrot.

21 Diciembre 1913.

X X X

Entre los dolores que el tiempo va dejando en el corazón del hombre como una amarga semilla, ninguno hay que penetre tan profundamente en nuestra carne como aquel con que nos hierre la muerte de los que distinguimos—por lo que merecen para la patria—cuando al borde de lo inconmensurable, vemos desaparecer al que lleno de alientos y habiendo dado ya en sus horas juveniles las primicias de sus grandes dotes, ofrecía la seguridad de mayores éxitos, y el hecho de nuevos y superiores triunfos.

En el alma agradecí al infortunado la confianza que en mí puso en su día, el afecto con que me distinguió, la sinceridad de su corazón bondadosísimo, cuando leído su libro *Cuentos de abades y aldeas* le aseguré que sería recibido con los mayores aplausos. Cosa fácil, pues lo merecía y los obtuvo aquella alma ingenua, que soñando con los encantados días que le esperaban, se decía que habíamos sido los que—coronado ya con los recién cortados laureles—le

franqueáramos las puertas de un porvenir glorioso. A tanto llegaban sus bondades.

Mas de golpe, cuando mayores eran sus esperanzas, viene la muerte y le hiere. ¿Por qué tan pronto?—se habrá dicho en el instante doloroso—. ¿Para qué?—exclamamos también, al recibir la infausta noticia, cuantos esperábamos que honrase el país con los trabajos que preparaba; mientras la que á él se había unido con alma y vida, sollozando angustiada en su desamparo, se preguntaba si merecía sufrir tan rudo golpe.

La muda respuesta parecía contestarnos, que debiendo tal vez ser herido á lo largo del camino de dolor que le esperaba, quiso el cielo librarle de todo sufrimiento. Piadoso consuelo que puso la muerte en el ánimo de cuantos le estimábamos y debíamos lamentar tan prematura pérdida. Para nosotros penosísima, pues aún no habían pasado muchos días desde que le habíamos visto marchar confiado en un porvenir dichoso. Mas fué todo tan rápido, tardó tan breve tiempo en pasar de los sueños de la vida á los desengaños de la eternidad, que apenas separados, ya le habíamos perdido para siempre.

Para él, las suaves horas de sus esperanzas habían caído en el abismo; los sueños de felicidad en que esperaba, en la noche del sepulcro.

MANUEL MURGUÍA.

Por su alma.

Estuvo mi vida tan junta á él en las bellas horas y en los amargos trances, que cuando él triunfó, yo aspiré del mirto que le aromaba, y cuando él cayó, yo sentí tocarme con la punta afilada de la propia hoz... Aquella mañana imborrable en que fuí á dejarlo, la seca violencia de su golpe allá abajo me dió ese tirón doloroso con que unos á otros debían dilacerarse los amarrados á la misma galera.

Por un dejo de supremo decadentismo, Canitrot, todo elegancia, tuvo el grácil abandono de un petronio poeta que, desangrándose entre rosas, no conservara del terreno instinto ni el afán de ponerle á sus brazos la venda ilusional de un pétalo suelto. Fué, tal vez, en el descuido de un sueño...

Y sin embargo, este artista prodigioso era todo instinto de alma: la intuición creadora que es á la perpetuación de la belleza lo que el ciego deseo inaprendido á la de la especie... Seguro de sí, Canitrot siguió siempre el camino interior, ilimitado. Para florecerlo, sabía él bien que dentro de este fruto de gusanos, madurecido y pronto á rodar, está el corazón como una guardada semilla, renovadora y perdurable...

Así sea.

JAVIER VALCARCE.

¡Pobre amigo!

La injusticia humana rinde elogios á los muertos, que sólo el eterno descanso necesitan... Yo entiendo que las alabanzas deben otorgarse en vida á quien las merezca, porque constituyen el premio á la bondad, la inteligencia ó el trabajo, y premiar estas meritorias cualidades que tanto enaltecen, significa el reconocimiento á que lo extraordinario nos obliga con la muy noble imposición de un derecho ganado en honrosa lid, por natural disposición ó por arrogante esfuerzo de la voluntad. En uno ú otro caso, la admiración es no más que una consecuencia lógica, y el aplauso justo homenaje que la envidia regatea... La envidia no comprende el intenso placer que experimentamos al tributar un elogio, porque éste patentiza una gratitud, y al celoso de la gloria ajena no se le puede exigir la sinceridad que repugna, como sería vano empeño solicitar del avaro el sentimiento de caridad que desconoce. Pero la costumbre, más firme que la ley, es piadosa con los muertos y les dedica una hora de benevolencia, de sinceras ó mentidas lisonjas que el olvido se encarga de sepultar...

Prudencio Canitrot, el cultísimo literato que, por igual, repartía las peculiares galas de su estilo en bellísimas narraciones—admirables cuentos donde el fondo y la forma rivalizaban gallardamente para loa de su autor—ó en amenas y atinadas crónicas nutridas por el hábil y preciso comentario ; que supo conquistar avanzado puesto entre los de una briosa juventud intelectual, y afirmó positivamente, con la rapidez propia de sus facultades privilegiadas, una doble y relevante personalidad como escritor y como artista—que en ambas manifestaciones irradiaba su talento—ha muerto joven, muy joven, cuando apenas comenzaba á sentir el halago de una gloria ambicionada ; cuando la amable ilusión de un ensueño se traducía en realidad ; cuando la sonrisa presente anunciaba un dichoso futuro ; al iniciarse el pregón de la Fama, que, gozosa, rebotante de júbilo, proclamaba excelencias indiscutibles.

¡Pobre Canitrot!... Viviendo poco, trabajó mucho por el arte y para el arte, que fué su ideal, y murió afecto á su culto... ¡Pobre amigo!... Al vigor de su cerebro, siempre activo, siempre creador, cedieron y se agotaron las energías corporales ; luchó para triunfar, y triunfó. ¡Pero con el fresco laurel de su victoria se le tejió la triste corona funeraria!...

FEDERICO GIL ASENSIO.

El recuerdo de P. Canitrot.

¿De que nos sirve ahora haber vivido
nuestra mejor edad con ideales?
El mundo tenía un claro sentido
en aquellas horas primaverales.

Los dos íbamos por el escondido
jardín, oyendo voces inmortales;
tú escribías aquello que has oído;
yo soñaba en los mares nunca iguales.

Mi juventud ahora ya no siente;
tengo el ritmo del corazón consciente,
y un amor tan solo, el amor de vivir.

Y tú vas en un vuelo permanente;
tu alma es el ehorro limpio de una fuente
que se derrama sobre el porvenir.

PEDRO PENZOL.

Mi amistad con Prudencio Canitrot.

Durante la primavera de 1909 se organizó en Toledo un banquete para festejar la aparición de «Cabalgata de horas», el más bello entre los libros de Emiliano Ramírez Angel. Y una mañana de Abril, fragante y reidora, á la imperial ciudad encaminóse nutrido grupo de literatos y amigos de aquél—yo entre ellos—capitaneados por «Colombine».

En el mismo departamento del ferrocarril—un democrático y desguardamillado coche de tercera—iba, también hacia Toledo, Prudencio Canitrot. Luis Antón del Olmet, que le acompañaba, hizo cariñosamente las presentaciones. Ardía yo en deseos de tratar al galano prosista, orfebre del lenguaje. Su charla, amena y luminosa, me sedujo, al extremo de hacerme imperceptible la duración del camino. Preparaba él por entonces sus «Cuentos de abades y de aldea»; en galeradas aún, conocí aquella

tarde varios fragmentos del admirable libro. Quedó sellado nuestro afecto entre alabanzas al «Entierro del Conde de Orgaz» y evocaciones nostálgicas del país galaico.

Porque Prudencio era, ante todo y sobre todo, un enamorado de la tierra que le vió nacer. Sus obras son himnos en loor de la Suiza hispana. En «Rías de ensueño», en «Suevia», en «El señorito rural», por encima del novelador y del estilista, se ve al amante del paisaje. Como era pintor, poseía el don rarísimo de dar plasticidad y relieve al panorama en sus descripciones. Leyéndolas nos sentimos transportados á la región incomparablemente bella que atesora el encanto de la ría de Arosa y la dulce poesía de Pontevedra y sus divinos alrededores...

Desde la gratísima excursión á Toledo, Prudencio y yo fuimos amigos entrañables. Dondequiera que nos viésemos, platicábamos largamente, cambiando impresiones, haciendo proyectos... A mediados de Enero le encontré una mañana en la calle de Sevilla, sonriente y afable, como siempre. Tras el consabido palique, nos despedimos, porque se avecinaba la hora del yantar.

—Un día de éstos iré por su casa—me dijo.

Poco después, con estupor inenarrable, recibí la esquela de su muerte. La Implacable había segado en flor su juventud, sus ilusiones, tro-

cando en rictus doloroso aquella suave sonrisa de ironía sin mordacidad que plegaba sus labios mientras en sus ojos se borraba la perenne impresión luminosa del poético terruño que le sirvió de cuna.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.

Diciembre, 1913.

In memoriam.

De todos los males que persiguen al hombre en la vida, el peor es el olvido. El olvido consume y supera la obra de la muerte. Los seres humanos temen más al uno que á la otra. Se engendran afectos para perpetuar el corazón ; se engendran hijos para perpetuar la sangre ; se trabaja para inmortalizar el espíritu. Quien hace esto acepta la muerte resignado. Morir es la condición de vivir después. Y todos nos afanamos por la vida de después. La presente, en una ú otra forma, la descuentan los hombres de sentido ético y espiritual. Sería grave pecado en la humanidad olvidar á quienes tomaron tales precauciones y se previnieron contra las sombras de lo anónimo. Nadie está obligado á llegar á la meta ; esa es la obra de las circunstancias, de la casualidad, de la torpeza de los límites... Basta el intento, que en el anhelo y en la inquietud está la grandeza. La vida de Prudencio Canitrot se extingue tempranamente, pero son suficientes sus días para atestiguar el temple de un alma y mostrar sus desvelos.

Tiene derecho al recuerdo. Lo tiene en mayor grado de aquel grupo, cuyos lazos de solidaridad deben ser más fuertes, por más refinados y más altos, del mundo de los intelectuales. Lo tiene, por último, con mayor intensidad de la esfera más reducida de sus amigos y de sus íntimos.

Entre ellos me contaba, y en el aniversario de su muerte cumplo el deber de dedicarle estas líneas, breves por la extensión, profundas porque llevan el sello de la sinceridad.

VICTORIANO GARCÍA MARTÍ.

Prudencio Canitrot.

Con pena estampo su nombre. Yo no le conocía ni aún por retrato. Tampoco he leído sus obras. A lo más, una docena de artículos breves en *Blanco y Negro*, otros tantos cuentos; lo bastante para juzgar su labor y saborear su estilo. Es muy posible que, á no haber muerto, yo no me ocupara de Prudencio Canitrot. Tal vez nuestras sendas no se hubieran cruzado nunca; pero murió, y le lloro.

Arropada aún en la tristeza que la noticia de su muerte me produjo, leí uno de sus artículos cortos: «El pinar». Hay en esa página descriptiva añoranzas melancólicas, visión de algo sobrenatural diluído en la bruma «que no sabe desprenderse de los troncos resinosos» que esconde «en la cinta fuerte y oscura de la sombra».

¡Qué triste debe ser la muerte del poeta!

Prudencio Canitrot iba doblándose con lentitud hacia la tumba, como uno de esos pinos de su Galicia, tercamente clavado en el suelo, desdeñoso de las punzantes zarzas que á su pie quedan del venenoso hongo que brota entre sus

raíces. El tronco sube orgulloso, derecho, sin ramaje inútil; la copa busca soberbia las nubes, las besa, las detiene; las rojas candelillas de sus flores señalan tenazmente á lo alto... Se dobló lentamente, no como pino que el huracán desgaja y abate, sino como aquel otro rodeado de cuerdas que le sostienen, y minado en su base á golpe de hacha dura. La altiva cabeza se estremece, pero no se humilla. Luego, con lentitud, grácilmente, el árbol cae y queda tendido con abandono, como quien duerme...

¡Qué triste debió de ser la muerte de Prudencio Canitrot! ¡Triunfaba!, y luego, aunque el poeta hable mal de la vida, la ama aún más que otro hombre alguno. Las amarguras de que se queja le son dulces; los desengaños que recibe, le alientan; los dolores que desgarran su corazón, forman su felicidad. El poeta que no tiene sufrimientos los inventa para llorarlos.

¿Supo Prudencio Canitrot que se moría? Si no se lo dijeron, si él no lo adivinó, fué una lástima. El que cantaba los atardeceres tristes, la melancólica sinfonía de los pinares, hubiera tenido para llorar su propia muerte tier-nísimas páginas de una ensoñadora tristeza honda.

¿Qué sentirá el poeta cuando muere? Debe ser algo así como el dolor gozoso de la novia que, prendida aún con el velo blanco, ceñida su frente de la flor simbólica, se coge del brazo

del esposo para marchar á la nueva vida y oculta con el pañuelo de encajes las lágrimas que el dejar el hogar paterno le produce. El poeta llama mucho á la muerte, evoca su consoladora imagen ; pero al verla llegar, llora, no por sí mismo, que marcha á lo desconocido, á lo soñado, sino por los objetos de su amor que en el hogar quedan. ¡ No me lloréis !—les dice, sorbiendo sus propias lágrimas—. ¡ Ved, como la muerte me quiere ; con qué mimosa ternura me lleva ! ¡ Voy á ser muy feliz ! ¡ Y será tan breve la separación ! Consolaos mutuamente, amados míos. ¡ Un último beso !... ¡ Adios !...

Yo quiero saber cuándo he de morirme. No hace mucho, me dispuse á algo muy serio que podía poner en peligro mi vida, y me despedí de ella. Fueron deliciosos momentos los que pasé ordenando mis papeles, poniendo cubiertas explicatorias á unos libros inéditos ; despidiéndome por escrito de los seres amados. ¡ Qué bella parece la vida á punto de dejarla ! Los rayos del sol semejan lapiceros de oro que escriben en la pizarra azul de los cielos las estrofas del vivir. En paz mi corazón y mi conciencia, cerré los ojos, y dejé dulcemente que el cloroforno me adormeciera.

Vivo aún, y no lo siento, pero me dispongo á disfrutar de la vida que se me otorga saboreando todavía la dulcedumbre de haberme preparado á morir. ¡ No me priven, por Dios, en

el mañana, de volver á despedirme de la vida !

Yo siento ahora no haber sabido á tiempo que Prudencio Canitrot se moría. Me hubiera gustado llevar un rayo de sol á su declinar, hacerle saber que después de muerto, un alma poeta le lloraría, una pluma romántica dejaría impresa en el papel la suave trayectoria de un suspiro.

Ya la suya quedó ociosa para siempre. En adelante, cuando leamos la firma de Prudencio Canitrot será al pie de algo que se repite. La lozana imaginación, el pensamiento agudo, la palabra vibrante, la melancólica visión, desaparecieron. ¿Cómo habrá llorado Galicia su muerte? Valía mucho, sentía mucho, amaba tiernamente á su Galicia bella. La realzó cuanto pudo con su pluma y con el prestigio de su nombre.

Descanse en paz el malogrado escritor.

EMMA CALDERÓN Y DE GÁLVEZ.

Cádiz 1913.

Prudencio Canitrot.

Yo le llamaba el soñador.

En Madrid, donde le conocí, gustábamos ambos de perdernos á menudo por las alamedas del Retiro ó las umbrías de la Moncloa, evocando fantasías y añoranzas y suspirando por tiempos pretéritos, sin duda por pensar con el poeta que cualquiera tiempo pasado fué mejor. Y entonces, al oírle aquellas sus lamentaciones y discreteos, me parecía verlo con ropilla aterciopelada, walona y chambergo á la antigua española, como en cierto su retrato está pintado.

Cuando me sorprendió la noticia de su muerte, del todo inesperada para mí, el recuerdo de aquellas horas fué el primero que acudió á mi memoria; después ocupó su lugar la amarga consideración de aquella vida perdida en su más lozano florecimiento; de aquel poeta arrebatado á nuestra Galicia donde somos ya tan pocos los enamorados del Arte.

La labor literaria de Canitrot no fué muy copiosa; la Extraña no le dió tiempo para más;

pero fué en cambio muy intensa y variada. Fué sobre todo personal y propia, poesía vivida y respirada en plena Naturaleza, impregnada de sus effuvios y saturada de su vigor incomparable. Y cosa muy digna de ser anotada : Canitrot, que era un soñador impenitente, veía, sin embargo, la realidad con admirable justeza. Sus cuadros descriptivos están arrancados de la propia vida. No en vano era pintor.

.....

Duerma en paz el amigo querido y alcancen sus obras el merecido lugar en el Parnaso gallego.

JUAN BARCIA CABALLERO.

Santiago de Compostela.

—

¡Canitrot!

(24 de Enero de 1913.)

Tengo á la vista una de sus cartas postreras, quizá la última—10 de Enero de 1913—, trazada con aquella diestra vigorosa que trazó multitud de cuartillas transformadas luego en bellísimas crónicas y volúmenes de prosa exquisita, impregnada de sensibilidad y poesía, de esa poesía ingenua y dulce, característica del rimador gallego.

En esa carta, cariñosa como todas las que escribía á los *suyos*, que él quería y que le querían, nos decía, entre otras particularidades: «... tengo entre manos un libro que seguramente titularé *Los Consagrados*. Es de semblanzas de gallegos ilustres que HAN LLEGADO. En él sólo aparecerán los prestigios verdaderos de nuestra literatura y arte, separándome de toda esa faramalla y cursilería que viene resaltando en estos tiempos de inconcebible decadentismo...»

Si la muerte se hubiese permitido aplazar

su monstruoso fallo, el escritor pontevedrés habría enriquecido á estas fechas la bibliografía gallega con un volumen más, de tanta indudable valía como los que concibiera su cerebro sutil y despierto.

Yo no sé si se ha de considerar como axioma el criterio de aquel filósofo al proclamar con la persuasión de autoridad indiscutible que la muerte, lejos de ser un mal, es el primero de los bienes, fundándose en ser ella un tránsito á un estado mejor, á una existencia más encumbrada, á una metamorfosis ascendente, y no á una destrucción, cual suponen los engañados por su apariencia.

Está bien que la muerte, entre los males más profundos que la humanidad padece, sea temida por la *ignorancia* ó los *remordimientos*: en la una y en los otros, casi me inclinaría á aplaudir su decisión inapelable, aunque diga una herejía...

Mas desde luego no veo ese fallo justificado y sí cruel y criminal, cuando se aplica en seres que en los albores de la vida, exuberantes de sentimientos altruístas y de un entendimiento superior, sufren la tremenda sentencia tan prematuramente como concurrió en la de aquel espíritu flexible y educador que se llamó PRUDENCIO CANITROT.

FRANCISCO TETTAMANCY.

Coruña, Enero 1914.

Instantáneas.

Prudencio Canitrot se acercó á mí con la mansa dulcedumbre con que sabe desfilarse mi raza. Sobrio, pero con la sobriedad de un aristócrata del espíritu, me dijo :

—Sé que va usted á publicar un libro de cuentos. ¿Quiere que hilvane unas ilustraciones?

—Pero ¿también pintor usted, que acaba de conmoverme con una crónica llena de colorido y de vida? Usted, que puso al fuego mi alma al ver cómo nuestros segadores caían rojos de sol, como las amapolas de estos campos escandalosamente agrios, que sus hoces van tronchando en compañía de este trigo de bendición. ¿Usted pintor también?

Y Canitrot apretó mi diestra con la elocuencia de su silencio y sonrió débilmente.

Después fuimos íntimos.

Al mes estaba convencido de que Canitrot era un caso.

Naciera escritor como los ruseñores nacen cantores. Era una planta montés. La tierra bendita, nuestra madre Galicia, le lanzara por el mundo con la arisca agresividad del tojo. Dentro, con su alma gentilísima, tenía una

fragua de ternura y una visión espléndida y exacta de aquellas gentes y aquellas cosas.

¿Bagaje cultural? Ninguno. Y por eso el caso. Igual que aquellas aguas verdes y salobres que el mar de Cornuhedo estrella sobre los acantilados para tragar un remanso de ensueño, así era su alma. Huía de acercarse á lo plebeyo, porque su espíritu de prócer no quería del bandazo inicial más que el matiz de inquietud con que se asomaba á las cosas. Inmediatamente después, era Canitrot, sólo Canitrot, que cómo la fragancia de nuestros pinares es única en la estructura del globo, porque va mezclada con el aroma de cien plantas humildes que exhalan de continuo un incienso propio.

Escribió libros soberbios; alguno de ellos, *Suevia*, por ejemplo, vale sencillamente la inmortalidad. Y creó un nombre en la literatura y adquirió popularidad.

Pero todo eso nada significa con la impresión amarga y corrosiva de una vida que se trunca en seco.

Y aconteció que al hallarse escribiendo sus maravillosas prosas iluminadas, al saltar las tapias del atrio campesino, como si fuese un presentimiento, la muerte acercóse cautelosa á su lecho, y sobria y sonriendo como el alma del muerto se lo llevó para siempre.

¡Y arrambló con un caso!

Basilio Alvarez.

X X X

No entiende mi mano de estos difíciles menesteres de expresar en palabras lo que el corazón sufre. Harto atrevimiento es también el mío de poner mi nombre modesto junto al de tantos hombres ilustres que honran la memoria de mi hermano.

Pero disculpe mi audacia el amor que nos unía y el que este mismo nombre sonó triunfalmente llevado por él.

En la corona que sus amigos van formando con flores maravillosas, no quiero que falte una flor sencilla y humilde: la del recuerdo de los años pasados, de nuestra niñez tan lejana.

Muchas veces al verle triunfar, al leer sus artículos y sus novelas, al ver que escritores, admirados por nosotros desde la paz de nuestro pueblo, eran amigos íntimos suyos, sentía el orgullo de quien ve realizado su ideal. Porque yo siempre creí en mi hermano, y le alenté en sus primeras luchas y gocé como cosa propia todas sus victorias. Seguíamos distintos rumbos: yo, enamorado de la ciencia; él, del ensueño. Pero

siempre unidos, siempre dispuestos á compartir las alegrías y los dolores.

Eramos muy niños y ya se presentía lo que Prudencio había de ser. Contemplaba los seres y las cosas con una mirada distinta de la de los demás muchachos. Tenía un carácter reservado, y en más de una ocasión hubieron nuestros padres de preocuparse por ello.

Después, cuando vino á Madrid, cuando me habló de sus proyectos, comprendí aquellos silencios de la niñez y aquel apartamiento de los juegos y de las travesuras infantiles.

Yo tenía para él la misma ternura de nuestro padre. Sin más que contemplar cómo su espíritu se engrandecía y cómo daba frutos tan lozanos, me creía un jardinero que ve crecer á su planta favorita, para la que todos los cuidados son pocos.

Juzgad qué violenta, qué brutal fué para mí la tristeza de perderle. Tardé mucho tiempo en dar crédito á la realidad. Tardaré mucho tiempo en consolarme.

Y sin embargo, no puedo menos de sentir melancólica satisfacción al ver cómo sus maestros, sus compañeros, sus amigos, no le han olvidado tampoco. A mi súplica de unas líneas consagradas á su memoria, todos han respondido con palabras rebosantes de sinceridad y de cariño.

Yo agradezco este póstumo homenaje con

toda mi alma. No estoy solo en el dolor, y esta compañía que me prestan los hombres á quien él quiso y admiró es tan valiosa, tan digna de respeto y de consideración, que ha movido mi pluma para intentar expresar en palabras los dos sentimientos que ahora y siempre embarazarán mi alma: la gratitud al bien recibido y el amor al hermano que me arrebató la muerte en plena gloria.

ISIDORO CANITROT.

FIN

*¡ Espiritu de artista noble y franco
Bien hiciste en partir,
En este mundo de mezquinas luchas,
No podías vivir!*

G. L.



P. CANTROT

LA LUZ

APAGADA

PB

1467